ALFAGUARA

Auður Ava Ólafsdóttir

Hotel Silencio

Narrativa Internacional

Traducción de Fabio Teixidó

Auður Ava Ólafsdóttir

Hotel Silencio

Traducción del islandés de Fabio Teixidó

ALFAGUARA

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Alfaguara

@Alfaguara_es

@editorial_alfaguara

Penguin Random House Grupo Editorial

Dedicado a todas las víctimas desconocidas:
enfermeros, profesores, camareros, poetas,
escolares, biblioteconomistas y electricistas.
Y también a J.

La cicatrización es una fase normal del proceso biológico asociada al cierre de una lesión producida en la piel u otro tejido como consecuencia de un accidente, una enfermedad o una intervención quirúrgica. Dado que el cuerpo no puede reproducir exactamente el tejido dañado, se forma uno nuevo con una textura y unas propiedades distintas a las de la piel intacta circundante.

El ombligo es nuestro centro, nuestro punto medio, por eso nos referimos a él como centro del universo. Es una cicatriz, ha perdido su función.

www.bland.is

El cuerpo es un espacio abierto, el campo de batalla de los conflictos.

JULIA KRISTEVA

31 DE MAYO

Sé que desnudo tengo un aspecto ridículo, pero me da lo mismo y me quito la ropa igualmente. Empiezo por los pantalones y los calcetines, después me desabrocho la camisa y dejo asomar la ninfea blanca sobre la piel rosada, en el lado izquierdo del torso, a medio cuchillo de distancia del músculo proteico que bombea ocho mil litros de sangre al día. Finalmente, me quito los calzoncillos —procedo en ese orden—. No tardo nada. Entonces me quedo ahí de pie, sobre el parqué, completamente desnudo frente a la mujer. Me hallo como Dios me trajo al mundo, con cuarenta y nueve años y seis días a mis espaldas, aunque no es que esté pensando en Dios en este momento. Todavía nos alejan tres tablillas de secuoya maciza del bosque cercano sembrado de minas. Los listones miden unos treinta centímetros de ancho y hay ranuras entre ellos; estiro el brazo, dirijo la mano a tientas hacia ella, como un ciego palpando el aire en busca de una referencia, primero alcanzo la superficie del cuerpo, la piel, la luna se cuela entre las cortinas y le acaricia la espalda. Da un paso hacia mí y yo piso un listón que cruje bajo mi pie, ella estira su brazo también, encajamos una palma con otra palma, una línea de la vida con otra línea de la vida e inmediatamente siento turbulencias en la arteria carótida, y el pulso de mis venas en las rodillas y los brazos, noto el torrente sanguíneo fluir entre los órganos. Por encima de la cama, el empapelado de la pared está decorado con motivos de hojas, en la habitación once del Hotel Silencio, y pienso: mañana empezaré a pulir y barnizar el suelo.

I. Carne

La piel es el órgano más grande del cuerpo. En un adulto, la piel ocupa una superficie de unos dos metros cuadrados y pesa cerca de cinco kilos. En el caso de otros seres vivos, se habla más bien de pellejo o pelaje. En islandés antiguo, la palabra piel *también significa 'carne'.*

5 DE MAYO

La mesa del estudio de tatuajes Tryggvi está cubierta de unos botecitos de cristal con tintas de todos los colores y el chico me pregunta si ya he escogido una imagen, si ya tengo pensado algún dibujo personalizado o algún símbolo.

Su cuerpo está plagado de tatuajes. Observo la serpiente que repta por su cuello y se enrosca alrededor de una calavera negra. La tinta impregna cada centímetro de su piel y alrededor del brazo que blande la aguja se enrolla un triple alambre de espino.

—Muchos vienen para ocultar alguna cicatriz —me explica, hablándome a través del espejo. Cuando se gira, veo asomar las pezuñas de un caballo encabritado por encima de su camiseta de tirantes.

Se estira sobre una pila de carpetas de plástico, escoge una y busca la imagen que quiere enseñarme.

—A los cuarentones les da mucho por hacerse unas alas —dice. En el antebrazo que sostiene la carpeta veo cuatro espadas clavadas en un corazón en llamas.

En mi cuerpo tengo un total de siete cicatrices: cuatro por encima del ombligo, el origen, y tres por debajo. Un ala que cubriera todo el hombro, por ejemplo, que descendiera desde el cuello hasta la clavícula, con el aire familiar y reconfortante de un viejo conocido, taparía dos o incluso tres de ellas, sería la sombra emplumada de mí mismo, mi coraza y mi bastión. El untuoso plumaje ocultaría la vulnerable carne rosada.

El chico pasa las hojas con rapidez, mostrándome distintos modelos de alas, hasta que finalmente señala un dibujo con el dedo índice.

—Las que más se llevan son las de águila.

Podría haber añadido: ¿qué hombre no ha soñado alguna vez con ser un ave rapaz solitaria que otea desde las alturas el mundo, los pantanos, las acequias y las marismas en busca de una presa que atrapar en sus garras?

Pero se limita a decir:

—Tómate tu tiempo.

Y me explica que tiene a otro cliente esperando en el sillón, al otro lado de la cortina. Está a punto de terminarle una ondeante

bandera nacional con sombreado.

Baja la voz.

—Ya le he advertido de que el asta se le va a arrugar en cuanto gane un par de kilos, pero se la quiere hacer igualmente.

Tengo previsto pasarme por casa de mi madre antes de que se eche la siesta, así que me gustaría dejar zanjada la cuestión cuanto antes.

—Estaba pensando en dibujarme un taladro.

Si le ha sorprendido mi sugerencia, no da ninguna muestra de ello; es más, se pone a buscar de inmediato en la carpeta correspondiente.

—Puede que tengamos algún taladro por aquí, entre los aparatos eléctricos —comenta—. De todos modos, no será tan complicado como el *quad* que me pidieron la semana pasada.

—No, que era broma —le aclaro.

Me mira con gesto serio y no acierto a saber si se ha ofendido.

Hurgo en mi bolsillo, saco la hoja doblada, aliso el dibujo y se lo tiendo. Lo examina desde todos los ángulos y lo acerca a la luz. He logrado sorprenderlo. No puede disimular su confusión.

—¿Es una flor o...?

—Una ninfea blanca, un nenúfar —respondo decidido.

—¿De un color solo?

—Sí, de un color solo, blanco. Sin sombreado —añado.

—¿Sin nada escrito?

—Sin nada escrito.

Amontona las carpetas diciendo que puede dibujar la flor a mano alzada y enciende la pistola de tatuar.

—¿Y dónde la quieres?

Se dispone a sumergir la aguja en el líquido blanco.

Me desabrocho la camisa y me señalo el corazón.

—Va a haber que afeitar primero —dice, apagando la pistola—. Si no, tu flor se va a perder en la oscuridad del bosque.

LLAMO ESTADO AL LUGAR DONDE SE DENOMINA «LA VIDA» AL LENTO SUICIDIO DE TODOS

El camino más corto hasta la residencia de ancianos atraviesa el cementerio.

Siempre pensé que el quinto mes del año sería el último mes de mi vida y que, además, figuraría más de un cinco en la fecha final; si no era el 5 del cinco, sería el 15 del cinco o incluso el 25 del cinco, coincidiendo con mi cumpleaños. Para entonces los patos ya

habrán terminado el apareamiento. Y no solo los patos del lago del centro de Reikiavik, sino también el ostrero y el correlimos, porque el día en que yo deje de existir será un día de primavera en que se escuchen cantos de pájaros y el sol brille de noche.

¿Me echará el mundo de menos? No. ¿Será el mundo más pobre sin mí? No. ¿Se las arreglará el mundo en mi ausencia? Sí. ¿Es hoy el mundo un lugar mejor que antes de mi llegada? No. ¿Qué he hecho yo para mejorarlo? Nada.

Mientras bajo por Skothúsvegur, me pregunto cómo hace uno para pedirle a su vecino un rifle de caza. ¿Te prestan un arma de fuego como quien te deja una alargadera? ¿Qué animales se cazan a comienzos de mayo? Está claro que nadie dispara al ostrero, el fiel heraldo de la primavera, recién llegado a la isla, ni a un pato empollando. ¿Le digo que quiero cargarme un pajarraco que no me deja pegar ojo en mi ático abuhardillado del centro? ¿No le parecerá sospechoso que, de la noche a la mañana, me haya convertido en paladín de inocentes patitos? Además, Svanur sabe perfectamente que no cazo ni pesco. Aunque es verdad que he probado a sumergirme en un río de agua helada con unas botas altas, yo solo en el páramo, y he sentido el frío como un grueso muro a mi alrededor, las piedrecitas del lecho esponjoso bajo la suela de goma, la impetuosa corriente tratando de hacerme caer y el fondo hundiéndose cada vez más hasta casi desaparecer mientras me hipnotiza un radiante remolino, nunca he disparado un arma. La última vez que fui a pescar regresé con dos truchas que abrí por la mitad y freí con un poco de cebollino que corté de una maceta del balcón. También sabe que no soporto la violencia desde que intentó llevarme a ver *La Jungla 4.0*. ¿A quién va a disparar uno en mayo si no es a sí mismo o a otro *Homo sapiens*? Svanur ataría cabos.

Aunque debo decir que Svanur no es hombre de hacer preguntas. O de analizar mucho la psique humana. No es el tipo de persona que mencionaría la luna llena o haría reflexiones sobre la aurora boreal. Él no diría: «¡Mirad, hermanos! ¿No veis el arcoíris?». Tampoco le señalaría a su mujer, Aurora, los colores del cielo, el tono rosado del alba, no le diría: «Ahí está tu tocaya». Aunque Aurora tampoco es que le mencione mucho el cielo a su marido. En su casa hay una clara división de tareas: ella saca de la cama a su hijo adolescente cada mañana y él se encarga de pasear a la perra, una border collie de catorce años que está ya en las últimas. No, Svanur dejaría a un lado los sentimientos y me daría el rifle diciendo: «Es un Remington XB 40, modificado, pero con el seguro y el cañón originales», aunque sospechara que lo quiero para

pegarme un tiro.

EL OMBLIGO ES UNA CICATRIZ SITUADA EN EL ABDOMEN QUE SE FORMA TRAS LA CAÍDA DEL CORDÓN UMBILICAL.
AL NACER UN NIÑO, EL CORDÓN SE SUJETA CON UNA PINZA Y SE CORTA PARA ROMPER EL VÍNCULO ENTRE LA MADRE Y EL HIJO. LA CICATRIZ PRIMIGENIA CONECTA, PUES, CON LA MADRE.

LA RAÍZ CUADRADA DE 2 (√2) ES AQUEL NÚMERO QUE, MULTIPLICADO POR SÍ MISMO, ES IGUAL A 2

Resguardados del frío sol primaveral bajo sus mantas de lana, los ancianos se acurrucan en los bancos del parque, no muy lejos de un grupo de gansos distribuidos de dos en dos. Menos uno desparejado, separado de los demás. Agazapado, no se mueve aunque yo camine directamente hacia él. Tiene un ala torcida, visiblemente rota. Un ganso herido no encontrará pareja y no procreará. Dios me está enviando un mensaje. Y no es que crea en él.

Mi madre está sentada en un sillón reclinable. Sus pies no alcanzan el suelo y de sus pantuflas, varias tallas demasiado grandes, nacen unas piernas huesudas. Ligera como una pluma, ha encogido hasta casi extinguirse y se mantiene unida por unos huesos de poliestireno y un puñado de tendones. Recuerda al esqueleto de un pájaro que ha estado expuesto a la intemperie durante el invierno y del que al final solo queda una carcasa hueca que se disuelve y se convierte en una bola de polvo con garras. Cuesta imaginar que esta mujer raquítica que no me llega ni a los hombros haya tenido alguna vez formas femeninas. Reconozco la falda de los domingos, ahora demasiado ancha de cintura; todo le viene enorme, su ropa pertenece a una vida anterior, a otro huso horario.

No quiero acabar como mamá.

Noto un olor estancado en el aire. Me envuelve una nube de vapor que emana de unas albóndigas y unos repollos humeantes. En el carrito de comida del pasillo, unos recipientes de plástico a medio llenar ofrecen col roja y mermelada. Se escucha el tintineo de la vajilla y las voces de los empleados, que hablan elevando o agravando el tono, según convenga, para que sus protegidos puedan oírlos.

Aunque en la habitación no hay espacio para muchos muebles, el órgano tiene adjudicado su sitio pegado a la pared; se había

alcanzado un acuerdo para que la exprofesora de matemáticas, también exorganista, se lo quedara cuando ya no lo pudiera tocar.

Al lado de la cama, una estantería da fe del mayor interés de mi madre: las guerras del mundo, en general, y la Segunda Guerra Mundial, en particular. En ella descansan, codo con codo, Napoleón Bonaparte y Atila, rey de los hunos, junto con un libro sobre la guerra de Corea y otro sobre la de Vietnam; resaltan dos encuadernaciones en cuero marrón con el título en danés: *Primera Guerra Mundial* y *Segunda Guerra Mundial*.

Mi visita se ve sometida a un rutinario e inamovible orden del día. Lo primero que me pregunta es si me he lavado las manos.

—¿Te has lavado las manos?

—Sí.

—No basta con aclararlas, hay que dejarlas treinta segundos bajo el grifo del agua caliente.

De pronto me da por pensar que he estado dentro de ella. Mido uno ochenta y cinco y la última vez que me subí a una báscula, en los vestuarios de la piscina, pesaba ochenta y cuatro kilos. ¿Habrá pensado en alguna ocasión: de verdad hubo un tiempo en que llevé dentro a ese hombretón? ¿Dónde debí de ser concebido? Presumiblemente, en la vieja cama de matrimonio, la de caoba con mesillas incorporadas, el mueble más grande de la casa donde vivíamos, una verdadera goleta.

La chica se dispone a salir con la bandeja de la comida. A mi madre no le ha apetecido el postre, pudin de pasas con nata.

—Este es Jónas Ebeneser, mi hijo —la oigo decir.

—Me parece que ya nos presentaste ayer, mamá...

A la chica no le suena de nada, ayer no estaba de turno.

—Jónas quiere decir «paloma» y Ebeneser, «servicial». Yo elegí los nombres —aclara mi madre.

Entonces se me ocurre que tal vez debería haberle pedido al tatuador del estudio Tryggvi que me dibujara también una paloma junto a la ninfea: los dos tocayos juntos, Jónas y Jónas, ambos con plumas grises en las alas.

Estoy deseando que la chica se marche antes de que dé comienzo la historia de mi nacimiento. Pero no muestra muchas intenciones de irse, porque ha dejado la bandeja a un lado y se ocupa de las toallas.

—Tu parto fue más difícil que el de tu hermano —dice mi madre seguidamente—. Por la forma de tu cabeza. Parecía que tuvieras

dos cuernos en la frente, dos bultos —explica—, como un becerro.

La chica me examina con la mirada. Sé que está comparando a madre e hijo.

Le sonrío.

Me devuelve la sonrisa.

—Tampoco olíais igual —se oye desde el sillón—. Tú desprendías un olor frío y húmedo, como de tierra, tenías las mejillas heladas y la boca de color marrón; llegaste a casa con el dorso de la mano lleno de unos arañazos de gato que cicatrizaron mal.

Titubea, como si tratara de recordar su parte del guion.

—Mi ratoncito escribió una vez una redacción sobre las patatas cuando tenía once años. La tituló «Madre Tierra». Era una redacción sobre mí...

—Mamá, no tengo claro que le pueda importar mucho a..., perdona, ¿cómo era que te llamabas?

—Diljá.

—Dudo que Diljá tenga algún interés, mamá...

Al contrario: la chica muestra un sincero interés en lo que mamá está contando. Apoyada en el marco de la puerta, asiente comprensiva mientras escucha.

—Me parece increíble ver hoy a este hombretón y pensar en lo sensible que era.

—Mamá...

—Era encontrarse un pájaro con el ala rota en el jardín y deshacerse en lágrimas... Se emocionaba con nada... Siempre sufría por si la gente no se portaba lo suficientemente bien con los demás... Decía: «Cuando sea mayor, quiero ser bueno con el mundo..., porque el mundo lo ha pasado muy mal...». A mi ratoncito le encantaba el atardecer... Cuando se alargaban las sombras, se tumbaba en el suelo junto a la ventana para contemplar las nubes y el cielo... Era tan musical... Luego se encerraba en su cuarto para construir un teatro de marionetas... Hacía los títeres con periódicos mojados, los pintaba y les cosía prendas de vestir, cerraba la puerta con llave y metía papel higiénico en la cerradura... Cuando llegó a la adolescencia, todavía lo abrumaba su preocupación por el mundo... «Solo me casaré si me enamoro», decía... Más tarde se topó con Guðrún, enfermera y jefa de sección, que luego también se haría comadrona y después estudiaría administración...

—Mamá...

Asfixiado por la falta de aire en la sofocante habitación, me

acerco a la ventana que da al patio; en el alféizar, una guirnalda de luces rojas parpadea sin cesar desde las últimas Navidades. Delante de la ventana, que está prohibido abrir para evitar que entre corriente, cuelgan las cortinas del salón que mi madre se llevó de la antigua casa de la calle Silfurtún y que luego tuvo que acortar. Reconozco el estilo. Desde aquí puedo ver un coche fúnebre salir marcha atrás con su cargamento diario.

—Mi nietecita, Guðrún Ninfea, fue concebida al aire libre a finales de mayo, pecosa como el huevo del chorlito dorado, una enciclopedia viviente en cuestiones oceánicas. Tiene un novio rapero que masca tabaco y lleva pendientes en las orejas, pero no te creas que unos aros de toda la vida, sino un carrete entero de hilo incrustado en el lóbulo, un chico formidable de Eskifjörður que cuidó de su abuela mientras yacía moribunda en la cama.

—Mamá, ya lo hemos entendido...

—Algunos hombres no superan nunca un rechazo...

—No hagas caso de todo lo que diga —le advierto a la chica mientras abro la ventana.

Entonces parece que quiere recordar algo, pero no le viene a la memoria y se apaga como un transmisor que ha perdido la conexión. Por un instante desaparece en otro mundo, en otro tiempo, en unos dominios donde trata de orientarse entre la niebla, de hallar una estrella que la guíe. De pronto es una joven que ha perdido sus ovejas y deja vagar su mirada empañada por la habitación; los rostros del pasado se pasean lentamente por un paisaje de rocas caídas.

La chica se retira en silencio mientras mi madre trata de ajustar el audífono para sintonizarlo con mi longitud de onda, con el campo magnético terrestre, con la dimensión temporal correcta.

Recorro las novelas de la estantería con la mirada: *Guerra y paz* de Tolstói, *Adiós a las armas* de Hemingway, Erich Maria Remarque y *Sin novedad en el frente,* Elie Wiesel y *La noche,* Tadeusz Borowski y *This Way for the Gas, Ladies and Gentlemen, La decisión de Sophie* de William Styron, *Sin destino* de Imre Kertész, *El hombre en busca de sentido* de Viktor Frankl, Primo Levi: *Si esto es un hombre*. Cojo del estante un poemario de Paul Celan y lo abro en «Fuga de la muerte»: *... te bebemos de noche / te bebemos de mañana a mediodía te bebemos de tarde / bebemos y bebemos*. Lo dejo en su sitio y saco el volumen *Primera Guerra Mundial.*

—Desde que tu cuerpo salió del vientre de tu madre, se han librado en el mundo quinientas sesenta y ocho guerras —la oigo decir desde el sillón.

A veces cuesta distinguir en qué momentos mi madre se entera de las cosas, porque es como una corriente eléctrica que viene y va o, más bien, como la trémula llama de una vela o un pábilo de algodón ártico: cuando pienso que se está extinguiendo, vuelve a avivarse inesperadamente.

La chica ya no está y ayudo a mi madre a meterse en la cama, la sujeto del brazo mientras arrastra sus pantuflas por el linóleo verde claro. ¿Cuánto pesará? ¿Cuarenta kilos? Bastaría una ráfaga del sureste para tumbarla, una brisa ligera, un leve soplido, hasta la más mínima corriente de aire la tiraría al suelo. Retiro los dos cojines bordados y me siento junto a ella en el borde de la cama. Al acostarse, su cuerpo desaparece engullido por el colchón. El frasco de perfume que le regalé en Navidad reposa todavía sobre la mesilla de noche, Eternity Now, porque mi madre tiene la eternidad muy presente. Me agarra la mano y observo, en el dorso de la suya, las venas azuladas de una mujer sabia que se pinta las uñas una vez a la semana.

Cuando iba al instituto, era mamá quien me ayudaba con las matemáticas. Nunca entendió por qué no eran como un libro abierto para todo el mundo.

—Resolver ecuaciones está chupado —decía.

Y me explicaba cómo calcular raíces cuadradas sin calculadora. Decía: «La raíz cuadrada de 2 ($\sqrt{2}$) es aquel número que, multiplicado por sí mismo, es igual a 2. Luego estamos buscando una incógnita x que cumpla $x2 = 2$. Primero, deducimos que x se encuentra entre 1,4 y 1,5, porque $1,42 = 1,96 < 2$ y $1,52 = 2,25 > 2$. Entonces pasamos a los números que van desde 1,40, 1,41, 1,42 hasta 1,49. Como vemos que $1,412 = 1,9881 < 2$ y que $1,422 = 2,0164 > 2$, sabemos que la raíz cuadrada de dos se halla entre 1,41 y 1,42».

—¿Han pactado ya una tregua? —la oigo preguntar desde la cama.

Se arregla el peinado cada semana. El sol de primavera que entra por la ventana ilumina sus impecables cabellos violetas; mi madre es una pelusa bajo el brillo del atardecer.

—Sesenta millones de caídos en la Segunda Guerra Mundial —continúa.

Hablar con mamá es como no hablar con nadie. A mí me es suficiente, me basta con sentir el calor de otro cuerpo vivo. Voy al grano, dispuesto a que me entienda:

—Soy infeliz —anuncio.

Me acaricia el dorso de la mano.

—Todos lidiamos con nuestras propias guerras —dice, antes de añadir—: Napoleón se había exiliado de sí mismo. Josefina se sentía sola en su matrimonio, igual que yo.

Sobre la estantería se alinean varias fotografías enmarcadas, la mayoría de mi hija Ninfea a distintas edades. También hay dos mías y dos de mi hermano Logi, el reparto es equitativo. En una tengo cuatro años y salgo subido a una silla con un brazo en torno al cuello de mi madre, que lleva un jersey azul claro con un collar de perlas blancas y los labios pintados de rojo. Yo llevo el pelo a cepillo, parezco un erizo, y tengo el otro brazo escayolado, en cabestrillo. Es mi primer recuerdo; tuvieron que ponerme clavos para que se soldara el hueso. Mamá está de pie junto al órgano. ¿Qué celebrábamos? ¿Su cumpleaños? Ahora que me fijo, distingo al fondo un árbol de Navidad. Hace cuarenta y cinco años de esa foto y mi expresión de niño es genuina y sincera.

La otra es una foto de mi comunión. Con los labios entreabiertos, miro sorprendido al fotógrafo, como si un desconocido me hubiera despertado de repente, como si no hubiera acabado de comprender el mundo en el que había nacido, un mundo hecho de madera de teca con empapelado de flores en todas las habitaciones, pero en blanco y negro, como la televisión.

Hago el último intento:

—No sé quién soy. No soy nada y no tengo nada.

—Mi padre no vivió la guerra de Irán, ni la guerra de Irak, ni la de Afganistán, ni Ucrania, ni Siria... Tampoco la presa de Kárahnjúkar, ni el doble carril de la autovía Miklabraut...

Estira el brazo hacia el cajón de la mesilla y saca un pintalabios rojo.

Poco después le llega el turno a la historia de los países nórdicos:

—... Hákon I el Bueno, Harald Diente Azul, Svend Barba Partida, Canuto el Grande, Harald el de Hermosos Cabellos, Erik Hacha Sangrienta, Olaf I de Noruega... —enumera.

Ha comenzado a inquietarse y no tardará en hacerme saber que está ocupada.

—Ahora estoy un poco ocupada, ratoncito.

Van a dar las noticias, se incorpora para encender la radio y afrontar la guerra del día, anunciada en el resumen. Cuando termine, se tumbará de nuevo y pegará la oreja a *Necrológicas y funerales*.

Al salir, llamo al número de emergencias para comunicar que hay un ganso con el ala rota junto a la residencia de ancianos.

—Un macho —aclaro—. Solo. Sin pareja.

Entonces trato de recordar: ¿no se disparó Hemingway con su rifle de caza favorito?

... EL ESCEPTICISMO DE LA VIRILIDAD AUDAZ, ÍNTIMAMENTE EMPARENTADO CON EL GENIO PARA LA GUERRA Y PARA LA CONQUISTA

El chico del estudio de tatuajes me había advertido de que me dolería la piel durante unos días y de que cabría esperar un enrojecimiento, seguramente acompañado de un sarpullido y una sensación de picor. Si se me inflamara la piel y tuviera fiebre, tendría que tomarme un antibiótico o, en el peor de los casos, acudir a urgencias. Juraría estar sintiendo ya los primeros síntomas.

Svanur está abrillantando su Opel cuando vuelvo de la residencia; tiene la caravana lista en el camino de entrada a su casa. Lleva unas sandalias y un forro polar naranja con el logotipo de la empresa de neumáticos donde trabajó una temporada hace varios años. Nos conocimos cuando trabajaba en Piernas de Acero S. L. y, de hecho, fue Svanur quien me habló del ático que quedaba libre en su calle, casi enfrente de donde vivían Aurora y él. Por lo demás, no somos íntimos. Estos días se encuentra convaleciente tras su operación de hernia discal. «Dos amos de casa», así nos define.

Ha dispuesto dos sillas plegables en la acera, como si esperara a un invitado, y me saluda con la mano.

Tengo la impresión de que mi vecino me vigila. Esta mañana, al salir, merodeaba con su perra por los contenedores de basura sin quitar ojo a mi portal.

Además, en los últimos días ha aumentado el número de sus visitas: primero, necesitaba que le prestara una llave inglesa de un determinado tamaño y, después, regresó para devolvérmela y pedirme que lo ayudara a meter su nuevo frigorífico en la caravana. Pero, sobre todo, quiere compartir conmigo los temas que ocupan sus pensamientos: los vehículos motorizados y la situación de la mujer, dos campos de su interés que trata de combinar en la medida de lo posible. Arrastra una de las sillas y me ofrece asiento: no me queda otra alternativa que charlar con mi vecino.

—La gente no piensa en sus coches todo lo que debería —es lo primero que dice—. Vivimos en una isla azotada por el mar y el chasis se oxida. No basta con lubricarlos una vez al año y cambiarles el aceite; también hay que abrillantarlos regularmente. Tres pasadas, frotando bien con un paño entre una y otra. En los

túneles de lavado no usan más que porquerías.

Se acomoda en la otra silla.

—Los hay que conducen con los neumáticos agrietados durante años y al final tienen que cambiar hasta las llantas.

Svanur no es muy de diálogos, sino más bien de monólogos, y ahora mantiene el suyo sin mirarme, con la vista perdida en el infinito, como si su interlocutor se encontrara a mi lado, por encima de mi cabeza.

—Cuando pienso en el trato que reciben las mujeres en el mundo, me avergüenzo de ser hombre —continúa.

Está sentado con las piernas abiertas e inclinado hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas.

Por lo visto, Svanur está suscrito a varios canales de televisión internacionales; anteayer por la noche estuvo viendo un documental sobre la ablación femenina y, ayer, un reportaje sobre las mujeres y la guerra.

—Tú, que tienes una hija...

—¿Sí?

—¿Sabías que las mujeres hacen el noventa por ciento de todo el trabajo del planeta pero solo poseen el uno por ciento de los bienes? ¿Y qué hacen los hombres mientras tanto?

Continúa sin esperar mi respuesta:

—Vaguear, empinar el codo o combatir en guerras.

Se tapa la cara con sus enormes manos de chapista, tiene los dedos manchados de lubricante.

—¿Sabes cuántas mujeres son violadas cada hora?

—¿En el mundo, quieres decir?

—Sí, en el mundo.

—No.

—Diecisiete mil quinientas.

Guardamos silencio.

Prosigue:

—¿Y sabes cuántas mujeres morirán durante el parto mañana martes, 6 de mayo?

—No.

—Unas dos mil.

Respira profundamente.

—Y por si no tuvieran poco con morir dando a luz, súmales encima los matrimonios forzados.

Se quita las gafas, gruesas como el fondo de una botella y con pinta de llevar siglos sin ver pasar una gamuza. Dice que, al tener miopía y astigmatismo, cuando se quita las gafas, el volcán que

despunta al otro lado del golfo se vuelve peludo. Me mira a los ojos por primera vez.

—Los culpables somos nosotros: los que sabemos, pero no actuamos.

Una bandada de pajarillos sobrevuela el jardín. Pasan por debajo de la cañería del tejado y desaparecen de nuestros ojos en un visto y no visto. Al ponerme de pie, me anuncia que tiene en el horno un pastel de chocolate americano. Pregunta si me gustaría pasar.

—Betty Crocker —especifica. Y tras un breve titubeo—: Aurora sigue una dieta sin gluten.

Así que, en casa, Svanur se ocupa de la repostería.

Me informa de que acaba de meter el pastel en el horno y de que estará listo en un momento.

Me lo pienso. Todavía tengo pendiente mencionarle lo del préstamo del rifle.

—A todo hombre le va bien un confidente —le oigo decir.

Le prometo que bajo enseguida.

Primero tengo que subir un segundo al ático para comprobar una cosa.

SOY UNA ACUARELA.
LAVABLE

Desde la ventana de la cocina se distingue media montaña y una franja de mar que esta mañana se veía verde y helada. La montaña desaparecerá cuando añadan una altura más al bloque de pisos que están levantando.

Enciendo el ordenador y tecleo: *famous writers who killed themselves*. La cantidad de resultados me deja boquiabierto, no tenía ni la menor sospecha del ingente número de hombres y mujeres famosos que en un momento determinado tomaron la decisión de poner fin a sus vidas. Estaba en lo cierto al recordar que el autor de *Fiesta* y *Tener y no tener* había empleado su rifle favorito. No necesito ahondar en mi investigación para corroborar lo que ya imaginaba, que la mayoría de los hombres se pegan un tiro, aunque es verdad que la práctica está más extendida en los países con mayores índices de posesión de armas. Avanzo en mi lectura: un autor de relatos breves se dispara con su revólver en plena pista de esquí y la tiñe de rojo. Un poeta de treinta años aprieta el gatillo contra su joven amante y luego contra sí mismo; cuando lo encuentran en la habitación de un hotel de París, lleva las uñas de

los pies pintadas de rojo y una cruz tatuada en la planta de un pie. Aunque algunos se tiran por la ventana, son más los que se arrojan por un puente, y hay ríos más populares que otros, como el Sena, en el que se ahogó Paul Celan, el autor del poemario que tenía mamá en su estantería y que todavía llevo en el bolsillo. El poeta romano Petronio se abrió las venas y se vendó la herida para alargar la agonía y escuchar a sus amigos recitar poemas sobre la vida. También se ha hecho uso de somníferos para dormir un poco más de lo habitual, *digamos la eternidad.*

Curiosamente, las mujeres emplean otras tácticas: encienden el horno de gas o dejan el coche en marcha en un garaje cerrado después de haberse tomado unos tragos de vodka.

También reparo en que suelen ser mujeres quienes dejan notas de despedida, quienes escriben unas líneas, *Para mi amante al volver junto a su esposa,* y dicen de sí mismas: *En lo que a mí respecta, yo soy una acuarela. Lavable.* Virginia Woolf dejó una carta de amor a su marido antes de llenarse los bolsillos de piedras y arrojarse al río Ouse. *No creo que dos personas puedan ser más felices de lo que nosotros hemos sido,* escribió. Otros se despiden de forma más simple, como el poeta que saltó por la borda en el golfo de México gritando: *¡Adiós a todos!*

Lo que atrae mi atención es que, por lo general, esos hombres y mujeres son mucho más jóvenes que yo, a veces les saco hasta veinte años. Las edades en torno a los treinta son las más conflictivas, un novelista decide cumplir treinta y dos y otro treinta y tres, también hay un dramaturgo de treinta y cuatro años, Mayakovsky alcanza los treinta y seis, Pavese los cuarenta y uno. A los artistas les cuesta llegar a los treinta y siete y no todos superan ese obstáculo; los músicos son todavía más jóvenes: Brian Jones, Jimi Hendrix, Janis Joplin, Kurt Cobain, Amy Winehouse y Jim Morrison no pasaron de los veintisiete. He rebasado la edad a la que fallecen los artistas.

La gente normal y corriente se rige por otras leyes.

A punto de cumplir cuarenta y nueve
Varón
Divorciado
Heterosexual
Indefenso
Sin vida sexual
Un manitas

Descalzo sobre el suelo de rombos de la cocina, Svanur se ajusta el delantal por encima de una camiseta con una frase estampada: *Shit happens*.

Lo observo mientras se enfunda los guantes rojos de cocinar, abre el horno, saca con precaución la rejilla y pincha el pastel con una aguja térmica.

—Siete minutos más —anuncia, antes de verter la nata líquida en un cuenco y enchufar la batidora a la corriente. De espaldas a mí, se concentra en su tarea. Una vez montada la nata, aclara las varillas y las introduce en el lavavajillas.

Me pregunto cuándo llegará el momento idóneo para abordar la cuestión del rifle.

Mientras retira la nata del cuenco con una espátula, me explica que últimamente ha percibido lo que él denomina «cierto desasosiego en el alma de Aurora».

Continúa dándome la espalda.

—Nunca sabes lo que pasa por la cabeza de una mujer. No dejan entrever nada en la superficie hasta que un día han tomado una resolución y te anuncian de buenas a primeras que ya no te quieren. Como si hubieran dado un cambio en secreto.

Extrae el pastel del horno, retira el molde, corta una rebanada y la examina detenidamente para cerciorarse de que la masa no está cruda. Acto seguido me sirve el trozo con sumo cuidado, sosteniéndolo entre una paleta y sus gruesos dedos.

Visiblemente preocupado, me pregunta si flotaba en el aire algún presagio antes de que Guðrún se marchara.

Reflexiono.

—Me dijo que siempre repetía sus palabras.

Se queda estupefacto.

—¿Cómo que repetías sus palabras?

—Sí, según ella, cuando me hacía algún comentario, yo respondía repitiendo lo que acababa de decir. Por ejemplo, convirtiendo una afirmación en una pregunta.

Svanur me interroga con la mirada.

Se lo aclaro.

—Si me decía «Ha llamado Ninfea», yo respondía: «¿Ha llamado Ninfea?». «A eso se le llama repetir», señalaba.

Mi vecino me mira como si le acabara de exponer una nueva teoría sobre las leyes cuánticas de los agujeros negros. Sin tenerlas todas consigo, pregunta:

—¿Es que no está bien repetir?

—No, a Guðrún no se lo parecía.

—¿Y qué tendrías que haber dicho en lugar de repetir?

—No lo tengo claro.

—¿Le pediste que no se fuera?

—No, no lo hice.

Saca de la nevera un cartón de leche, sirve dos vasos y desliza uno hacia mí. De vez en cuando, mi madre me reserva en la mesilla de noche un vaso de leche y un trozo de tarta de chocolate de varios pisos rellena de crema de mantequilla; la leche está templada, servida de una jarra de acero que, en realidad, es para el café, noto el regusto.

Guardamos silencio.

Svanur retoma el hilo:

—Conque ahora eres un mujeriego.

Me pregunto si habré oído mal o si atribuirá a sus palabras un sentido distinto al que yo les adjudico. Pero mi vecino no es persona de hablar con metáforas.

¿Debería contarle que no he tocado la carne desnuda de una mujer —en todo caso, no voluntariamente—, que no he tenido un cuerpo femenino entre mis brazos en los últimos ocho años y cinco meses o, mejor dicho, desde que Guðrún y yo dejamos de dormir juntos, y que, aparte de mi madre, mi exmujer y mi hija —las tres Guðrún—, no hay más mujeres en mi vida? Y no será porque falten cuerpos en este mundo que ejerzan sus efectos sobre mí y me recuerden que soy un hombre: en la piscina, una mujer sale del *jacuzzi* chorreando agua caliente; de su piel emana una nube de vapor, la temperatura exterior se aproxima a los cero grados y la luna menguante, oculta entre las nubes, entra en escena justo antes de que cierren el recinto. También puede que haya rozado sin querer la piel de un brazo que asoma bajo una camiseta de manga corta mientras hago fila en una tienda, o que me haya tocado la melena de una mujer al agacharse delante de mí. Me viene a la mente, por ejemplo, la chica de la peluquería. Cuando me lava la cabeza con champú, se coloca detrás del lavabo y me masajea las sienes en círculos mientras me dice que tengo una buena mata de pelo. Un día le pregunté en qué estaba pensando; se echó a reír y me respondió a través del espejo: «En un hombre en concreto y una receta de cocina». No, para sentir mi cuerpo tendría que dispararme, reventarme la carne con una bala de acero. Eso es lo que hacen los hombres.

—Lo digo porque unas amigas de Aurora, de su club de

montañismo, le han estado preguntando si andabas en busca de romance. Ella me lo preguntó a mí y yo le dije que de momento no estabas buscando ningún romance. También le preguntaron si ya tenías superado lo de tu mujer y ella me lo preguntó a mí y yo le dije que no. Querían saber si te dejabas caer por algún café o si ibas al teatro y yo respondí que pensaba que no. Le preguntaron a Aurora si leías y le dije que sí y ella se lo dijo a ellas, que parecieron interesadas y querían saber qué tipo de libros y entonces yo dije que novelas y poesía, y luego le preguntaron que si en islandés o traducidas y yo contesté que de las dos.

Antes de darme cuenta, se me ha escapado de la boca:

—Me preguntaba si podrías dejarme un rifle de caza. El fin de semana.

Si mi petición lo ha pillado por sorpresa, no da evidencias de ello. Se limita a asentir, quitarse el delantal y colgarlo en el respaldo de la silla, como si hubiera estado esperando el momento en que mencionara el arma de fuego. Se traslada al salón y lo oigo forcejear con un armario cerrado con llave. Mientras tanto, observo dos fotografías que reposan sobre el frigorífico: una es de Svanur, en forro polar junto a su perra, y la otra de Aurora con un grupo de mujeres sonrientes pertrechadas con ropa y calzado de montaña. La mitad posa en cuclillas, como en un equipo de fútbol. Un instante después, Svanur regresa con el rifle y lo deja apoyado contra la pared, al lado de la fregona. Señala las fotografías con el mentón.

—Cuando tenga a punto la caravana, Aurora y yo podremos sentarnos en el musgo y escuchar el murmullo de algún arroyo.

Después me confiesa sus sospechas: cree que Aurora ha empezado a leer poesía.

—Ayer por la noche me colé en el baño por delante de ella y me dijo que «eclipsaba su horizonte».

Niega con la cabeza.

—A veces me gusta más pensar en Aurora que tenerla a mi lado. Pero eso ella nunca lo entendería.

Con los codos sobre la mesa y la cara hundida en sus manos, me habla entre los dedos.

—Aurora no se da cuenta de todas las cosas que se remueven en mi interior. De que aprecio la belleza. La visión del aceite que pierde un coche sobre el asfalto azulado me transporta a otra realidad.

Me levanto, cojo el arma y Svanur me acompaña hasta los escalones de la entrada. Sostengo el rifle bajo el brazo con el cañón apuntando hacia el suelo.

¿Tal vez debería hacerle saber que no voy a hacerme viejo?

¿Lo sospechará ya?

Si le dijera a Svanur: «Dime una sola razón para continuar viviendo».

Solo le pediría una, pero también podrían ser dos.

Para explicarme mejor, le diría: «Me encuentro perdido».

Entonces él respondería: «Entiendo lo que quieres decir, yo tampoco sé quién soy». Y hasta me daría un abrazo en el umbral de la puerta, medio dentro, medio fuera, su cuerpo envuelto en un halo rectangular, más de cien kilos, con su camiseta de manga corta metida por dentro en la espalda y suelta en la parte delantera. ¿Dos hombres de mediana edad abrazándose en los escalones de la entrada, el día 5 del cinco?

Aurora vocearía: «¿Quién anda ahí? Si vienen vendiendo pescado seco y gambas, coge las gambas. No se te ocurra comprar regaliz. No te sienta bien».

¿Qué podría decirme Svanur que pudiera ser revelador?

¿Buscaría citas de poetas o filósofos acerca de la muerte? ¿Tendría en la punta de la lengua las palabras que podrían cambiar la situación? O, quizás, diría:

—De todas formas, morirás pronto. Ya lo verás. Cuando vuelvas a hablar conmigo dentro de treinta años, te estarás aferrando a cada minuto que pasa, como un perro a un hueso.

Igual que tu madre.

Pero, en realidad, dice:

—¿Te he enseñado ya la cicatriz?

—¿La cicatriz? ¿Qué cicatriz?

—La de la operación de hernia discal.

Antes de darme cuenta, se está levantando la camiseta por detrás. Apenas pasa gente por la calle en días laborables.

Una enorme cicatriz recorre su columna vertebral. Me imagino al chico del estudio Tryggvi aprovechándola para trazar un *quad* o una moto de nieve. Resisto la tentación de desvelar mi ninfea.

—¿Sabías —dice— que, en algunos sitios, las cicatrices imprimen respeto y la persona que luce una cicatriz grande y portentosa es una persona que ha sostenido la mirada de un animal salvaje, que se ha enfrentado a sus miedos y ha sobrevivido?

Cruzo la calle con el rifle bajo el brazo, subo al tercer piso y lo dejo encima de la cama de matrimonio.

Acabo de salir por la puerta cuando me suena el móvil en el bolsillo.

Es de la residencia. Una mensajera. La mujer se disculpa y se presenta, dice que es una empleada que está ayudando a mi madre a llamar, que mamá ha estado esperando hoy mi visita, pero que no he hecho acto de presencia. Lo dice con una mezcla de duda y cautela, como sabiendo que la he visitado no hace más de dos horas y que lo hago al menos tres veces por semana. Le pasa el teléfono a mi madre. La visita del mediodía se le ha borrado de la memoria.

La voz de mamá tiembla al aparato:

—Mi nombre es Guðrún Stella Jónasdóttir Snæland, ¿podría hablar con Jónas?

—Soy yo, mamá.

—¿Eres tú, Jónas?

—Sí, estás llamando a mi número, mamá.

Quiere saber por qué no voy nunca a verla.

Le digo que he ido hoy.

Reflexiona un instante y aguardo al teléfono mientras trata de ubicarse.

Cuando retoma la conversación, me dice que se acuerda bien de mi visita, pero que se le ha olvidado preguntarme una cosa. Si tengo una sierra. Me llama para saber si podría cortarle la rama del árbol que golpea la ventana de su cuarto y no la deja dormir.

—Tu padre guardaba la caja de herramientas en nuestro dormitorio. No sería la alegría de la huerta, pero era un hombre fiable.

Titubea.

—¿Decías que te ibas de viaje?

—No.

—¿Decías que te ibas a la guerra?

—No, tampoco.

Titubea de nuevo.

—¿Te vas de misión especial, ratoncito mío?

Misión especial. Medito esas palabras.

¿Como salvar la Tierra? ¿O descubrir una nueva vacuna?

—No.

Vuelve a hacerse un largo silencio al teléfono. Tal vez esté tratando de recordar por qué me ha llamado.

—¿Es que no quieres vivir, ratoncito, tesoro?

—No estoy seguro.

—Mira que al menos conservas todo el pelo. A los hombres de

mi familia no se les cae.

Las palabras salen solas de mi boca:

—Guðrún Ninfea no es hija mía.

Podría añadir que no es sangre de mi sangre. Que no dejo descendencia, que mi estirpe se extingue conmigo.

Al otro lado de la línea escucho un crujido y unas voces lejanas que parecen acercarse. Transcurre un prolongado silencio antes de que mamá continúe.

—Tu padre y yo fuimos a un museo de historia en nuestra luna de miel. Hasta ahí llegaba todo su romanticismo. A mí, lo que más me sorprendió fue lo finos que eran los uniformes de los soldados. De una tela de paño malísima, solo para presumir.

—Lo sé, mamá.

Noto que aún le queda algo más que decir.

—¿Quién es Heidegger? —pregunta por fin.

¿No había escrito yo un trabajo sobre Heidegger durante mi único año en la facultad? ¿No era el que sostenía que la relación entre el ser humano y la realidad debía proceder del asombro, como ocurre con los niños o los animales del bosque?

—Un filósofo alemán. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque ha llamado esta mañana preguntando por ti. Ya le he dicho que se había equivocado de número.

Apologia pro vita sua
(Una defensa de la propia vida)

No cabe duda de que dispongo de un amplio abanico de métodos; se me ocurre, por ejemplo, que podría desmontar la lámpara del techo y emplear el gancho. También hay que seleccionar el escenario. Visualizo mentalmente distintas posibilidades. ¿Me disparo en el salón o me cuelgo en el dormitorio, la cocina o el cuarto de baño? También tengo que elegir la ropa que voy a llevar. ¿Qué atuendo es el más adecuado? ¿Voy en pijama, me arreglo o me pongo ropa de calle? ¿Calzado o en calcetines?

Entonces caigo en la cuenta de que Ninfea tiene llaves de casa y podría ser ella quien descubriera mi cuerpo. Tiene la costumbre de aparecer de pronto en mitad del salón para compartir conmigo sus nuevos descubrimientos. Y decirme, sonriendo, cosas como:

—Papá, ¿sabías que cada pareja de aves migratorias viene a esta isla una sola vez en la vida y que, por tanto, no tienen experiencias previas de las que aprender?

¿Cuánto tiempo tardaría en empezar a preocuparse por mí? Para colmo, le tocaría a ella revisar todas mis cosas. Pienso en el trastero del sótano, abarrotado de cachivaches que desde hace tiempo quiero tirar. ¿No sería mejor que le ahorrara el trabajo?

Lo primero que me encuentro nada más abrir la puerta del trastero es la silla de asiento regulable que yo mismo diseñé y fabriqué cuando Guðrún y yo comenzamos a vivir juntos. Aquí guardo también el minitrineo de plástico, la tienda de campaña naranja que cuesta montar un día entero, los sacos de dormir y las botas de montaña. No he bajado al trastero desde que me mudé al inmueble. Me abro paso entre las cajas y en una de ellas distingo la temblorosa letra de mamá: *Vajilla de gaviotas, para Jónas*. Sobre un estante reposa la casa de muñecas que le hice a Ninfea y, a su lado, el viejo tocadiscos. Ya no me acordaba de él.

En medio del trastero hay una gran caja de herramientas con una serie de utensilios que apenas utilizo: distintos modelos de cinceles, un martillo de bola, unos cuantos destornilladores de estrella, un serrucho, una espátula para masilla, una sierra de marquetería, un cepillo de carpintero, una escuadra, un compás, una escofina, unas limas, tres metros plegables, una abrazadera, tenazas, alicates y tornillos en abundancia. Debajo del fregadero, o en el maletero del coche, suelo tener a mano una caja con un martillo de orejas y un puñado de destornilladores de todas las formas y tamaños dentro de otra caja más pequeña. En ella también guardo un taladro, la primera herramienta que compré después de conocer a Guðrún. Alquilábamos un piso en un sótano de la calle Furumelur que tenía un suelo de linóleo echado a perder. Aprendí por mi cuenta a cambiarlo por un parqué. Una vez dominada la instalación de parqués, me instruí en el arte de alicatar, empapelar y cambiar tuberías. Mi cabeza solo podía pensar en longitudes y anchuras en centímetros, 160 x 80 o 92 x 62. Coincido con mamá en que es más fácil expresar el dolor en forma de cifras que de nostalgia, pero confieso que, cuando reflexiono sobre la belleza, no puedo evitar pensar en 4.252 gramos y 52 centímetros.

En un rincón del fondo, una caja arrugada de cartón, cuidadosamente precintada, tiene escrito TIRAR en rotulador negro. Si no recuerdo mal, es la misma caja que ya era para tirar en la última mudanza, y también en la penúltima. Por lo visto, ha ido pasando sin abrirse de trastero en trastero. ¿Qué hace aquí todavía? Busco un cúter en la caja de herramientas, rasgo la cinta adhesiva y levanto las tapas. Parece contener los viejos libros de mi único año universitario. Saco *Más allá del bien y del mal* de Nietzsche y reviso

una pila de trabajos escritos a máquina y apuntes tomados a mano. En el medio de la caja encuentro un sobre marrón. Lo abro y extraigo un recorte de periódico de hace veintisiete años, un obituario amarillento sobre papá escrito por un amigo suyo. Tras darle el más sincero pésame a la viuda, menciona a sus dos hijos: Logi, el vivo retrato de su padre, a punto de terminar Empresariales, y Jónas, con la misma vocación musical que su madre y en su primer año de Filosofía. Entonces me doy cuenta de que, dentro de dos semanas, tendré la misma edad que tenía papá el día en que se desplomó en la entrada de casa. ¿Puede que, al final, una enfermedad hereditaria me ahorre todas estas molestias?

—Al asomarme por la ventana de la cocina y ver que a tu padre le temblaban las piernas, pensé que iba borracho —me contó mamá —. Cuando salí, me lo encontré tirado en la acera. Se lo llevaron y me dejaron sola.

Y añadió:

—Los hay que no te acompañan hasta el final del camino.

Esa misma tarde, mamá descolgó del armario todas las camisas del lado de papá y las dejó sobre la cama.

—¿No quieres esperar un poco, mamá? —le pregunté—. ¿Al menos hasta después del funeral?

Donamos todas sus prendas y, como mamá no quería encontrarse con nadie que llevara una chaqueta suya, me mandó al pueblo de al lado con cuatro bolsas de ropa.

Me sacaba de quicio que papá me preguntara qué tal me iba en clase. Tenía la sospecha de que cotilleaba mi material de estudio y obtuve la confirmación cuando revisamos sus cosas; se había comprado por correo un libro para hacer preguntas inteligentes sobre Nietzsche: *How to Ask Clever Questions about Nietzsche?*

Guardo el obituario en el sobre y sigo hurgando en la caja. Por el fondo asoman tres cuadernos viejos. Abro uno y reconozco mi caligrafía inmadura, aunque no estoy seguro del todo. ¿Serán mis diarios de cuando tenía veinte años? Los hojeo. De acuerdo con las fechas, abarcan un periodo de tres años —con interrupciones.

Tirar. A la basura. Cojo otro de los cuadernos y paso las hojas rápidamente, si bien me detengo en algunos pasajes. Al parecer, alterno breves descripciones de la nubosidad y de las condiciones meteorológicas con mis ligoteos. Desde la primera página, la cita que escojo de *El banquete* de Platón confiere el tono al diario y da cuenta de que sabía quedarme con lo esencial de mis estudios de Filosofía:

Todos los seres humanos pueden ser fecundos, y ello tanto por el

cuerpo como por el alma. Cuando se llega a cierta edad, nuestra naturaleza desea engendrar o concebir.

Cada entrada está encabezada por la fecha, seguida de la descripción del tiempo, a la vieja usanza de los antiguos granjeros: *2 de marzo. Calma, sol. Temperatura: -3 grados. 26 de abril. Vientos fuertes. Temperatura: 4 grados. 12 de mayo. Leve brisa del sureste. Temperatura: 7 grados.* En algunas entradas, íntimamente ligadas a las descripciones meteorológicas, divago sobre distintos tipos de formaciones nubosas y reflexiono sobre los cuerpos celestes. *Altocúmulos lenticulares*. ¿En qué momento dejé de pensar en las nubes? A continuación escribo: *Consideran probable que una nueva luna haya comenzado a girar alrededor de la Tierra. Sin embargo, algunos expertos sostienen que se trata de los restos de un misil*.

Y en medio del cosmos, entre miles de estrellas hace tiempo extinguidas, una lista de la compra describe una órbita elíptica alrededor del polo:

Comprar yogures de fresa y condones.

No me hace falta prolongar la lectura para darme cuenta de que los cuerpos femeninos y mis relaciones con las mujeres acaparan casi todo el contenido del diario. Aparentemente, empleo letras para referirme a mis amigas y les doy las gracias por haberse acostado conmigo. *Gracias, K* figura en una página, *Gracias, D* en otra. En ocasiones, la letra está subrayada. *Gracias, M*. M sale dos veces, igual que K, con algunos meses de separación. ¿Será la misma K? También anoto comentarios entre paréntesis. *L (virgen)*. Como había pasado algunos veranos en la granja de mi tío, el ganadero, busco símiles en las ovejas del valle de Jökuldalur: *(K tiene la piel suave como el pulmón de un cordero)*. Dos días después, aparece *S*. Hago memoria. Por primera vez en la vida se me abrían oportunidades con las chicas y recuerdo pensar cuando alguna me miraba: «Podría funcionar». Paso las hojas. *G* parece ser la última letra de mi alfabeto carnal, ¿será Guðrún? Tengo veintidós años cuando le doy las gracias a *G* por haberse acostado conmigo, cosa que ocurre, si no me equivoco, durante una excursión por la montaña; *(G tiene una cicatriz reciente de apendicitis, pero no se la he mencionado),* señalo en un inciso.

Busco en los cuadernos una fecha concreta.

11 de octubre de 1986.

He vuelto a casa en bici después de clase. De camino a Silfurtún, he visto a Reagan y Gorbachov en la entrada de Höfði, la casa donde han celebrado la cumbre. Los dos llevaban abrigo, el de uno era una gabardina y el del otro tenía el cuello forrado de piel. También había

tres gansos en el césped. Por la noche los he visto en la tele, en blanco y negro, como el glaciar y la arena volcánica. Luego anoto y subrayo tres palabras: *Yo estaba allí.*

Al día siguiente escribo en la misma página:

12 de octubre.

Papá ha muerto.

El mundo no es el mismo.

Decido prolongar mi vida tres días más y pedirle prestado a Svanur su carrito para vaciar el trastero.

Hago tres viajes al ático, uno con la silla, otro con el tocadiscos y el último con la caja de cartón cuya tapa indica TIRAR.

CUANTO MÁS ALTO NOS ELEVAMOS
MÁS PEQUEÑOS PARECEMOS A QUIENES
NO PUEDEN VOLAR

Echo un vistazo en la nevera: quedan dos huevos. La inscripción de la caja dice: *De nuestras gallinas más experimentadas.* En el armario de la cocina encuentro un paquete de *fusilli*. ¿No tienden a hincharse al cocerse? ¿Cuántos hiervo? Sobre el alféizar de la ventana tengo una planta de perejil que, pese a mis esfuerzos por mantenerla con vida, ha quedado reducida a un puñado de tallos marchitos y amarillentos. Frío los huevos y corto las briznas más verdes por encima de la sartén.

Mientras se hierve la pasta, paso las hojas cuadriculadas de mi último diario.

Una de las entradas destaca por su extensión: tres páginas de texto ininterrumpido que dedico por entero a narrar una excursión por la montaña. Le he añadido un título subrayado, como si se tratara de un relato breve: *Subiendo los escalones del templo de la iniciación*. La fecha corresponde al 7 de junio y no hago la excursión yo solo, porque lo primero que escribo es: *G me ha preguntado si podía venir*.

Después del ensayo de coro, le he cogido prestado el Subaru a mamá (tubo de escape estropeado). Hace mucho tiempo que le tengo echado el ojo a esa montaña (más tiempo que a G). Me he acostado con cuatro chicas del coro y ahora me pesa la conciencia. La directora (amiga de mamá) me ha llevado aparte y me ha advertido de que la tensión se paga con la voz.

Parece ser que enmiendo mi conducta invitando a una quinta chica a dar una vuelta en coche y salir de excursión.

G llevaba un jersey amarillo de cuello alto y unas zapatillas blancas.

Una vez más, detallo la lista de la compra. *De camino hemos parado en una tienda y he comprado unos sándwiches de ensalada de gambas, dos coca-colas y dos chocolatinas Prins Póló.*

En el coche, de camino al cráter, le cuento a G que papá ha muerto este invierno y que he dejado la universidad para hacerme cargo de la empresa familiar, Piernas de Acero S. L. Le digo que vivo con mi madre y que tengo un hermano mayor. Le confieso que algún día me gustaría ser padre. (¿Por qué se lo digo? Me parecía que debía hacerlo.) Le cuento cosas de mi pasado lejano y otras más recientes, que explican cómo pienso y cómo me siento hoy en día. A continuación, viene una frase doblemente subrayada: *Yo hablaba y G callaba*.

Tras un texto garabateado de cinco líneas ilegibles, entra en escena la montaña.

G no las tenía todas consigo cuando ha visto la montaña alzarse ante ella con todas sus piedras. Yo iba primero y ella me seguía tan de cerca que podía sentir su respiración en la nuca. Como había niebla, nos ha costado encontrar la cima. Hemos esperado a que se disipara la bruma para que G pudiera contemplar el destello del glaciar hacia el este. En el camino de vuelta, lo hemos hecho. Había llovido y el musgo estaba mojado, así que no nos hemos quitado más ropa de la necesaria. Para ella ha sido más engorroso porque llevaba una especie de mono. He escuchado cerca el resuello de una perdiz y me he preguntado: ¿qué verá un pájaro? ¿En qué pensará un pájaro? De pronto, ha aparecido a nuestro lado una oveja que nos miraba fijamente. Le he pedido a G que cerrara los ojos. Y me he preguntado: ¿qué verá una oveja? ¿En qué pensará una oveja? Mientras nos vestíamos, G me ha dicho: ¿te imaginas que ahora estallara una erupción justo bajo nuestros pies?

De regreso al coche, hemos atajado por un campo donde anidaban unos charranes.

Mil charranes.

Mil voces a coro.

Ahí he vomitado el sándwich de gambas.

Como no me encontraba bien, le he pedido a G que condujera hasta la ciudad y que me dejara tumbarme en el asiento trasero. G hablaba y yo callaba. Me ha contado cosas de su madre, de sus estudios de enfermería y de lo difícil que era encontrar una buena vena donde pinchar la aguja. De camino ha dado un frenazo y me ha explicado que había unas crías de perdiz en medio de la carretera.

Después, la historia se desvanece. He bajado de la montaña. Al menos, eso es lo que se lee a continuación en letra bien clara: *He bajado de la montaña*. Paso la página. La siguiente entrada está escrita un mes más tarde, después de una visita a G.

7 de julio.

He vuelto a quedar con G en casa de su madre. La he visto desnuda al completo (no por secciones). Como la puerta de su habitación no podía cerrarse con llave, he tenido que atrancarla con la cómoda. Antes de irme, me ha dicho que esperaba un bebé.

Le he preguntado cómo podía haber ocurrido y ha respondido que los condones no son siempre seguros.

Yo todavía dando el estirón y ya esperando un bebé. Vivía en casa de mi madre y dormía en una cama con cajones que me habían regalado en mi comunión. En la página siguiente, dos frases concluyen el informe sobre lo que mi carne había llevado a cabo en representación mía:

SE HA CONCEBIDO UN NIÑO EN LA MONTAÑA
CON UNA OVEJA POR TESTIGO.
CERCA DE UN CRÁTER DURMIENTE

Cuando de pronto vi que Guðrún me había tricotado un jersey de lana, pensé: «Ya somos pareja». Me lo dio planchado y doblado, diciendo: «A juego con tus ojos». Después se puso a dar las primeras puntadas de un *body* para el bebé. Pasábamos las noches en el sofá de su casa, viendo la televisión y comiendo palomitas con su madre. Tras mis cuatro veranos en la granja de mi tío, el ganadero, sabía lo que se le venía encima. Tenía práctica en partos de corderos, en extraer sus cuerpos viscosos; recuerdo el día en que ayudé a traer al mundo un carnero, a hacer que pasaran los cuernos por la abertura. Todavía puedo oír los balidos de la madre.

Poco más de ocho meses después de la excursión a la montaña, nació Guðrún Ninfea, en el día extraordinario de un año bisiesto, dos semanas antes de tiempo y con las uñas blandas. Como no podía ser de otra manera, el bebé estaba orientado en posición transversal y resultaba imposible girarlo, así que hubo que practicar una cesárea. Recibí aterrado a la comadrona cuando se acercó hasta mí con el bebé y me enseñó a hacer una concha con los brazos alrededor del cuerpecito. Mis manos sostenían la vida, la cosa más frágil del mundo, y pensé: me sobrevivirá.

Hojeo las últimas páginas del cuaderno hasta que encuentro la frase.

29 de febrero. Me sobrevivirá. Sus párpados son alas transparentes de mariposa.

Un poco más tarde, después de comer, tuve que pasarme por el trabajo para despachar un pedido. ¿Por qué lo hice? Porque me había llamado un cliente y me había dicho que se acercaría a recoger un pedido a la una y media.

Fui el primero de mis amigos en casarme, lo que implicaba tener sexo en casa regularmente, la posibilidad de acceder a un cuerpo femenino cada noche. Me acostumbré enseguida. Pasado el parto, Guðrún seleccionó las partes de su cuerpo a las que yo podía tener acceso; no me permitía abrazarle el vientre ni acercarme a la cicatriz de la cesárea; decía: «Pon la mano aquí, así no, déjala quieta, no te muevas, no respires con el abdomen». Me limitaba a rodear sus hombros con los brazos o posar mi mano sobre sus costillas, por debajo de los pechos, pero a veces se me olvidaban las prohibiciones y deslizaba mis dedos hacia abajo, palpando a tientas la carne desnuda.

—¿Qué haces? —preguntaba ella entonces.

—Nada —respondía yo.

—Lo digo porque me estás tocando el vientre.

Veintiséis años después, mi mujer me anuncia: «Ninfea no es hija tuya. Me parecía bien que lo supieras, puesto que nos estamos divorciando —y añade—: Nunca había conocido a un chico que hablara del dolor y la muerte en su primera cita. Cuando te oí decir que todos nos vamos a morir, me pareció algo sobre lo que poder construir una vida. En ese momento decidí que Ninfea sería tuya».

Las últimas palabras que escribo en mi diario no están fechadas.

Soy carne.

A partir de entonces dejé por completo de registrar la realidad.

Con *carne* me refiero a todo lo que queda por debajo de la cabeza, una definición coherente con el hecho de que la carne es el origen y el final de las cosas más importantes de mi vida: nací, y el corazón y los pulmones emprendieron su infatigable labor; nació un bebé, y asumí la responsabilidad de la carne de mi carne; y, dentro de nada, mi cuerpo cesará de funcionar. Me parece estar oyendo la voz de mamá, explicándome las reglas que rigen el universo: «¿Sabes, Jónas? La gran historia comienza mucho antes de que nazcamos».

UNAS HERIDAS SE CIERRAN ANTES QUE OTRAS Y LAS CICATRICES QUE SE FORMAN VARÍAN EN PROFUNDIDAD: LAS HAY MÁS O MENOS HONDAS

Son las dos y cuarto de la mañana cuando alguien llama a la puerta de mi ático, en la tercera planta. Primero, levemente; después, con fuerza.

En el rellano aparece Svanur. Con la respiración entrecortada, escudriña el interior del apartamento por encima de mi hombro. Supuestamente, debería haber encontrado cerrado el portal de abajo, pero dice que se ha colado con un vecino que volvía de juerga. Se ha desvelado y, al mirar hacia mi ventana y ver que una silueta se movía detrás de los estores, que alguien deambulaba por mi casa, ha concluido que yo también estaba despierto. Ha venido para invitarme a dar un paseo con su perra, que al parecer nos está esperando en la caravana.

Su «chavalota», como él la llama.

¿Acaso se me da opción de decirle que tengo otras cosas que hacer a estas horas?

De pronto, pasa a mi lado y se mete dentro. Echa una rápida ojeada a su alrededor, estudiándolo todo metódicamente. ¿Habrá venido a vigilarme?

Su mirada se detiene en el taburete que hay en medio del salón y en la lámpara de araña que he dejado sobre la mesa; otra cosa habría sido que me hubiera pillado con el cinturón en la mano.

Cierro el ordenador, con el navegador abierto en la página sobre estrategias suicidas de escritores.

Tengo el contenido de la caja del trastero amontonado sobre la mesa del comedor.

—¿Ordenando? —me pregunta.

—Sí, revisando papeles viejos.

Antes de darme cuenta se ha metido en el baño y le oigo abrir y cerrar armarios. Al regresar, echa un vistazo en el dormitorio. El rifle sigue encima de la cama. Por último, abre el armario del pasillo donde guardo la ropa de montaña y, con ello, concluye su inspección.

—Me gustaría comprender mejor a Aurora —dice mi vecino, dejando escapar un suspiro.

HOMBRE Y ANIMAL

Svanur lleva la perra sujeta con la correa mientras bajamos hacia el puerto. La noche está en calma y no se ve un alma por la calle, salvo un padre joven que empuja un carrito de bebé. ¿Sacaba yo a Guðrún Ninfea por la noche, cuando le dolía la tripa, para

dejar dormir a su madre?

Svanur rompe el silencio.

—Llevo fatal que haya luz a estas horas.

Se agacha para limpiar los restos dejados por la perra.

—Se reconoce enseguida a los tipos que van por ahí sin bolsitas y piensan que se salen con la suya.

Nos detenemos en el muelle, entre los barcos que pescan ballenas y los que llevan a los turistas a hacerles fotos. La inmensidad del cielo se abre sobre nuestras cabezas.

—Qué bonito, ¿verdad? —lo oigo preguntar.

No digo nada. El magnífico cielo primaveral, lacerado por tres franjas anaranjadas, no logra despertar en mí ninguna melancolía, ya vi ese mismo cielo el año pasado. Y el anterior. Puedo prolongar mi existencia o puedo ponerle fin.

—Somos insignificantes —dice, acariciando a la perra. Luego rectifica—: El hombre es insignificante.

Caminamos hacia el faro y Svanur me cuenta que ayer, siguiendo el mismo recorrido, vio una foca. La foca también lo vio a él. Se miraron a los ojos, hombre y animal. Se preguntó si debía hacerle una foto con el móvil, pero no lo hizo porque se dijo a sí mismo: un hombre y un animal, nada más que decir, no tiene mayor significado. Al volver a casa, leyó un artículo en internet sobre una foca que había aprendido a usar un destornillador.

—¿Sería cosa del azar que justo diera con esa noticia? —se pregunta mientras contempla un abombado océano verdoso.

Permanecemos en silencio.

La perra ladra. Quiere chapotear entre las algas, pero Svanur tira de la correa. Los charranes se lanzan en picado sobre nosotros y los asusto con la mano. Ha comenzado la época de cría.

—¿Sabías —pregunta sin despegar la mirada del océano— que el hombre es el único animal que vierte lágrimas para expresar sentimientos como la alegría o la tristeza?

Le digo que sí, pero ¿eso no es cosa del sistema límbico?

—A diferencia de los animales, sabemos que la vida termina —continúa mi vecino—. Que dejaremos de existir.

Busca una papelera con la mirada. Al no divisar ninguna, recorre el camino de vuelta con la bolsita en la mano.

Cuando me dispongo a darle las buenas noches, me da la impresión de que tiene algo más que decirme.

Se mueve inquieto frente a su caravana.

—¿Te hacen falta cartuchos también? —me pregunta.

—Sí.

—Lo sospechaba.

Titubea.

—Pues qué mala pata, porque se me acabaron el año pasado cazando perdices.

Deja la mirada perdida más allá de mi persona, mientras que la perra me mira a mí.

—La verdad es que nunca he manejado un arma de fuego —le confieso a mi vecino.

—Ya me lo imaginaba. Que no sabrías disparar.

Tiene razón, no sé disparar. Podría ser otra persona la que recibiera el tiro por accidente.

Después me pregunta si podría pasarse a verme de vez en cuando:

—¿Te importaría si me paso a verte de vez en cuando?

Le digo que voy a estar un poco ocupado en los próximos días y añado sin reflexionar:

—Es que me voy a ir. De viaje.

La idea me asalta como un rayo caído del cielo: me marcho, desaparezco. Así no tendré que preocuparme porque Ninfea descubra mi cuerpo. Como un ave que desciende dando vueltas, planea unos metros en horizontal, cae en picado y perece. Un último aleteo antes de alcanzar la grieta abierta, el destino final, para que después sus huesos blancos sirvan de baliza al caminante.

Ahora que lo pienso, prefiero descartar la opción de que no me encuentre nadie; Ninfea me buscaría durante toda su vida y el dolor terminaría por consumirla. Mejor me voy al extranjero, así Ninfea y mamá me tendrán de vuelta bien metido en una caja.

—Tu padre ha emprendido su viaje más largo —me dijo mamá. Me estaba esperando en la puerta de casa a mi llegada de un examen.

—¿Su viaje adónde? —pregunté mientras me daba cuenta de que su maletín marrón descansaba en el macizo de pensamientos del jardín.

Lo cogí, lo abrí en mi habitación y ordené las facturas sobre el escritorio. Al día siguiente le anuncié a mamá que dejaba la universidad para tomar las riendas de Piernas de Acero S. L., padre e hijo. Unas veces había más demanda de piernas artificiales y otras menos.

Le dije a mamá:

—No te preocupes.

—Los mejores momentos de mi vida —oigo que dice Svanur— son los que paso en el páramo de madrugada, a solas con mi rifle,

tumbado dentro de mi saco de dormir esperando a que se despierten los pájaros mientras observo en silencio la nieve congelada. Es como estar en el interior de un útero. Te sientes seguro. No te hace falta nacer. No te hace falta salir.

¿Qué le respondí a Svanur?

Repetí lo que acababa de decir: «No, no te hace falta salir». Esa fue la última frase que le dije. Y, por tanto, la última palabra fue «salir».

Y AQUEL VERBO FUE HECHO CARNE, Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS

Llamo por teléfono a Ninfea para quedar con ella. Sugiere una panadería que solo tiene dos mesas y unas sillas.

La última vez que hablamos me preguntó si separaba la basura y si ya tenía el contenedor azul para el papel. A cambio, yo le pregunté si sabía algo de Sigtryggur y me respondió: «¿Quieres decir Tristan, papá?». Seguidamente añadió:

—Se ha acabado.

Mi hija no necesita un padre, sino un novio. Mi labor ha concluido.

Lleva puesto el anorak azul con la capucha forrada de pelo que le regalé en Navidad y me dedica una amplia sonrisa. Recuerdo cuando le pusieron el aparato en los dientes y se pasó llorando un fin de semana entero. Se quita el anorak y lo cuelga en el respaldo de la silla.

Mi hija está especializada en ecosistemas marinos y el tema de su trabajo de fin de carrera fue los efectos nocivos de los plásticos en la biota oceánica y, particularmente, en la producción de esperma en los hombres.

—Sustancias perfluoradas —dice, y yo asiento.

Ninfea ha sido mi fuente de conocimiento en todo lo relacionado con la repercusión del cambio climático en la acidificación y la desoxigenación de los océanos.

Recuerdo que de pequeña le fascinaba el agua corriente. Abría todos los grifos. Se estiraba de puntillas hasta apoyar la barbilla en el borde del lavabo o bien se encaramaba a una silla para contemplar el chorro.

—Sale agua —dijo con dos años.

En la muñeca, debajo de un denso cúmulo de pulseras, lleva el reloj de su abuela. Las dos Guðrún, abuela y nieta, se ven cada semana y comparten sus temores sobre la guerra y el futuro del

mundo.

Mi hija se pide un chocolate caliente con un hojaldre de crema y yo un café con un trozo de pastel de ruibarbo.

—¿Sabías —dice— que el año pasado las naciones del mundo se gastaron la friolera de doscientos cuarenta billones de coronas en armamento y material bélico?

Da un sorbo a su taza y se limpia la nata del labio superior.

—... Habría que calcular los daños causados por quienes sacan beneficio de la guerra y hacerles pagar —continúa—. Así se enterarían de que la guerra sale mucho más cara que la paz. Total, solo entienden el lenguaje del dinero.

Mi hija se expresa con todo el cuerpo cuando habla, luego se calla de repente.

—¿Has ido a ver a tu abuela? —le digo.

—Sí, y está de acuerdo conmigo.

—No me cabe la menor duda.

Nos echamos a reír.

¿Qué tipo de padre fui?

Nunca me porté mal con mi hija, nunca me enfadé, respondía a sus preguntas y la acompañaba a los entrenamientos de fútbol; la veía en la portería lanzarse sin miedo a por la pelota, con sus piernas larguiruchas, sus calcetines verdes y sus guantes enormes.

Respuesta: me moví en la media.

Nota: 7,5.

Me pregunto si debería mencionarle que me dispongo a emprender mi viaje más largo.

—¿Qué te pasa, papá? ¿Por qué me miras con esa cara tan rara?

—Nada.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Pienso: ¿lo sabrá? ¿Se lo habrá contado su madre?

Me estudia con la mirada.

—¿De verdad que todo va bien, papá?

—Sí, va todo perfecto.

—¿Sabes algo de mamá?

—No, nada.

—¿Pero va todo bien entre vosotros?

—Sí, muy bien.

Me observa detenidamente.

—¿Y no estás triste?

—No, no estoy triste.

Me pregunto si me perdonará. O si me lo echará en cara, o

incluso si me odiará. ¿Le pondrá mi nombre a su hijo? ¿Tendrá pecas como su madre? ¿Será un ermitaño o un explorador?

—Papá, ¿no estarás enfermo?

—No, no, para nada.

Se termina el hojaldre, reúne las migas con la mano y las deja en el plato.

—¿Te sientes solo?

—No, no.

Noto que algo la inquieta.

—Pues —dice— yo he tenido un sueño esta noche.

Titubea.

—He soñado que paría un niño enorme.

—Ahá.

—Tenía la cabeza supergrande.

¿Le digo que estoy pez en cuestión de interpretación de sueños?

Respira hondo.

—La cosa es que el niño eras tú.

—¿Quién?

—El niño del sueño. Estaba alumbrando a mi propio padre.

Trato de reaccionar lo mejor que puedo:

—¿A lo mejor simboliza un nuevo proyecto?

—Sí, he buscado información y dar a luz puede representar un renacimiento o un nuevo comienzo, pero también que tenemos desatendida una parte de nosotros. Y el tamaño de la cabeza implica que esa parte descuidada requiere una atención y unos cuidados especiales.

Reflexiono.

—¿Has averiguado entonces el significado exacto?

Su voz entrecortada me hace pensar que está preocupada.

—En algunos casos, un parto puede simbolizar la muerte.

—Ahá.

—No tiene por qué ser la muerte física, sino el final de una cosa y el origen de otra.

Se termina la taza de chocolate y guardamos silencio. Después se dirige de nuevo hacia mí.

—¿Y tú, papá? ¿No sueñas nunca?

—No, la verdad es que no.

—¿El hijo de una organista no sueña ni siquiera con música de órgano?

Le sonrío.

—No, ni siquiera con música de órgano.

Cuando ya se ha puesto el anorak, le viene algo más a la

memoria.

—Pues resulta —dice mientras se ajusta la goma del pelo— que una puerta del armario de la cocina se ha salido de las bisagras y ha roto una baldosa al caerse. ¿Crees que igual podrías echarle un vistazo?

Ninfea alquila un pequeño apartamento con una amiga suya. Cuando se mudaron, les instalé los aparadores de la cocina, los barnicé y les cambié los tiradores. También les cambié la vieja bañera por una ducha y puse azulejos alrededor.

—Claro, eso está hecho —digo.

Hago todo lo que las tres Guðrún de mi vida me piden. Cuelgo espejos y estantes, cambio muebles de sitio y los pongo donde me dicen. He alicatado siete cuartos de baño y he montado cinco cocinas, sé colocar un parqué en espiga y he hecho añicos un cristal doble a martillazos. Sin embargo, no soy un hombre que destruya; más bien arreglo o reparo lo que está estropeado. Si alguien me pregunta por qué hago lo que hago, respondo que me lo ha pedido una mujer.

Abrazo a mi hija y la aprieto contra mí.

Me gustaría decirle algo más, pero me limito a preguntarle:

—¿Sabías que el hombre es el único animal que llora?

Me sonríe de oreja a oreja.

—No, no lo sabía. Pensaba que era el único animal que reía.

Cuando vuelvo a casa, busco en la estantería el libro sobre interpretación de sueños. Guðrún no se lo ha llevado: lo encuentro en el mismo estante que el manual de restauración de muebles de teca.

Busco la palabra *órgano*.

Escuchar en sueños una bella música de órgano es señal de potencia sexual y virilidad, dice el libro.

—Papá, no te creas todo lo que piensas —me ha dicho Ninfea al despedirse.

BILLETE A LA LUNA, SOLO IDA

El silencio cae sobre el barrio. Solo se oyen los pájaros.

La cuestión es decidir adónde quiero ir.

Navego por internet en busca de un destino adecuado. Me centro en las naciones situadas en latitudes de guerra. A primera vista, sesenta y tres países y regiones cumplen el criterio. ¿De qué lugar hablaba Svanur cuando me contó que había visto aquel documental

sobre las mujeres y la guerra?

Finalmente, escojo un país que lleva tiempo apareciendo en el telediario a causa de sus conflictos bélicos, aunque ahora ha perdido algo de protagonismo, después de que hace unos meses se firmara una tregua. Sin embargo, dicen que la situación todavía es muy precaria y nadie sabe cuánto durará el alto el fuego. Me parece el lugar ideal: podrían dispararme en cualquier esquina o podría pisar una mina. Ya casi escucho la voz de Svanur:

—Si fueras mujer, primero te violarían.

Será un billete, solo de ida. Encuentro en internet un hotel situado en una pequeña ciudad devastada que me suena de las noticias. Recuerdo que se estila mucho lo de escoger un hotel para ponerle fin a un viaje. Es evidente que las fotografías colgadas en la página web son anteriores a la guerra. El edificio se ubica en una placita decorada con flores y leo que en los alrededores de la ciudad se practicaba la apicultura y la producción de miel. El hotel queda cerca de la playa y, según la página, el lugar era un destino turístico muy visitado, conocido sobre todo por sus restos arqueológicos y sus baños de barro. También se mencionan unas termas dentro del propio hotel y unos mosaicos antiguos.

Escribo mi carta de despedida mientras suena *One Way Ticket to the Moon* en el tocadiscos.

¿A quién la dirijo? ¿A mi hija y a mi madre, las tocayas, Guðrún N. y Guðrún S.?

Me viene a la cabeza la reflexión que hizo Svanur mientras paseábamos.

—Todos caemos en el olvido. Al final, nadie se acuerda de nosotros.

Ninfea tiene una piel magnífica, pero no está del todo contenta con sus rodillas. ¿Le digo que deje de preocuparse? Los hombres no se fijan en las rodillas, no piensan en las mujeres parte a parte, sino en conjunto. ¿Lo hacen así realmente? Pienso en mi propio diario.

Mamá ya tiene dispuesto todo lo concerniente a las plantas que habrá en su tumba. Quiere unos arbustos de sauce enano. ¿Debería aclarar en mi carta: nada de florituras, un ataúd sin asas, una simple caja de madera tosca, la más barata de todas?

Comienzo el borrador de mi carta: *Bueno, me he ido*. ¿Por qué *bueno*? Lo tacho.

Añado: *No voy a volver*. Tacho *No voy a volver* y escribo: *Ya no existo*. ¿Menciono la primavera? ¿En qué parte? Se me antoja incluir las palabras *a finales.* ¿Podría decir: *A finales de la semana que viene ya no estaré aquí*? ¿O bien: *A finales de la semana que viene el mundo*

girará sin mí? ¿Qué tiempo hará en un mundo sin mí? Consulto el pronóstico para los próximos días: se anuncian lluvias y ausencia de viento. Escribo: *A finales de la semana que viene se despejará el cielo*. Ninfea sabrá a qué me refiero.

Lo tacho todo.

Comienzo desde el principio:

Dudo que ningún padre de verdad se haya podido sentir más orgulloso que yo. Tacho *de verdad* y dejo *padre*.

Arranco la hoja y empiezo otra vez.

He vendido Piernas de Acero S. L. a Eiríkur Guðmundsson (sí, el dueño de Soportes de Acero S. L., el que fabrica islas de cocina). Ingresará el último pago en tu cuenta en junio. Tu padre.

DIOS SALVA A QUIEN SUFRE POR MEDIO DEL SUFRIMIENTO

Le hago el equipaje a un cadáver. La maleta está casi vacía, ni protector solar ni cuchillas de afeitar; tampoco llevo camisas de recambio, ni sandalias, bañador o pantalones cortos, ni cámara de fotos ni teléfono móvil. Será imposible localizarme.

Después ordeno un poco la casa.

Extiendo el edredón sobre la cama de matrimonio, lo aliso ligeramente y lo cubro con la colcha, procurando igualar los extremos. ¿Paso también el aspirador? Abro el armario. ¿Ese jersey plegado al fondo es realmente el que me hizo Guðrún?

Distribuyo la pila de libros sobre la mesilla de noche. ¿Qué hace aquí la Biblia? El punto de lectura continúa en el libro de Job. Desde que Guðrún y yo dejamos de compartir nuestras noches, cuando ella se acurrucaba en un lado de la cama, envuelta en el edredón con su libro, y yo en el otro extremo con el mío, he leído tres obras que ninguno de mis conocidos ha leído de principio a fin: la Biblia, el Corán y los poemas védicos. Tardé tres meses en terminar la Biblia, una suma de 1.829 páginas, y algo menos en acabar los otros dos. Mis pasajes favoritos son el himno al amor de San Pablo y el mensaje de paz del Corán. Porque *quien mate a una persona será juzgado como si hubiera matado a todo el género humano, pero quien la resucite será recompensado como si hubiera resucitado a todo el género humano*. Y también siento predilección por el *Purusha de mil cabezas, mil ojos y mil pies* de los poemas védicos, que *cubría la tierra por todas partes*.

Solo una vez Guðrún me pidió que le leyera algo. Para esa época ya había dejado de poner fundas a juego en nuestros edredones y

levantaba una barrera de cojines entre nosotros, como un muro fortificado entre los frentes este y oeste del lecho conyugal.

—¿Qué quieres que te lea? —le pregunté.

—El fragmento por donde vayas ahora.

Iba por el libro de Job, así que le leí sobre el honrado Job, ese hombre justo, devoto e íntegro que fue encadenado y torturado por las cuerdas del sufrimiento.

Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá, así concluyó mi lectura.

—Gracias —dijo susurrando, y me pareció notar un temblor en su voz. Después la oigo murmurar «ya lo sabía» mientras sacude los cojines que nos separan y me da la espalda. Observo su bonito hombro redondeado bajo el camisón. Si hubiera ido por el Cantar de los Cantares y hubiera recitado *deja que tus pechos sean como racimos de vid,* probablemente todavía sería un hombre casado.

Poco después se levanta para ir al baño y cuando vuelve dice:

—El agua del grifo se sale.

Al día siguiente me espera una nota sobre la mesa de la cocina: *«Se ha fundido una bombilla del pasillo».*

Así alcanzamos un punto medio: yo le aportaba sufrimiento, ella me asignaba tareas.

PODRÍA RECITAR EL MUNDO HASTA QUE SE HAGA DE NOCHE, EN TODAS PARTES HAY ALGO

Fregado y secado el plato, lo guardo en el armario. Paso el paño por el borde del fregadero antes de extenderlo.

Abro todas las ventanas.

Cierro todas las ventanas.

Como ya he hecho la cama, me tumbo en el sofá y paso dos horas tratando de no pensar en nada. Me digo: ¿hay algo en la vida que todavía pueda sorprenderme? ¿La maldad del hombre? No, poseo un absoluto conocimiento de la perversidad humana. ¿La bondad del hombre? No, he conocido a suficientes buenas personas como para tener fe en la humanidad. ¿La belleza inconmensurable de las cumbres, los múltiples planos del paisaje, montaña tras montaña, la amplia paleta de tonos azules sobre un fondo azul? ¿Las infinitas llanuras de arena negra y el fulgor del glaciar en el este, los contornos de un sueño milenario que cambian de forma lentamente, como detrás de una placa de metacrilato? Todo eso ya

lo conozco. ¿Hay algo que todavía tenga ganas de probar? No se me ocurre nada. He tenido en mis brazos a un recién nacido, rojizo y viscoso; he talado un árbol de Navidad en un bosque de abetos en diciembre; he enseñado a una niña a montar en bicicleta; he cambiado una rueda en un camino de montaña, de noche, yo solo en medio de una tempestad de nieve; le he hecho trenzas a mi hija; he conducido en el extranjero por un valle contaminado lleno de fábricas; he viajado en el último vagón de un trenecito, meciéndome al compás del traqueteo; he cocido patatas con mi camping-gas en un desierto de arena negra azabache; me he enfrentado a la verdad en parajes de sombras largas y cortas; sé que el hombre puede tanto reír como llorar, que sufre y ama, que tiene dedos pulgares y escribe poesía, y sé que el hombre sabe que va a morir.

¿Qué me queda? ¿Escuchar el trino del ruiseñor? ¿Comer una paloma blanca?

Mientras el taxi me espera abajo, doy media vuelta justo antes de salir de casa para ir a buscar algunas herramientas. Quién sabe en qué situaciones me voy a encontrar, a lo mejor me veo en la necesidad de clavar un gancho. También me llevo una alargadera y un transformador. Es entonces cuando caigo en que también me vendría bien la caja pequeña de herramientas, la del taladro inalámbrico. Antes de cerrar la puerta, cojo de la mesilla de noche la fotografía de Ninfea. Tiene cinco años, lleva unas trenzas diminutas y tiene las encías hinchadas porque se le acaban de caer las palas. La foto está tomada en un camping, no muy lejos de una laguna glaciar donde desemboca una lengua de hielo; al fondo se distingue un iceberg azul turquesa y la pequeña estira los cinco dedos hacia el cielo. Frente a los contenedores, me pregunto si a alguien le podría dar por sacar mis diarios de la basura y leer mis confesiones, *apologia pro vita sua*. Están bien identificados con mi nombre: Jónas Ebeneser Snæland. ¿Por qué utilizo el apellido de mi madre? Enrollo los cuadernos y me los guardo en el bolsillo de la chaqueta.

Irán a parar a la primera papelera que encuentre en el extranjero.

Ahora sí: me voy.

Al encuentro de mí mismo.

De mi último día.

Me despido de todo.

Los crocus están en flor.

No dejo nada tras de mí.

Salgo de la luz que todo lo envuelve para adentrarme en las tinieblas.

QUIEN SOY AHORA TERMINA AHORA

Me quedo dormido en el avión. Sueño que una oveja me lame la oreja y me despierto de un sobresalto justo antes de aterrizar.

El avión se sumerge en las nubes.

Planeo.

Planeo.

Planeo en dirección a una tierra a orillas de un mar interior salado.

Distingo una gran llanura salpicada de campos de cultivo, bosques infinitos y lagos serenos que parecen espejos engarzados en el paisaje. La sombra del ala de acero barre un campo labrado que limita con un bosque. La pista me acoge en sus brazos a toda velocidad. He aterrizado. Un árbol agita sus hojas cerca de la ventanilla. Busco con la vista el horizonte, la línea donde convergen el cielo y el bosque. Ese es mi destino, de ahí ya no paso.

Me concedo una semana para concluir mi trabajo.

SOY UN BOSQUE, Y UN BOSQUE DE TENEBROSOS ÁRBOLES; PERO QUIEN NO SE ASUSTE DE MI OSCURIDAD ENCONTRARÁ TAMBIÉN ROSAS AL PIE DE MIS CIPRESES

A la salida, un hombre vestido con una cazadora sostiene un folio con dos nombres. *Mister Jónas* aparece escrito con rotulador rojo en lo alto del papel. Debajo se lee un nombre de mujer. Somos los dos pasajeros que el hotel ha enviado a recoger. Compartimos el asiento trasero de un taxi. La mujer se acomoda detrás del conductor; lleva puestas las gafas de sol aunque no hagan falta. El vehículo, una antigualla polvorienta, tiene los asientos rasgados, se me clavan los muelles en la espalda, los cinturones de seguridad están rotos.

—*Married* —es lo primero que dice el taxista señalándonos con el mentón. Me mira primero a mí, como en espera de una confirmación, y luego a la mujer; me doy cuenta de que ha sido una pregunta. La mujer niega con la cabeza y le dice algo en su idioma. Mi compañera de trayecto viste un traje azul que complementa con un pañuelo en torno al cuello; se inclina levemente hacia delante

con las manos apoyadas sobre el respaldo del asiento delantero, como si estuviera posando en un estudio fotográfico. Nunca me he alejado de casa hasta el punto de no comprender las palabras que oigo a mi alrededor, nunca he estado tan lejos como para no saber qué dice el camarero que me trae una cerveza ni hacerme entender.

El Hotel Silencio se sitúa en la costa, a una hora en coche desde el aeropuerto, pero el taxista nos anuncia que, como la red de carreteras todavía no está operativa, tendrá que atravesar la ciudad y dar un rodeo que prolongará el trayecto una media hora. Hay tramos que no aparecen en el mapa, dice. A excepción de las colinas que se divisan en la distancia, el paisaje es eminentemente plano.

Lo primero que llama mi atención es el polvo gris que lo sepulta todo, como una capa de ceniza después de una erupción volcánica; obviando el enrojecido cielo vespertino, nos adentramos en un decorado en blanco y negro.

El taxista confirma mi impresión.

—Lo peor es el polvo —dice—. Respirarlo. Estamos deseando que llueva. Aunque entonces quedará todo hecho un barrizal. Con la lluvia llega también la humedad.

Me doy cuenta de que ajusta la posición del espejo retrovisor cada vez que se dirige a uno de nosotros para poder mirarnos individualmente. Conduce con la mano derecha, mientras que la izquierda reposa inerte en su regazo; cada vez que señala, suelta el volante por completo y el coche derrapa.

Distingo fragmentos de la antigua muralla de la ciudad.

—... Aquí había antes unas ruinas de la época romana, pero ahora son solo unas ruinas —me explica—. Nos va a llevar cincuenta años reconstruir el país. Los refugiados no volverán mientras todo siga destrozado —continúa—. También han dejado de venir los turistas. Ya no salimos en las noticias. Hemos caído en el olvido. Hemos dejado de existir.

Dice que el hotel llevaba unos cuantos meses cerrado, por eso le parece curioso haber trasladado a tres pasajeros en la misma semana. «Contando con vosotros dos», dice alzando tres dedos al tiempo que el coche da un bandazo.

No pasamos por delante de ningún edificio que haya quedado intacto. El hombre señala conforme enumera: el Parlamento ha sido destruido, igual que el Museo de Historia Nacional; los estudios de televisión han quedado reducidos a escombros; el Archivo Nacional, donde se guardaban los manuscritos, ha sido arrasado, y el Museo de Arte Contemporáneo voló por los aires. Antes allí había un colegio, allí una biblioteca, allí una universidad, aquí había una

panadería, aquí un cine...

Por todos lados se advierten signos de devastación.

Las bombas han abatido enormes bloques de pisos y faltan cristales en las ventanas de las fachadas que aún resisten. Me digo: a vosotros se os derrumban edificios bombardeados, a nosotros se nos abren fisuras en el suelo por donde brotan ríos de roca fundida.

Proseguimos lentamente nuestro camino a través de la ciudad; apenas se ve un alma, la gente está pálida y tiene aspecto cansado. Las máquinas retiran derrubios en algunas zonas. También se observan indicios de una vida próspera anterior a la guerra. Nos detenemos en un cruce, justo enfrente de una vivienda de dos plantas sin fachada, parece una casa de muñecas. A pesar de la gruesa capa de polvo que lo tapiza todo, distingo el patrón geométrico de una alfombra y los restos de un piano. Detengo la mirada en un sillón hondo y un reposapiés, ambos objetos obra de un conocido diseñador. Junto al sillón hay una lámpara de pie y una estantería volcadas. Me fijo en que la cama del dormitorio está hecha, la cubrieron con una colcha antes de abandonar el hogar; quizá alguien bajó un momento a la panadería a comprar panecillos y le pegaron un tiro por el camino. Sin embargo, lo que realmente me hipnotiza es el jarrón amarillo que reposa intacto sobre un estante del salón. En el garaje yacen los restos del coche familiar y en el acceso a la casa veo una pequeña bicicleta roja con ruedines.

Hay basura tirada en cada esquina y, si no me equivoco, las tuberías del alcantarillado están al aire. El taxista se disculpa por no poder subir la ventanilla de mi lado.

Entre la peste exterior y el intenso olor a loción Fahrenheit del conductor, percibo los efluvios de una leve y dulce fragancia floral que emana de la mujer, un perfume completamente distinto al de Guðrún. ¿Cómo se llamaba su colonia? ¿No era que con una gota de Plutón detrás de la oreja la acompañaban las estrellas? En silencio, asomada entre los asientos delanteros, la mujer observa la calle.

—Constructoras —dice el taxista, haciendo un gesto con la cabeza hacia un enorme buldócer—. Cuando cesaron los ataques aéreos, vinieron los cascos azules —continúa—. Luego se fueron y en su lugar llegaron las promotoras con toda su maquinaria —suelta el volante para cambiar de nuevo la orientación del retrovisor. Ahora me tiene a mí en su campo visual.

Quiere saber qué he venido a hacer aquí.

—Vacaciones —le digo.

El hombre y la mujer me miran. Seguidamente intercambian una mirada en el espejo. Él le dice algo que no entiendo y ambos

asienten mientras me observan. Yo los observo a ellos.

Reformula su pregunta: quiere saber si tengo alguna misión especial, *special mission,* como el otro hombre al que ha llevado al hotel esta misma semana.

Repito que estoy de vacaciones y dejan de interrogarme.

Nos alejamos de la ciudad por una tortuosa carretera secundaria que atraviesa un bosque. Me fijo en que los troncos de los árboles son de color gris, como si la mayoría no hubiera echado hojas nunca.

Al pasar por un campo a las afueras del bosque, el taxista reduce la velocidad y suelta de nuevo el volante para señalar. El coche comienza a zigzaguear.

—Fosas. Fosas comunes anónimas —me informa—. Entre los que están metidos hay un célebre poeta nacional que compuso un poema sobre la desolación de los bosques.

La mujer le hace un comentario y me da la impresión de que el conductor se remueve en el asiento.

Niega con la cabeza.

Por primera vez, la mujer dirige a mí sus palabras.

—Aquí hay enterrados hijos, maridos y padres —dice—. Por todas partes yacen padres e hijos, unos junto a otros, incluso tres generaciones de hombres dentro de la misma familia —explica que la guerra estalló entre las casas, entre vecinos cuyos hijos iban juntos al colegio, entre compañeros de trabajo, entre socios del club de ajedrez, entre delanteros y porteros del mismo equipo de fútbol —. En un bando estaba el médico de cabecera —dice impasible—, y, en el bando contrario, el fontanero y el profesor de canto. Los antiguos miembros del coro se convirtieron en adversarios: por un lado, el barítono; por el otro, el bajo y el tenor.

Guarda silencio y mira por la ventanilla.

Me pregunto cómo habrá hecho el taxista para sobrevivir. ¿Por qué no está enterrado también en las afueras del bosque? ¿Fue víctima o verdugo? ¿Podría ser responsable de alguna de esas fosas recién excavadas donde descansan padres e hijos? Continúa en silencio, parece atento al volante.

Poco después retoma la conversación, pero cambia de tema y me cuenta que antes de la guerra había llevado en su taxi a grandes estrellas que se dirigían al «hotel terapéutico», como él lo llama.

—Para descansar y mejorar su salud.

Reflexiona unos segundos.

—Como Mick Jagger, sin ir más lejos. Lo mejor de todo fue —dice— que justo en ese momento ponían en la radio *I Can't Get No*

Satisfaction. Aunque, al oírla, no se puso a cantar. Jagger, digo.

Guarda un breve silencio antes de continuar con su anécdota:

—Y, si no era Jagger, entonces era alguien clavado a él. Con un ojo marrón y otro azul.

—¿No sería David Bowie? —pregunto. Ambos me miran y el hombre reflexiona.

—Pues, ahora que lo dices, puede que fuera Bowie.

El taxista hace memoria y entonces cree que era más bien *Starman* la canción que escuchó con su pasajero.

—Me lo esperaba más alto —prosigue, aunque dice que eso tampoco le sorprendió, porque siempre ha oído que los famosos son más bajos de lo que la gente piensa—. Las personas siempre son más altas o más bajas de lo que nos imaginamos —agrega.

Y, mientras observaba a Mick Jagger o a David Bowie por el espejo retrovisor, le había visto mover sus grandes labios al compás de la melodía.

—Eso suena más a Jagger —digo.

Asiente.

—Sí, estoy seguro de que era uno de los dos.

La mujer sonríe. ¿Me sonríe a mí?

Ha comenzado a oscurecer cuando entramos en la ciudad bajo un cielo ensangrentado. El taxi recorre lentamente las estrechas calles empedradas. Me fijo en un callejón pavimentado y en la cantidad de tuberías reventadas, parecen carne despellejada.

Cuando el taxista saca el equipaje del maletero, me doy cuenta de que la manga izquierda, la que descansaba inerte en su regazo, está hueca.

Alza el muñón.

—Una mina antipersona —dice, antes de añadir que se considera afortunado por haber acabado sordo de un oído y haber salvado medio brazo—. Es clave haber conservado el codo.

Después se retira el pelo con su única mano para mostrarme media oreja y una cicatriz que se extiende desde el lóbulo hasta la sien.

—El retrovisor me ayuda a *escuchar* lo que dicen los pasajeros. Miro y entonces oigo —añade.

Yo oigo y veo, me digo.

Mientras entro por la puerta del Hotel Silencio con mi caja de herramientas, le oigo murmurar:

—Os pensáis que con los ataques aéreos se arregla todo.

Pero lo dice más bien para sí mismo.

II. Cicatrices

POR TODO VELA EL SILENCIO, EL SILENCIO

Pese a que el Hotel Silencio ha salido visiblemente airoso de la guerra, se encuentra bastante desmejorado en comparación con las fotografías que mostraba la página web. Los colores parecen haberse apagado, como un cuerpo lívido que no ha visto la luz del sol en mucho tiempo. En el aire flota un olor a moho. Reconozco la lámpara de araña que cuelga del techo, pero su luz es mate y gris, ha perdido el lustre.

El chico de la recepción habla inglés, como el taxista; tendrá poco más de veinte años, la edad que yo tenía cuando escribía mis diarios sobre la nubosidad y la carne. Vestido con camisa blanca y corbata, lleva un flequillo largo que se retira de la frente de vez en cuando.

La mujer y yo esperamos juntos unos instantes, como un matrimonio que va a registrarse en un hotel. Luego reculo un paso sin soltar mi caja de herramientas. Mientras la mujer rellena el formulario, echo un vistazo a mi alrededor. El recepcionista y ella hablan en voz baja.

Me basta una simple ojeada para constatar que el hotel necesita una buena labor de reparación: la pintura se desconcha por todas partes, en el techo hay manchas y desperfectos causados por la humedad; no me extrañaría que llevaran meses sin darle un calentón, me siento como cuando uno entra en una casa de campo tras un invierno de copiosas nevadas. Aquí hay que ventilar y hacer unos cuantos retoques. Golpeo la pared con los nudillos, pero no acierto a identificar el tipo de madera. ¿Caoba? ¿De qué eran los bosques que hemos atravesado al venir? La entrada sirve también como sala de estar y su enorme chimenea atrae toda mi atención. Está encendida y la estancia huele a humo.

Por encima de la chimenea cuelga un cuadro con la imagen de un bosque. En el centro, una pantera dirige su mirada más allá del lienzo mientras un cazador la observa, sin miedo, con un destello de audacia en sus ojos. El felino parece más bien un gatito inocente con expresión de marioneta.

El chico me lanza algunas miradas mientras atiende a la mujer, que sigue sin quitarse las gafas de sol. Me figuro que el viaje le habrá causado migraña.

Una vez que la mujer ha desaparecido con su llave por la escalera, el joven se dirige a mí, inclinándose sobre el mostrador y bajando la voz:

—*Film star*.

Hace un esfuerzo por recordar.

—¿Cómo se titulaba su última película?

Reflexiona unos segundos.

—*¿A Man With a Mission?* No —rectifica—, ¿no era *A Man Without a Mission,* un hombre sin misión?

Pero ya no está tan seguro, hace tiempo que no la ve en la gran pantalla.

Me pide rellenar unos documentos que tardo en cumplimentar; la interminable lista de preguntas no tiene nada que envidiar a la del aeropuerto.

Progenitores. Dónde nacieron. ¿Escribo *Valle de los Salmones* en la columna de mi madre? Situación familiar, hijos, pariente más cercano, número de emergencia. A quién llamar en caso de eventualidad. Escribo *Guðrún Ninfea Jónasdóttir* y su número de teléfono. El joven revisa el formulario para comprobar que no me he dejado ninguna casilla.

—Falta la altura —me indica, señalando la hoja.

Escribo *uno ochenta y cinco.*

Será útil a la hora de construir el ataúd.

—Así, a ojo, yo habría dicho uno ochenta y tres —comenta.

Se disculpa por el papeleo, pero hay que cumplir las normas.

Pese a estar solos, vuelve a hablarme en voz baja mientras lanza una ojeada a su alrededor.

—Queremos saber qué viene a hacer la gente al país.

Me explica que no se trata de un gran hotel: dieciséis habitaciones, de las cuales solo cinco están ocupadas en este momento.

Después confirma lo que ya me ha comentado el taxista: que, después de unos cuantos meses sin clientes, esta semana han recibido tres de golpe.

—Tú, la mujer y el hombre —dice, antes de hacerme saber que hoy han encendido la calefacción en mi habitación.

Seguidamente saca un mapa de la ciudad, alcanza un bolígrafo azul y traza una serie de cruces mientras me informa:

—En ruinas. Ya no está —después, rodea en rojo algunas zonas —: Minas. Aquí y aquí. Y aquí. No te metas en el bosque. Ni en los campos. Evita las áreas abandonadas. No pongas un pie aquí, ni aquí, ni aquí, ni aquí. No vayas ni aquí ni aquí. Ni aquí. No cojas

setas. Las minas de plástico son las más peligrosas porque no se detectan.

Me entrega la llave.

—Estás en la siete.

Y añade:

—Hay toque de queda entre las once de la noche y las seis de la mañana. La electricidad está restringida y se corta cada día durante seis horas. El agua también está racionada. Si quieres ducharte, tendrás que hacerlo antes de las nueve de la mañana, porque después ya no habrá agua caliente. Y no tardes más de tres minutos; si no, mi hermana no se podrá duchar.

Me abstengo de preguntarle qué hace su hermana duchándose en el hotel, pero él mismo considera procedente darme una explicación:

—Trabaja en el hotel, como yo.

Titubea.

—Bueno, se podría decir que lo dirigimos juntos.

Echa un vistazo a los formularios.

—Aquí está anotado que tienes la habitación reservada durante una semana. Nuestro restaurante todavía está cerrado, pero servimos el desayuno. Bajando la calle encontrarás un restaurante que abrirá si les avisas con antelación de que vas a ir.

Y una cosa más: si lo necesito para algo, solo tengo que tocar el timbre. Puede que no esté siempre en recepción porque tiene otras tareas que atender.

Cuando hice la reserva por internet, la página del hotel mencionaba los restos de unas antiguas termas y unos famosos mosaicos que se hallaron al excavar los cimientos del edificio, si no recuerdo mal.

Le pregunto al joven si se permite el acceso a los mosaicos.

—Me gustaría verlos —añado.

De repente, el chico ha dejado de entender inglés.

Continúo:

—Se accede a ellos a través del hotel, ¿no?

Y añado, por si le ayuda a refrescar la memoria, que en la obra aparecen representados unos desnudos femeninos.

De todos modos, lo que más me llamó la atención al verlos era el color del fondo, un peculiar azul turquesa que, según leí, se extraía de unas antiguas canteras de la región.

Lamentablemente, el chico no parece estar al corriente de la existencia de los mosaicos ni de otros restos arqueológicos en las proximidades. «Será alguna confusión», dice mientras de repente se

pone a ordenar los papeles que tiene encima del mostrador. Dos folios, me parece.

—*I am sorry* —dice.

¿Y tampoco sabe nada de unas termas en el hotel? ¿Con baños de barro?

No, eso tampoco le dice nada, pero se informará.

Mientras subo la escalera, oigo que el chico dice, sin levantar la mirada:

—Ah, sí, el ascensor está estropeado.

De camino a mi habitación me doy cuenta de que a partir de ahora no necesito decir más palabras de las que me parezca adecuado, que puedo guardar silencio hasta el fin del mundo.

MI VIDA HA LLEGADO EXACTAMENTE AQUÍ, A LA HABITACIÓN NÚMERO SIETE

Nada más girar la llave en la cerradura y encender la luz, me fijo en el cuadro que cuelga por encima de la cama, muy parecido al del bosque que he visto antes en la recepción, solo que, en este caso, en lugar de una pantera hay un león y, además, el animal no mira fuera del cuadro: ambos, cazador y felino, se sostienen la mirada.

El empapelado, decorado con motivos de hojas, ha comenzado a pelarse en las esquinas.

La habitación dispone de un escritorio y un sillón tapizado con las patas talladas. En el lavabo hay una pastilla de jabón sin estrenar que huele a Lux y está envuelta en un fino papel de seda adornado con dibujos de flores. La colcha está cubierta de polvo, pero las sábanas están limpias.

Me tumbo sobre la cama con toda la ropa puesta y enciendo la lámpara de la mesilla. La luz de la bombilla parpadea unos segundos y se apaga. Miro el reloj: queda una hora hasta que corten la electricidad. Me levanto a por el destornillador y la linterna, y los dejo junto a la lámpara.

Como señal de que el viaje ha terminado, me recorre un escalofrío.

Abro la maleta, ordeno mis pertenencias sobre el escritorio y las coloco en fila. No tardo nada en hacerlo. Cuelgo la camisa roja en el armario, dejo el jersey en el estante de al lado y pongo los diarios sobre la mesa, junto a la caja de herramientas. Todavía no he visto una sola papelera en este país. No poseo prácticamente nada. Nueve objetos.

¿Me acuesto? ¿Me lavo los dientes?

Abro el grifo. Primero baja un chorro de arena, después un lodo marrón y, finalmente, agua teñida de rojo. Sale helada y sin presión suficiente para ducharse. Los ruidos de las cañerías indican que necesitan una revisión.

Al otro lado de la pared rechina una cama. Alguien debe de estar dando vueltas sin poder dormir en la habitación vecina, a no ser que sean dos personas, la mujer y el otro hombre, restregando sus cuerpos sudorosos uno contra otro. ¿Eso que oigo es la voz de un niño? ¿Hay alguien cantando una nana?

Por el hueco de las cortinas se aprecia el mundo exterior, sumido en las tinieblas. Se escucha a alguien arrancar una vespa y, luego, un penetrante zumbido similar al sonido de un alambre vibrando, me recuerda a un grillo. De pronto, me parece oír un leve crujido al otro lado de la puerta, seguido de una especie de rascaduras en la parte inferior. Después cesan todos los ruidos.

Lo único que me impide dormir es el propio latido de mi corazón bajo la ninfea.

Pum, pum, pum.

Dentro de nada reinará un silencio mortal en mi cavidad torácica.

Hace frío sobre la colcha y hace frío bajo la sábana. En mitad de la noche, me levanto y camino a tientas en busca del jersey —sin expectativas de encontrar un cálido edredón—. Al abrir el armario, se me cae la puerta encima. Examino los soportes con la linterna, las bisagras parecen estar sujetas por un total de dos tornillos sueltos. En mi caja debería tener repuestos de ese tamaño, la arreglaré mañana. Me pongo el jersey que me hizo Guðrún y me acurruco bajo la sábana, un feto de casi cuarenta y nueve años, ¿no es lógico que me ponga a pensar en mamá?

Vuelvo a encender la linterna, alcanzo uno de los cuadernos y lo abro al azar.

En lo alto de una de las páginas centrales, mi yo anterior escribió una vez en letra azul ondulante: *El corazón humano late setenta veces por minuto. Cuanto más grande es un ser vivo, más lento late su corazón. El de un elefante late veintitrés veces por minuto. Cuando el corazón ha dado un número determinado de latidos, se para.*

BAJO SU ALA
BUSCARÁS REFUGIO

Me despierta un pájaro gigante revoloteando en mi habitación, batiendo las alas frenéticamente, como si tratara de alzar el vuelo.

Después, sale disparado por la puerta y cierra con cuidado.

Es un niño.

¿Se me olvidó cerrar con llave? La cerradura es vieja, se habrá quedado abierta.

Tardo unos segundos en recordar a qué punto del globo he ido a parar. Intento adivinar qué hora es, a juzgar por la luz que se filtra por las cortinas, antes de mirar el reloj. He dormido diez horas y todavía resuenan en mi cabeza las palabras del sueño. Era mamá la que me hablaba:

—En lugar de dejar de existir, podrías dejar de ser tú y convertirte en otro.

Un instante después llaman a la puerta y aparece en la habitación una chica joven vestida con un jersey de cuello alto y una falda. Podría tener la edad de Ninfea. Presumo que se trata de la hermana del recepcionista y se me ocurre pensar que será ella quien descubrirá mi cuerpo. Que avisará a su hermano y este, a su vez, a la policía.

Tras disculparse por las molestias, la chica me pregunta cuándo quiero que me haga la cama y si me hace falta algo. ¿Una toalla limpia? De todos modos, ya se ha acabado el agua caliente por hoy. Me estudia con la mirada: es obvio que he dormido con la ropa puesta. Después echa un vistazo por la habitación. La caja de herramientas está abierta sobre la mesa, pero sus ojos se detienen en la puerta del armario, apoyada contra la pared.

Me levanto, diciéndole que la voy a arreglar.

«Yo me ocupo.» Sí, esas son mis palabras exactas.

Me observa detenidamente mientras cojo el taladro y la caja de tornillos. Comenta que su hermano le ha contado que estoy de vacaciones. Presiento que es una pregunta, lo de que estoy de vacaciones. Me mira a la espera de que se lo desmienta.

—Sí, así es. Estoy de vacaciones.

—Poco equipaje, ¿no, *mister*?

Le explico que será una estancia breve.

—No voy a quedarme mucho.

De hecho, en mi reserva figura bien claro que me quedo una semana.

Ante su expresión de curiosidad, espero a que en cualquier momento me pregunte qué hago con un taladro si estoy de vacaciones. Pero no lo hace. En su lugar, repite lo que mencionó ayer su hermano: que es bastante curioso no haber tenido ni un cliente en muchos meses y ahora, de repente, tres en la misma semana.

—Crucemos los dedos por que la tregua continúe y vuelvan los turistas.

Y añade:

—Nos hacen falta divisas.

Se aparta y me observa mientras monto la puerta. Termino en un periquete. La comprueba con una mano y me da las gracias.

La camisa que he traído cuelga en una percha dentro del armario.

La puerta de la habitación está abierta y poco después aparece un pequeño ser. Es un niño. Con una toalla sobre los hombros, a modo de capa, pasa corriendo por delante de la joven y describe un círculo en la habitación antes de desaparecer de nuevo por el pasillo.

Tengo la impresión de que la chica se siente insegura y le dice algo al niño al pasar por su lado.

—Está volando —dice disculpándose—. No juega con los otros niños.

¿Se traerá siempre al pequeño al trabajo? Cuando llegue el momento —cuando haya escogido el día—, le diré que no venga con él. Pongamos el martes de la semana que viene. Podría decidir, aquí y ahora, que será exactamente el martes de la semana que viene.

Aprovecho la ocasión para preguntarle sin rodeos.

—¿Tu hijo?

Asiente y me explica que la guardería todavía está cerrada, pero que en principio empezará el colegio en otoño.

—Si es que para entonces el colegio ya está rehabilitado —puntualiza, antes de añadir que no se atreve a dejar al niño a solas ni a permitirle jugar en la calle porque podría meterse en una zona de minas. Los campos de fútbol y los parques están repletos.

Por si los hermanos tuvieran poco con dirigir el Hotel Silencio a su temprana edad, tienen también un niño a su cargo.

—Llegamos aquí a finales de la guerra —continúa—. Era nuestro último destino. Más allá de esta ciudad, solo quedaba el océano —añade mientras prueba de nuevo a abrir y cerrar la puerta del armario—. Si es que se puede decir que uno acaba en algún sitio —comenta como si le hablara al mueble.

—Entonces, ¿tu hermano y tú sois los dueños del hotel?

Se lo piensa unos segundos.

—No, nuestra tía materna. Pero se marchó del país. Se podría decir que lo dirigimos nosotros por ella.

Quiere añadir algo más, pero cambia de idea.

Siento la necesidad de tenerlo todo claro.

—O sea, ¿que tu hermano y tú vivís aquí con el niño? ¿En el hotel?

Asiente y me dice que están a la espera de tener alojamiento en la ciudad. La casa a la que quiere mudarse con otras mujeres, su hijo y su hermano ha sufrido desperfectos y de momento no tiene ni agua ni luz.

—Mientras tanto, vivimos aquí —dice antes de meterse en el baño para dejar las toallas.

Oigo que abre el grifo.

—El agua está limpia —dice atónita.

Se detiene en la puerta.

—Ya no cae arena —añade.

—He limpiado las cañerías.

Ahora abre el grifo de la ducha.

—La ducha también funciona. Y el agua sale caliente.

Está boquiabierta.

—Sí, solo había que desenroscar la alcachofa y retirar la arena y el barro del interior.

De pronto me la encuentro junto a la ventana, abriendo las cortinas.

—De pequeños pasábamos aquí las vacaciones, mi hermano y yo —la oigo decir.

Permanece un rato mirando en silencio por la ventana, de espaldas a mí.

—Ahí —dice, señalando a través del cristal—, en esa pared, disparaban a la gente. Al lado había una panadería, era difícil evitar esa esquina.

Me acerco a la ventana.

—¿Ahí?

—Sí. Todavía se ven los agujeros de bala. La gente que se agrupaba o formaba una fila corría más riesgo de recibir un tiro.

Entonces me explica que se libraron batallas entre barrios y que, debido al persistente estado de asedio, algunos sectores de la ciudad quedaron aislados durante meses.

—Los habitantes sobrevivían pasándose comida por túneles —añade.

Reflexiono. Desde la ventana es difícil determinar dónde se escondía el francotirador.

Guarda un breve silencio antes de continuar:

—Se barajan varias teorías sobre la identidad del francotirador.

Duda unos segundos y se gira hacia la puerta, como para

asegurarse de que no hay nadie.

A menos que esté vigilando al niño.

—He oído por ahí que es un miembro del coro —dice, ajustándose la goma del pelo.

ESTOY ENTERRADO POR TODA LA CIUDAD

Una vez arreglada la puerta del armario, doy por terminada la lista de tareas de hoy. Nadie sabe de mi existencia y nadie me espera. Sé que mi madre, en los confines de un océano glacial, escucha su radionovela comiendo compota de ruibarbo con nata montada. Pero nadie espera noticias mías. Durante veintiséis años he tenido siempre las manos ocupadas. ¿Qué hago yo ahora, en mis seis últimos días? Considerando siete horas de sueño, me quedan diecisiete horas diarias que rellenar.

—Diecisiete por seis son ciento dos horas —habría respondido mamá al segundo.

Eso quiere decir que el astro rey se alzará seis veces más por encima de la curvatura terrestre.

¿Hay algo que quiera hacer?

Podría salir a explorar la ciudad, y más después de haber repetido diez veces que he venido de vacaciones. ¿Qué iglesia, museo o restos arqueológicos debería visitar hoy?

Ayer, el recepcionista no sabía de la existencia de los mosaicos o de otras reliquias, pero puede que hoy se le haya refrescado la memoria.

Pulso el timbre tres veces y pasan diez minutos hasta que aparece el chico, abotonándose a toda prisa la camisa blanca. En pantalones de chándal y zapatillas, lleva el pelo cubierto de polvo y una pelusa gris que parece masilla, o cal, como si hubiera estado enyesando. Se retira los auriculares del cuello y los deja sobre el mostrador sin apagar la música de Lorde.

Le pregunto de nuevo por los mosaicos.

—¿Has averiguado algo de los mosaicos? ¿Del antiguo mural?

—No, lo siento. Tardaré un poco. Pero estoy en ello.

Le doy más detalles y le especifico que, según he leído en internet, en la página del Hotel Silencio en concreto, se trata de un mural dividido en dos secciones. Una es la de valor arqueológico, mientras que la otra se ha añadido recientemente como parte del balneario que anuncia el hotel.

—No hay que hacer caso de todo lo que dice internet —precisa

el chico—. Además, eran de antes de la guerra —explica—. Desde entonces han cambiado muchas cosas —seguidamente me da las gracias por haberle recordado que deben actualizar su página web —. Me seguiré informando, te avisaré cuando sepa algo —añade mientras se afana en dejar bien apilados los mapas del mostrador.

Después quiere saber hacia dónde voy.

—Salgo a dar una vuelta.

Despliega inmediatamente un mapa de la ciudad y repite las instrucciones que me dio ayer respecto a las zonas que no debo pisar si no quiero que me vuele el torso por los aires; aquí no, y aquí ni se te ocurra. Sigue insistiendo en que evite las áreas abandonadas.

—El sol también brilla en la superficie de las tumbas —dice para concluir mientras dobla el mapa.

Como me he quedado dormido para el desayuno, me recomienda el restaurante que hay al bajar la calle. Si lo deseo, puede llamar al dueño para avisarle de que voy a ir. Así podré estar seguro de que tendrá comida preparada.

Me da por pensar que el chico podría tener la edad de mi hijo. Es decir, si yo hubiera llegado a engendrar otro ser vivo.

TÚ, A QUIEN ME ENCUENTRO

Estoy aquí abajo, en la Tierra.

Literalmente.

Me detengo en la plaza y extiendo el mapa. No sopla el viento y hace calor. En el aire flota una calima amarillenta.

Veo un grupo de palomas grises que me hace recordar las palabras del taxista.

—Hasta los pájaros desaparecieron durante la guerra.

A lo lejos se oye el ruido de las máquinas, la ciudad está en obras. Vago sin rumbo, me meto por callejuelas estrechas y me da la impresión de estar doblando siempre las mismas esquinas. Algunas casas parecen intactas, pero es evidente que muchas fueron abandonadas deprisa y corriendo. Aunque apenas me cruzo con nadie, ciertas caras me son extrañamente familiares. Esa mujer de ahí se parece a mi excuñada, la hermana de Guðrún, y, por un instante, juraría haber visto de espaldas la figura de Svanur. Miro a la gente, pero la gente no me mira a mí. Algunos han perdido un brazo o una pierna, o les faltan otros miembros del cuerpo que normalmente se tienen de dos en dos.

Me viene a la cabeza el día en que Guðrún me preguntó, sin venir a cuento, si le donaría un riñón en caso de necesidad. Le respondí que sí y le pregunté si estaba enferma, pero contestó que no. Pensé: ¿y si me pidiera el corazón? ¿Le diría que le donaría sin problema cualquier órgano del que poseyera más de un ejemplar?

—Esa es la clase de preguntas que te hacen las mujeres —habría dicho Svanur—. Señal de que te están poniendo a prueba.

Finalmente, llego a una pared acribillada a balazos: es el muro que se ve desde la ventana de mi habitación. Lo examino con detalle, me hallo en el mismo lugar que quienes un día recibieron un tiro a quemarropa, al mediodía o bajo una noche estrellada. Acaricio la piedra templada, introduzco los dedos en los agujeros dejados por los proyectiles.

—Las personas sueñan con cosas simples —me dijo un día Svanur—. Con que no les disparen sin motivo y con que los niños guarden su recuerdo.

A juzgar por la alta densidad de impactos, no descartaría que aquí hubieran fusilado a gente. Sin embargo, el taxista mencionó que eso la hacían más bien en un campo de fútbol.

Tengo el hotel justo enfrente de mí. Al alzar la vista hacia mi habitación, en la planta superior, me parece ver por un instante que alguien me vigila desde el otro lado de la ventana, alguien que enciende y apaga la luz intermitentemente, como si jugara con el interruptor y estuviera enviando a toda la ciudad cruciales mensajes en código morse: *No más juegos. No más bombas. No más paseos*.

El tiempo está lleno de gatos muertos

Puesto que hoy no voy a morir, tengo que comer.

Encuentro sin dificultad el restaurante Limbo que me había indicado el recepcionista; el local se sitúa en la calle principal, entre la peluquería, cerrada pero con dos sillones de barbero y un póster de una jovencísima Sophia Loren expuestos en el escaparate, y una tienda de ropa para niños que también está cerrada, como casi todos los negocios de la calle. Intento adivinar qué se vendía en cada tienda a partir de los carteles. Algunas marcas son internacionales; entre ellas, reconozco la de una firma muy conocida que se anuncia en un escaparate roto: *La vida es corta, compra vaqueros*. Enfrente del restaurante hay otra tienda de ropa infantil, flanqueada por dos locales vacíos y cerrados en cuyos carteles se lee Pizza Verona y Café Ámsterdam. Por el camino he

pasado por un cine con la puerta cerrada a cal y canto; en el cristal despedazado de la entrada colgaba un cartel de Bruce Willis con los bíceps en tensión y la frente manchada de hollín.

Las cortinas rojas del restaurante Limbo no permiten ver el interior, pero la puerta se abre de par en par cuando me acerco.

Un hombre me invita a sentarme junto a la ventana; dice que han llamado del hotel para avisar de mi llegada, así que el plato del día ya está en el horno.

Desliza hacia mí una hoja de papel escrita a mano con las palabras *Dish of the Day,* sin mayor especificación. A la derecha veo un precio ridículo. Sin lugar a dudas, podría subsistir varias semanas en este país con el dinero que saqué en el aeropuerto.

—*Very good* —dice el hombre.

Deja un tenedor, una copa y una servilleta de tela sobre la mesa y me trae un vaso de cerveza. *Neptuno,* leo en la etiqueta de la botella.

Soy el único cliente del local.

—No te va a decepcionar, ya lo verás —añade—. *Speciality*.

Espero la comida durante media hora mientras el hombre charla conmigo, con su delantal atado al cuello y un trapo colgado en el hombro.

Quiere saber qué estoy haciendo en esta ciudad y me pregunta, como el taxista, si tengo alguna *special mission*.

Le digo que estoy de vacaciones y, para recalcarlo, señalo con el dedo el mapa que he dejado encima de la mesa.

Se interesa por saber de dónde vengo y si allí también se ha librado alguna guerra recientemente.

—No desde 1238 —le informo.

—¿Así que vosotros no habéis participado en los ataques aéreos?

—No, no tenemos ejército.

Se ha enterado de que esta mañana he reparado un armario con la puerta rota en el hotel.

—Las noticias vuelan —dice mientras me fijo en que sus elegantes zapatos lucen un impecable pulido, como los de muchos otros hombres que he visto por la calle.

Sin darme tiempo para que se lo confirme, me explica lo que ya me ha contado la hermana del recepcionista: que la dueña del hotel es la tía de los dos hermanos que están a cargo del negocio. Ella, la tía, es una viuda que lo heredó de un pariente de su marido y ya no se encuentra en el país.

—Murió tanta gente en la guerra que ahora lo de las propiedades es un jaleo.

Me fijo en que hay un gato durmiendo en un rincón. Es el primer cuadrúpedo que me encuentro. Cuando el hombre entra en la cocina para sacar el plato del horno, el gato se levanta y se frota contra mis piernas. Al agacharme para acariciarlo, tengo la impresión de haber visto este gato atigrado de rayas grises y hocico negro en alguna parte. Se parece a una gata de mi calle que acaricio de vez en cuando, tiene la misma complexión, el mismo pelaje, la misma cola tupida.

—Apenas han quedado animales en la ciudad después de la guerra —dice el dueño al volver, haciendo un gesto con la cabeza en dirección al gato. Y añade—: La carne sabe a conejo.

Me sirve el plato. A pesar de la penumbra, deduzco a partir de la estructura y la forma del asado que se trata de un animal entero de pequeño tamaño. Se va a buscar un cuchillo de hoja afilada y, cuando vuelve, me tiende el arma blanca por el mango.

Se puede usar un cuchillo tanto para cortar pan como para degollar a un hombre, pienso.

No tengo manías con la comida. Cuando tengo hambre, me como todo lo que me sirven. A veces, me compro un perrito caliente al salir del trabajo. Tampoco me complico la vida al cocinar, más bien me compro unas costillas empanadas, las pongo a freír con especias Season All y, en cuanto están listas, me las como de pie en la propia sartén.

Apuesto a que es un pájaro. Trato de recordar qué aves migratorias hacen escala en estos parajes antes de cruzar el océano gris y anidar en un brezal, entre dos montecillos de hierba que aguardan su llegada en una isla de primaveras luminosas. Apoyado en el marco de la puerta mientras observa cómo deshueso el asado, el dueño confirma mi hipótesis.

—Paloma —dice.

Era de esperar: ha salido a la calle a por ingredientes.

—Pero no es blanca, que conste. No disponemos de toda la materia prima que quisiéramos.

Para mi sorpresa, está deliciosa.

Le pregunto por las especias y mi interés parece alegrarle el rostro.

—Comino —es la respuesta—. *Very good?* —dice asintiendo. Entiendo que sus palabras son, a la vez, una pregunta y una afirmación. De hecho, la receta original lleva setas, pero han prescindido de ellas porque es peligroso cogerlas.

Situado a mi lado, el dueño espera de pie a que coloque los cubiertos junto a los huesos para llevarse el plato. Entonces

desaparece y regresa enseguida con el café preparado. Deja dos tazas en la mesa junto con dos vasitos de licor y de repente lo veo sentado frente a mí con ganas de continuar charlando. El café está cargado, pero tiene buen sabor, igual que el licor. A pesar de no haber nadie más en el local, lanza una furtiva mirada hacia atrás y me dice en voz baja que se ha enterado de que he traído un taladro.

—Bueno, también hemos oído que has arreglado las cañerías del Hotel Silencio.

Le pregunto a quién se refiere con ese «hemos».

—La cosa es —dice, y hace una pausa para terminarse la taza de café y, seguidamente, el licor de un trago— que me gustaría saber si podrías ayudarme a construir una puerta.

Le repito que estoy de vacaciones, es la tercera vez que me oigo decirlo.

Sin inmutarse, el hombre continúa y me explica que quiere cambiar la cortina de la entrada por una puerta que se abra en ambos sentidos.

—Y hecha de forma que se vea asomar a la persona que entra —añade.

Antes de poder siquiera oponerme, ya está sacando del bolsillo de la camisa una hoja doblada y arrugada. La despliega sobre la mesa y la aplana con la palma de la mano antes de deslizarla hacia mí.

—*With wings*. De doble batiente —dice señalando con el dedo un dibujo chapucero hecho a lápiz.

El esquema muestra dos puertas arqueadas fijadas con bisagras. Se ha esmerado en trazar bien las curvas y no ha escatimado en goma de borrar.

—Sí, como en una película del Oeste —digo.

A juzgar por la expresión de su cara, el hombre sentado frente a mí parece haber dado por fin con alguien que lo entiende. Asiente.

—Eso. John Wayne. *El indestructible*.

Le digo que no soy carpintero y que, además, no tengo las herramientas adecuadas. Me dispongo a levantarme.

—No pasa nada —responde—. Tú eres el manitas, yo te consigo las herramientas.

Niega con la cabeza al ver que saco la cartera para pagar. A cambio, le gustaría preguntarme si podría revisarle las cañerías. Las de la cocina.

—En otra ocasión —digo.

—Sí, la próxima vez —dice.

Me acompaña hasta la puerta seguido por el gato, que se levanta

al mismo tiempo que yo. Solo ahora me percato de que el animal tiene un ojo cerrado. Es tuerto. Me agacho para acariciarle el pelo.

—Los gatos siempre han sobrevivido al hombre —dice—. Si no el tuyo propio, el de algún otro.

Desde la puerta del restaurante me señala un cartel que cuelga en una ventana oscura del edificio de enfrente. Ya me había fijado en que la ciudad estaba plagada de anuncios parecidos: *Se alquila habitación*.

—La mayoría de los habitantes alquilaban habitaciones a turistas. Esperemos que la cosa se ponga en marcha de nuevo. Ayer vino a comer el otro extranjero del hotel. Y hoy, tú. Así que tenemos buenas razones para ser optimistas.

CUANDO ESTOY CONTIGO DESEO SER EL HÉROE CON EL QUE SOÑABA CUANDO TENÍA SIETE AÑOS: UN HOMBRE PERFECTO CAPAZ DE MATAR

Cuando regreso al hotel, la estrella de cine está hablando con el chico en el mostrador de la recepción. Al verme entrar, se callan de repente.

Ella se gira y me saluda.

No sabría explicarlo, pero de pronto me asalta el deseo de tocar a la mujer, de acariciarle la espalda, una sensación intermedia entre acariciar un gato y deslizar los dedos por una pared recién revestida de madera. Acto seguido me invade otro deseo más, como unas ansias de calma y de primavera. Una primavera que no llega nunca; al menos, no en el momento ni del modo que uno esperaba.

—Todavía sigo intentando aclarar lo de los mosaicos —se apresura a informarme el chico, antes de dirigirse de nuevo hacia ella. Le dice algo en voz baja y tengo la impresión de que le está explicando alguna cosa relacionada conmigo, porque la mujer se gira, me mira y asiente en gesto de confirmación.

De camino a mi habitación, oigo que alguien me llama por el pasillo. El hombre tendrá mi edad y está de pie junto a su puerta, vestido con un albornoz blanco y unos calcetines de leopardo. Entremedias asoman unas pantorrillas recias y peludas. El cinturón del albornoz le cuelga desde la cintura. Deduzco que se trata del otro extranjero.

En una mano lleva una botella con un líquido amarillo claro y en la otra un vasito de plástico de los de enjuagarse la boca. Quiere ofrecerme una copa.

—No, gracias —le digo, poniendo como excusa que iba de

camino a mi habitación.

Al oírme, me doy cuenta de que no suena como una tarea particularmente urgente. En efecto, me dice:

—¿Qué prisa tienes? También podemos echar una partida al ajedrez. ¿Conoces el ataque de Tal?

Agita la botella mientras se adentra en el angosto pasillo y apoya una mano contra la pared, impidiéndome el paso.

Dice que ha escuchado un taladro en la habitación de al lado y que ha interpretado que estoy haciendo obras en el hotel.

Le aclaro que estoy de vacaciones.

Se le ilumina el rostro, como si mi respuesta hubiera dado en el clavo.

Reformula su pregunta. Quiere saber para quién trabajo.

Reflexiono.

—Para nadie —y añado—: Para mí mismo.

—¿Quién te ha enviado? ¿William?

—No.

—No me creo que no tengas un plan de acción. Todo el mundo tiene un plan. *Business is all about focus* —dice en voz baja, mirando a su alrededor.

Por un instante, me parece distinguir en la esquina del pasillo la silueta de una criatura diminuta, un pequeño ser desnudo de torso pálido que desaparece súbitamente de mi vista, como un lagarto huyendo de la luz.

—Aquí no viene nadie sin un propósito. Esto es ahora tierra de oportunidades, la sociedad está en un momento débil, desestructurada, se puede hacer el negocio del siglo. Un amigo mío está comprando unos terrenos para empezar a edificar.

Me parece estar oyendo la voz de mamá: «La guerra es una mina de oro».

Delante de mí, el hombre se sirve de la botella en el vasito de enjuague y lo vacía de un trago.

Consigo deslizarme por su lado y superarlo.

—Desde niño, siempre tuve ganas de matar a alguien —oigo a mi espalda—. La única manera de hacerlo legalmente era alistarse en el ejército. A los diecinueve años, mi sueño se hizo realidad.

Espero a que me pregunte si he matado alguna vez.

Si lo hace, le diré que he pescado truchas.

En lugar de hacerlo, me explica:

—El truco está en diseñar una estrategia que sea incomprensible para tu adversario. Eso es la guerra. Ahí está la belleza. Así es como pensaba Tal: condujo a su equipo hasta la victoria sacrificando a un

hombre detrás de otro.

MAY

Lo primero que veo al introducir la llave en la cerradura y abrir la puerta es un charco de agua en el suelo y luego al niño sentado en la silla, envuelto en una toalla, con los dedos de los pies asomando por el borde del asiento. Su madre está atareada haciendo la cama, tiene la sábana arrebujada y la almohada tirada en el suelo. Me fijo en que ambos tienen el pelo mojado. Sobre la mesa, mis nueve posesiones están alineadas una detrás de otra, como los vagones de un tren. Nada más verme, el niño se tapa las orejas.

—Perdona —es lo primero que dice la chica—. Después de que arreglaras las cañerías, esta es la única ducha que funciona. En nuestra habitación casi no tenemos presión. Cuatro gotas. He aprovechado mientras no estabas.

Con «tenemos» supongo que se refiere al niño y a ella.

Dice que el pequeño acaba de salir de la ducha, de ahí el charco en el suelo. Después, Adam se ha subido a la cama.

Así que el niño se llama Adam.

—Estaba contentísimo —dice mientras recoge las toallas húmedas.

El chico sigue observándonos con las orejas tapadas.

Se disculpa de nuevo, debería haberme pedido permiso. Le digo que no se preocupe y que le revisaré las cañerías.

Me hace saber que, de hecho, tenía pensado ofrecerme un cambio de habitación y trasladarme al otro lado del pasillo. Justo ahora está dejando la nueva preparada.

—Así te evitas la visión del muro de los balazos y podrás ver la playa desde la ventana, como Adam y yo.

Dice que el único problema es la ducha, y le gustaría preguntarme si no me importaría echarles una ojeada a las cañerías. «Localizar el problema», dice exactamente.

Después de haberse marchado con el niño en brazos, envuelto en la toalla, y de haber subido a su habitación, reaparece en la puerta. Aún lleva el pelo húmedo y se lo ha recogido en una especie de moño sujeto con una goma, como suele hacer Ninfea.

No tardo ni un segundo en recoger mis bienes terrenales —mis nueve objetos— y la sigo hasta mi nueva habitación.

Ha cambiado las sábanas y ha abierto las cortinas. Me dice que

Fífí la ha ayudado a meter el escritorio.

—Ya he visto que escribes —añade, observándome detenidamente.

Me imagino que Fífí es su hermano y que está haciendo alusión a los diarios.

Por encima de la cama cuelga un nuevo cuadro con la imagen de un bosque. Se asemeja al de la otra habitación y al de la recepción: hojas verdes, sombras verdes, cielo verdoso. En el centro, un halo de luz envuelve un leopardo.

Me acerco para examinarlo.

—Sí, hay un cuadro en cada habitación —explica, situándose delante del lienzo.

Parecen todos del mismo estilo. De hecho, vienen siempre firmados con las iniciales A. D. en la esquina inferior derecha. La chica ignora quién es el artista, pero tiene entendido que el bosque es el de los alrededores.

—Antes de la guerra, los pintores de esta región pintaban árboles, y todos los poetas dedicaban poemas a la fragancia del bosque, la transparencia de las hojas y el rumor del viento —comenta inexpresiva.

Inspira profundamente.

—Ahora, ese mismo bosque, sembrado de minas, se ha convertido en una trampa mortal. Los que se aventuran a entrar en él no ven brotar las hojas de los árboles. Para calentar las casas, la gente prefiere levantar el parqué antes que ir a por leña.

Baja la mirada.

—¿Para qué querría alguien meterse en el bosque? —la oigo decir en voz baja—. Está claro que no para coger piñas.

La nueva habitación tiene un pequeño balcón con una especie de escalera de incendios que baja hasta el jardín trasero del hotel. La chica señala por la ventana y me asegura que está despejado de minas, aunque me recomienda que no me salga del sendero si quiero caminar hasta la playa.

—Aquí había antes un campo de golf, pero lo labraron y lo transformaron en un huerto durante la guerra.

Contemplamos juntos la vegetación reseca a través del cristal.

—Recuerdo el olor a hierba antes de que estallara la guerra —continúa—. Y a toda clase de bayas, moras, frambuesas, fresas.

Titubea.

—Luego lo reemplazó todo un olor a goma quemada, a metales fundidos, a polvo y a sangre. Sobre todo a sangre.

Hace una pausa antes de retomar el hilo.

—El primer verano de la guerra fue el más duro. Vimos que el sol brillaba, que las moscas zumbaban y las flores brotaban del suelo helado. No nos lo esperábamos.

No digo nada.

—Estamos deseando que llueva —dice por fin—. No ha caído una gota en dos meses y la tierra está muy seca.

Guardamos silencio, ella sigue junto a la ventana.

¿Debería decirle a esta mujer joven que sueña con escuchar el repicar de la lluvia en un cubo de hojalata que ya verá cómo del polvo renacerá el verde? Hasta podría citarle el romance sonámbulo del poeta al que dispararon y enterraron en un lugar desconocido para convencerla de que aquí brotará el *verde que te quiero verde*. ¿O la haría sentir mal? Y podría añadir que, en palabras del mismo poeta, *la puerta sola se abrirá y en la playa nos meteremos en una choza de coral*. También podría contarle que tanto mi tío, el ganadero, como sus paisanos prenden fuego a sus campos cada primavera y dejan un terreno chamuscado, unas cepas negras que asoman de la tierra y que pueden pasar semanas ardiendo si las llamas alcanzan el musgo y el brezo, y que allí también termina creciendo la hierba verde, que te quiero verde.

—No entendemos por qué no ha habido deshielo esta primavera —la oigo decir.

Lo mismo opinaba el taxista:

—Estamos esperando que caiga la lluvia —había comentado mientras cambiaba de marcha con la misma mano con que agarraba el volante y el taxi invadía el carril contrario—. Cuando se ponga a llover, el río crecerá hasta seis metros e inundará los campos donde se ocultan los cadáveres. Entonces emergerá de las aguas sin fondo una riada de esqueletos en uniforme que por fin podremos enterrar.

De pronto, me encuentro a la chica con la mano tendida frente a mí. Ha llegado el momento de las presentaciones.

—May.

Le tiendo la mía.

—Jónas.

Ahora nuestra relación ya se ha vuelto personal.

Lo que implica que no puedo hacerle la faena de suicidarme en su turno de trabajo.

ADAM

La madre y el hijo se alojan en la planta de arriba. Su

habitación, la número catorce, no se diferencia mucho del resto. Aparte de algunos juguetes, apenas distingo la presencia de objetos personales. En pijama, repeinado y con el pelo húmedo, el niño ignora mi presencia mientras se come una manzana troceada frente a una mesa. En el suelo tiene dispuesta una hilera de hombrecillos de plástico separados a intervalos regulares, un poco al estilo de mis herramientas sobre el escritorio.

Es evidente que madre e hijo comparten la cama: en el lado del niño, un conejo de peluche raído y un pijama de perritos reposan sobre la almohada.

—Nos fuimos de casa prácticamente sin nada y estuvimos vagando de un sitio a otro —me explica, al verme pasear la mirada por la habitación—. Adam nació a comienzos de la guerra y nunca ha tenido un hogar.

Me acompaña al cuarto de baño con la llave grifa y espera a mi lado mientras limpio el interior de las cañerías. También llevo un rollo de cinta aislante negra que utilizo en las juntas que gotean.

—Esto es solo un apaño provisional —le digo.

Mientras trabajo, me cuenta que al estallar la guerra se acababa de graduar en Biblioteconomía y que había trabajado en la sección infantil de una biblioteca.

—Tratábamos de llevar una vida normal hasta el momento en que nos tocara huir de nuevo. Yo trabajaba en lo primero que encontraba y, mientras tanto, Fífí cuidaba de Adam. A veces me pagaban, a veces no.

Cuando el agua ya ha adquirido un color y una presión normales, May me acerca una lámpara de noche y me muestra el cable. Ha cambiado la bombilla, pero sigue sin funcionar, así que se imagina que el problema será otro.

Veo inmediatamente que hay que cambiar la clavija.

Asiente con aire serio y preocupado.

—Puede ser complicado conseguir recambios —dice, retirándose un mechón de pelo de la frente—. No quedan existencias en las tiendas. Sin contactos no hay nada que hacer.

Me viene a la mente lo que me dijo en el pasillo el hombre de los calcetines de leopardo: «Todo está a la venta para quienes tienen los contactos adecuados».

De pronto, se planta delante de mí con los brazos en jarras y me exige que le precise las razones que me han traído hasta aquí.

—No hay quien se crea eso de que estás de vacaciones —dice—. Con un taladro.

Se retira la goma del pelo y se la vuelve a poner casi

inmediatamente.

Guardo silencio. El silencio se me da bien.

—Mamá decía que no hablabas —me comentó Ninfea una vez.

Pero eso no es del todo fiel a la realidad: al comienzo de la relación sí que hablaba. *Yo hablaba y G callaba,* consta en la entrada del diario sobre la excursión a la montaña.

Me mira a los ojos sin intención de rendirse.

—¿Por qué estás aquí?

Titubeo y me niego a repetir por enésima vez que estoy de vacaciones.

—No lo sé muy bien.

Me escruta.

—¿Has venido a buscar algo? ¿A comprar algo?

—No.

—¿A vender algo?

—No. No tengo ningún plan.

No puedo decirle a esta joven que ha pasado tantas penas por sobrevivir junto a su hijo y su hermano pequeño bajo un aluvión de bombas —en un país donde discurre sangre por los cauces de los ríos y donde hasta hace apenas unas semanas los pelotones de fusilamiento teñían el agua de rojo— que he recorrido todo este camino para quitarme la vida; no puedo explicarles a estas personas que he venido con una caja de herramientas para clavar un gancho, que para mí llevar un taladro es como para otros llevar un cepillo de dientes; no le puedo decir a May —después de todo por lo que ha pasado— que a ella y a su hermano les va a tocar descolgar mi cuerpo. Ante el paisaje de ruinas y polvo que se extiende al otro lado de la ventana, mi infelicidad parece, cuando menos, una estupidez.

¿SABES? SON NUESTRAS LÁGRIMAS, NUESTRAS LÁGRIMAS, LAS QUE CAEN SOBRE LA ARENA NEGRA

Una vez a solas, abro la puerta del balcón. Tarda en ceder porque hace una eternidad que no calientan las habitaciones y la madera está hinchada. Lo ideal sería tener un cepillo de carpintero para rebajar los bordes, pero resuelvo el problema con mis hojas de papel de lija. De paso, aprieto dos tornillos de la manija. En el balcón encuentro una maceta grande con unas flores mustias; lleno de agua el vasito de cepillarse los dientes y la vierto sobre las plantas. Voy y vengo cuatro veces en total.

El mar está más cerca de lo que pensaba, huele a frutas dulces y

maduras. No me hace falta observarlo mucho tiempo para constatar que no tiene nada que ver con el océano revuelto al que estoy acostumbrado. Aquí no baten olas del tamaño de una persona, pesadas como puertas de hierro que se cierran de golpe con un estruendo, no se distingue la espuma blanca de un mar bravío que devora rocas y engulle embarcaciones; lo que se ve desde la ventana recuerda más bien a una piscina gigantesca de agua salada o a un espejo flotante.

Bajo a la playa desierta desatendiendo las instrucciones de no abandonar el sendero. Por el camino me doy cuenta de que la leñera está casi vacía.

—Nadie está dispuesto a cortar leña —había dicho la chica.

¿Y si me tiro al mar?

¿Cuánto hay que nadar hasta quedarse sin fuerzas?

Un pájaro revolotea sobre mi cabeza.

Una vuelta.

¿Se va a lanzar en picado para atacarme?

Dos vueltas.

Se posa. Me doy cuenta de que cojea y le cuesta alzar el vuelo. En el país de la guerra y el polvo, también los animales han salido malparados: perros con tres patas, gatos tuertos, pájaros cojos.

Cuando llego a la playa, me asalta el recuerdo de las cinco o seis orcas varadas que Guðrún y yo vimos una vez desde el coche al bordear la costa. Sacamos una pala del maletero y cavamos un foso en la orilla para tratar de mantenerlas con vida y sacarlas de nuevo a flote.

—Es importante —dijo al subir de nuevo al coche— que compartamos recuerdos.

¿Ya habíamos dejado de dormir juntos?

Me descalzo, me quito los calcetines y me quedo quieto sobre el barro helado hasta que se forma un charco salado a mi alrededor y comienzo a hundirme. Cuando el agua me cubre los tobillos, doy media vuelta y me marcho.

SI ES QUE SOMOS COMPARABLES, EL CIELO Y YO

Cuando regreso y abro el grifo de la ducha, me quito la ropa —la misma con la que llegué a este lugar— y espero desnudo sobre el suelo gélido. Tras haber reparado las cañerías, el agua ha dejado de ser roja. Ante mí se dibuja en el espejo la silueta de un cuerpo desconocido con una ninfea blanca cubriendo el corazón. Como un

cuño estampado sobre una lona descolorida. Hacía tiempo que no me miraba en un espejo; al menos, no al completo. ¿Es que acaso lo había hecho alguna vez? Los espejos de mi ático no están pensados para hombres de uno ochenta y cinco. Uso el del lavabo para afeitarme, no para mirarme.

He adelgazado, diría mamá.

Me encuentro indefenso. Ridículo.

Me palpo los músculos del brazo y los abdominales, pero me cuesta distinguir si *soy el del espejo o el otro*.

Conservo todo el pelo, como mamá siempre me hace notar acertadamente. Lo llevo cortado a cepillo. Y apenas tengo canas.

Por un lado, estoy yo. Por otro, mi cuerpo. A cuál más desconocido.

¿Íbamos juntos a clase? ¿Conocí a este tipo el verano en que trabajé asfaltando carreteras? ¿Nos conocíamos ya? ¿Será este el joven que meditaba sobre los astros?

El sol lleva un tiempo sin brillar sobre este cuerpo. En todo caso, no en su totalidad. Hace diecisiete años que tomé el sol por última vez. Era un día de junio sorprendentemente cálido, diecisiete grados a la sombra, así que me permití estar en bañador mientras le construía a Guðrún una caja de madera para sus diez fresales. No me tumbé en el suelo porque soy un *Homo erectus,* un hombre erguido que siempre ha tenido las manos ocupadas.

Guðrún tomaba el sol junto a los fresales, pelirroja y con la piel rosada, bañada en la brisa marina, poco a poco sus pecas se fundían entre sí. De vez en cuando se incorporaba con el codo para ponerse crema solar en distintas partes del cuerpo. Sostiene un libro, cierra los ojos entre pasaje y pasaje. Pronto la invade la sombra de un arbusto cercano y Guðrún tiene que agarrar la toalla y alejarse en el césped hasta alcanzar un lugar más despejado.

Enciendo la luz de mi nueva habitación. Funcionan todas las lámparas. Al cabo de un momento, la oscuridad se posa sobre la ciudad como una manta de lana y comienza a refrescar. Se escucha el aullido de un perro —¿uno de tres patas?— y, seguidamente, el decorado se desvanece.

¿Qué hago hasta que me duerma?

Escojo uno de mis diarios, el del medio, y me siento en la cama. Aquí nos hallamos los dos: mi yo anterior y mi yo actual, el joven y el maduro.

¿Qué le hace escribir a un chico de veinte años: *Gracias por la vida, mamá*? ¿Por qué no *papá*? Le doy las gracias a mamá por haber nacido y a las chicas por haberse acostado conmigo. Soy un

hombre agradecido.

Paso las hojas.

Mamá dice que le habría gustado tener una hija.

A mí también me habría gustado tener una hermana. A cambio, tengo amigas. Con las que me acuesto. Cuatro en la misma semana, de acuerdo con el diario.

Por otro lado, conservo una imagen muy borrosa de ese chico que describe formaciones nubosas y cuerpos femeninos. Pero está claro que él y yo tenemos una cosa en común: no sabe quién es, igual que yo no sé quién soy.

Todavía no existo, escribo con excelente caligrafía bajo la fecha del 24 de octubre.

Unas páginas más adelante he tachado una frase con bolígrafo. La raya es tan fina que se puede leer igualmente: *¿Cómo he llegado a ser yo?*

N se intercala regularmente con el resto de las letras, *K, A, L, S* y *G,* pero no me hace falta avanzar mucho para entender que no se trata de una chica con la que me he acostado, porque, en un momento determinado, llamo a *N* por su nombre completo: Friedrich Nietzsche. A juzgar por las fechas y algunas referencias, pasé un año entero leyendo *Más allá del bien y del mal*. Fue durante mi único curso académico en la facultad. El diario parece haberme servido como cuaderno de apuntes.

Lo poco que le queda de «personal» le parece algo fortuito, a menudo arbitrario y, más a menudo aún, perturbador. Se ha convertido en un lugar por donde pasan y se reflejan formas y sucesos ajenos. Le cuesta pensar en «sí mismo» y, cuando lo hace, muchas veces se equivoca. Con facilidad cree que es otra persona; se equivoca en lo referente a sus propias necesidades.

Me llama la atención que cada tres páginas mencione la inminencia de la muerte y la *prodigiosa experiencia del dolor*.

Dos días después de la muerte de papá, escribo: *La gente muere. Los demás. Uno morirá también. Con «uno» me refiero a mí mismo. Moriré. Porque la vida es lo más frágil que hay. Si tengo hijos, morirán también. Y, cuando llegue su hora, no estaré con ellos para darles la mano, para consolarlos.*

Y el 14 de abril del año siguiente escribí:

En nuestras latitudes, la mayoría de la gente se quita la vida en primavera. Las personas no soportan que el mundo renazca, que todo comience de nuevo menos ellas mismas.

No es mal chaval. Se le ve inocente y con buena intención. Poco a poco, las descripciones de los fenómenos meteorológicos ceden

paso a las preocupaciones ecológicas y a las consiguientes entradas sobre el adelgazamiento de la capa de ozono, la contaminación del dióxido de carbono y el calentamiento del planeta. *Los glaciares están en retroceso y acabarán desapareciendo. Dentro de unas décadas, el planeta habrá perdido la inmensa reserva de agua que representan.*

¿Qué le diría hoy a ese chico? ¿Si fuera mi hijo, por ejemplo?

Paso la página.

En el margen superior, leo:

Ya no creo en Dios y me temo que él ya no cree en mí.

Paso las hojas rápidamente.

La penúltima página deja constancia de que mi yo anterior ha donado sangre.

He ido a donar al banco de sangre. Y más abajo —en otra línea—, dos palabras: *Me mareo*.

Aparentemente, la visita al banco de sangre da lugar a dos compendios bastante interesantes en la última página.

Lista de lugares donde lo he hecho:

Cama (A, K, L, D, G, S), cementerio (E), coche (K), patio de escaleras (H), baño (L), casa de campo (K), piscina pública (S), cráter (con G).

Y seguidamente:

Lista de lugares donde no lo he hecho: banco de sangre, museo, comisaría de policía (etcétera).

Cierro el cuaderno y apago la luz. ¿Qué pensamiento elijo para conciliar el sueño en la oscuridad? Estoy subido en el tiovivo con Guðrún Ninfea sobre mi regazo —ha escogido el unicornio— y su madre, mi mujer, nos saluda con la mano mientras todo da vueltas y el mundo se expande a la velocidad de la luz. Nosotros la saludamos también. Después, el mundo se ralentiza y se contrae en una minúscula pupila justo antes de apagarse, justo antes de apagarme.

EL DOLOR, ESA PRODIGIOSA EXPERIENCIA, ENCIENDE LA ESPERANZA

No tengo ropa para cambiarme, salvo una camisa colgada en la percha del armario. ¿Qué hago al respecto? ¿Cómo puede ser que no haya traído más ropa? Descuelgo mi camisa roja y me la pongo.

Me paso la mano por la mejilla. ¿Me afeito o no me afeito? Llevo cuatro días con barba.

—Debería haber cuchillas en la tienda del hotel —me había dicho May.

Pulso el timbre y espero a que el chico se presente.

—¿Te ha dicho May que tenemos cuchillas de afeitar? —me pregunta cuando le explico la razón de mi visita.

Aparece en recepción vestido con una sudadera con capucha y unos vaqueros. Su camisa blanca se halla en algún lugar lejano. Me fijo en que lleva el pelo cubierto de un polvo blanco, como si le hubieran espolvoreado harina por toda la cabeza. Se ha quitado los auriculares.

—Sí, mencionó la existencia de una tienda en el hotel.

—Lo guardaron todo durante la guerra. Antes de que yo llegara —añade tras unos segundos de reflexión.

Hurga en un cajón hasta que encuentra un manojo de llaves.

—Creo que una de estas abre el almacén —dice, haciéndome un gesto para que lo acompañe.

Lo sigo por un pasillo que hay detrás del mostrador. Bajamos por unas escaleras y nos detenemos ante una habitación cerrada.

Tarda un rato en dar con la llave correcta.

—El almacén tiene que estar aquí dentro —dice, a modo de explicación, mientras hace varios intentos de abrir la puerta.

Cuando por fin lo consigue y encuentra a tientas el interruptor de la luz, se queda tan asombrado como yo.

Carente de ventanas, la habitación es bastante amplia y está abarrotada de una gran variedad de mercancías. Una amalgama de *souvenirs* y artículos de regalo se amontona a lo largo de una fila de estantes y en el interior de varias cajas de cartón dispersas por el suelo. En medio se alzan dos expositores giratorios, uno con postales y otro con gafas de sol. En los estantes se aglomeran bañadores con el precio puesto, gafas de natación, juguetes y toallas. Detengo la mirada en unos flotadores, arrugados y deformados tras haber perdido el aire: un cocodrilo con la mandíbula blanda, un leopardo desprovisto de fuerza, una jirafa amarilla, un delfín morado. También me fijo en un bote lleno de bolígrafos con el logotipo del Hotel Silencio.

No cabe la menor duda: es el almacén. Los vestigios de un mundo que fue. Los vestigios de un universo a todo color.

Visiblemente desconcertado, el chico coge algunos objetos y les da vueltas entre sus dedos, parece un niño en una juguetería.

—No me ha dado tiempo a explorar todo el hotel —me explica —. May y yo no llevamos aquí más que cinco meses.

Su expresión delata que no sabe ni por dónde empezar.

—Las cuchillas tienen que estar por alguna parte.

Se abre paso entre las pilas de objetos mientras abre con

precaución una serie de cajas y botes de donde salen cremas solares, protectores labiales, jabones, cuadernos para colorear, barajas y kits de cepillos de dientes con el logotipo del hotel.

En un rincón del almacén, una caja medio abierta promete estar llena de libros.

—Deben de ser libros dejados por los clientes —dice tras echar una rápida ojeada al contenido.

Hurga en la caja.

—Están en varios idiomas —concluye.

Me inclino y deslizo el dedo por los lomos. Aquí están Thomas Mann, con *La montaña mágica* y *Doktor Faustus; Jerusalén,* de Selma Lagerlöf; un poemario de Emily Dickinson; *Hojas de hierba,* de Walt Whitman; *Una habitación propia,* de Virginia Woolf, y un libro de poemas de Elizabeth Bishop. Abro este último, paso unas páginas y leo unos versos sobre el arte de perder, que no es difícil dominar: *The art of losing isn't hard to master*. Porque *tantas cosas se empeñan en perderse,* escribe Bishop, que pierde el reloj de su madre, una casa, dos ciudades, dos ríos y un continente.

Pierde algo cada día. Acepta el sobresalto
de las llaves perdidas.

Guardo el libro en la caja y saco a Yeats. Paso unas páginas y me detengo donde dice que se disgregan las cosas porque el centro no puede regir: *Things fall apart, the centre cannot hold*.

El chico me observa mientras abro y cierro los libros.

—Se ve que alguien se los quiso quitar de encima porque no le gustaban demasiado. Llévate alguno si quieres. May me dijo que escribías.

Se inclina sobre las cajas, perplejo ante la diversidad de su contenido.

—A mí me habría gustado estudiar Historia —dice levantando la cabeza—. Es decir, si hubiera podido ir a la universidad. Más tarde, cuando descubrí que solo la escriben los vencedores en su propio beneficio, se me quitaron las ganas.

Se estira para alcanzar una bolsa de cuchillas desechables.

—Solo tenemos marca Venus, en rosa —dice, tendiéndome la bolsa—. Seis unidades.

Trataré de que se ajusten a una piel áspera. Le indico que me quiero llevar también un bolígrafo del bote. Lo cojo y me lo guardo en el bolsillo de la camisa.

Me pregunta si necesito algo más.

—No, creo que no.

—¿Preservativos, *mister* Jónas?

—No, gracias.

Dice que ahora mismo no sabe bien qué precio poner a los productos, pero cargará las cuchillas a mi cuenta.

Inspecciona con la mirada cada rincón de la habitación y desplaza los objetos de los estantes como si estuviera buscando algo.

Aprovecho la intimidad que me ofrece este espacio de cuatro por tres metros para sacarle nuevamente el tema de los mosaicos. Según sus últimas explicaciones, lo más curioso de todo es que no hay ni rastro de ese mural y que nadie sabe de ningún manantial de agua caliente en las proximidades.

—Es todo muy extraño —me dice.

Viendo que en esta ocasión se lo piensa unos segundos, decido avasallarlo a preguntas.

Sí, justo ahora se acuerda de que hay unos manantiales en los alrededores y confirma, de hecho, la existencia de unas termas en el sótano del hotel, aunque de momento están cerradas.

Sin embargo, su respuesta en relación con los mosaicos suena menos categórica.

—Es verdad, en algún lugar de por aquí había —usa el pasado— unos murales muy famosos, pero actualmente no pueden visitarse.

Me habla mientras abre las cajas y las vuelve a cerrar tras examinar su interior.

—¿Y podrán visitarse pronto?

Vuelve a mostrarse inseguro.

—Bueno, es que los han puesto a resguardo.

Se ha acercado al expositor de las postales y lo hace girar.

—Ahora que estamos volviendo a recibir turistas, igual deberíamos colocar algunas de estas cosas en recepción.

El anhelo es más fuerte que el dolor

Somos tres desayunando en un número equivalente de mesas. La actriz está sentada junto a la ventana con su rebanada de pan y su taza de café. Sobre la mesa descansa una pila de papeles. La he saludado tres veces. En la tercera mesa se encuentra mi vecino de pasillo. Con él, la sala está al completo. Las lámparas de papel coloreado que cuelgan del techo despiertan mi curiosidad, el lugar parece decorado para una fiesta.

—Son de comienzos de la guerra —dice Fífí cuando llega con el café—. Al final se canceló la boda. Aquí también se celebraba un

baile al año. En Año Nuevo.

Al ver que ofrecen pan con miel, recuerdo lo que leí sobre la apicultura local cuando hice la reserva por internet. Fífí ya me ha explicado que durante la guerra murieron todas las abejas, lo que conllevó el fin de la producción de miel.

La actriz me sonríe al verme entrar. Se levanta, coge la taza de café con una mano, enrolla los papeles con la otra y camina hacia mí. Me doy cuenta de que mi vecino nos está observando: se acomoda en su silla y la orienta adecuadamente para poder tenernos a la vista. Lleva una chaqueta amarilla de pana, pantalones cortos y calcetines a rayas.

Se presenta como Alfreð.

La mujer me pregunta si puede sentarse conmigo y deja los papeles sobre mi mesa antes de ajustarse el pañuelo al cuello.

Lentamente.

Entonces me dice que me ha visto abajo, en la playa.

—Sí, quería comprobar que el mar estaba salado.

Sonríe.

—¿Y lo estaba?

—Sí, lo estaba.

Mira por la ventana.

—No es el mismo mar que el vuestro.

—No, no es el mismo mar que el nuestro.

Es dirigirme la palabra una mujer y ponerme a repetir.

Dice que nació y se crio en el país, pero se marchó al extranjero mucho antes de que estallara la guerra.

—Rodamos aquí mismo antes de que comenzaran las hostilidades. Se escogía a menudo esta región para rodar películas que supuestamente transcurrían en otros lugares.

Ella habla, yo callo.

Me gusta sentarme delante de una mujer y estar callado.

—El último día de rodaje, yo estaba ahí —dice, indicando la plaza situada frente al hotel—. Y el coprotagonista, ahí —añade, volviendo a señalar con el dedo—. El pobre movía la mano sin querer cada vez que se oía el disparo. Las tomas salían mal. Repetimos la escena seis veces, gastamos litros y litros de sangre artificial. Luego, por la noche, nos lo pasamos en grande. Todo era mentira, claro. Después todo se volvió real y la película quedaba ridícula.

De pronto, se calla y mira a su alrededor. El hombre de la habitación número nueve ha desaparecido.

—Unos meses antes de estallar la guerra, la gente comenzó a

desaparecer de la faz de la tierra: periodistas, profesores universitarios, artistas. Después ocurrió lo mismo con la gente corriente, los vecinos de al lado. Los ciudadanos no estaban acostumbrados a tener que opinar sobre el gobierno de la forma correcta. Se volatilizaban familias enteras, como si nunca hubieran existido. De la noche a la mañana, el país estaba invadido por las armas.

Mantenemos un breve silencio.

—Cuando las personas cobran conciencia de una situación que no pueden cambiar, la angustia se apodera de ellas —dice finalmente.

Se inclina sobre la mesa, clavándome la mirada. Baja el tono de voz.

—Antes había un zoo en la ciudad —continúa—, pero mataron a tiros a los animales cuando comenzó la guerra. Dicen que uno consiguió escapar. No se sabe de qué especie, pero al parecer era un macho de gran tamaño; unos dicen que un tigre, otros un leopardo, otros una pantera. Corren todo tipo de rumores sobre lo que ocurrió. Hasta insinúan que ese animal dirige ahora las labores de reconstrucción.

Se ajusta de nuevo el pañuelo alrededor del cuello, se termina la taza de café y raspa el azúcar del fondo con la cucharilla.

Después me informa de que está a punto de salir de viaje fuera de la ciudad y de que regresará dentro de diez días. Tiene pensado visitar a unos familiares y, de paso, buscar localizaciones donde rodar un documental y encontrar personas a las que poder entrevistar.

—El documental trata sobre el modo en que las mujeres dirigen las sociedades durante la posguerra —añade, alzando el guion enrollado—. Todo eso sin dejar de ser las responsables de mantener unidas a las familias, con la enorme carga que eso supone.

Después continúa hablando, pero yo estoy distraído pensando en cuánto recalca el hecho de que va a volver. Le interesa saber si ya me habré ido cuando ella regrese.

Me lo pregunta despreocupadamente:

—¿Seguirás aquí dentro de diez días?

Reflexiono. Por algún motivo, en el país de la muerte no corre tanta prisa morir.

—Sí, no cuento con haberme ido todavía.

Y pienso: esta es la clase de lugar donde uno podría quedarse.

May me está esperando en el pasillo cuando vuelvo a mi habitación. Tiene una propuesta formal que hacerme. Así lo expresa literalmente:

—Tengo una propuesta formal que hacerte —dice.

Vestida con una blusa negra, respira hondo mientras se mueve inquieta en el umbral de la puerta.

—He estado hablando con mi hermano y hemos decidido preguntarte si nos podrías echar una mano con unos pequeños retoques que necesita el hotel.

Resumiendo: quieren que trabaje para ellos.

Titubea.

—Cuando no estés haciendo turismo, claro.

Da la impresión de que usa el término *turismo* sin tener claro lo que significa.

Dice que no pueden pagarme mucho porque todavía no han recibido clientes, bueno, aparte de nosotros tres —la mujer, el hombre y yo—, así que aún no tienen ingresos. Les vendría mejor pagarme en forma de alojamiento. Ha pensado que a lo mejor me apetecía prolongar mi estancia y añadir vacaciones a las vacaciones. Lo dice con cierta inseguridad, como si, en realidad, solo hubiese probado a repetir la palabra *vacaciones*. Me podría quedar dos semanas más. Tres, incluso. Con alojamiento y desayuno.

—Fífí y yo hablamos ayer del tema —añade— y estamos de acuerdo.

No especifica en qué están de acuerdo.

Entra en la habitación y se detiene delante de mí. Lleva una coleta, como Ninfea.

—Nos faltan hombres. Y herramientas. Los que no murieron en la guerra o huyeron del país andan ocupados con otras cosas. Ha desaparecido una generación entera de hombres. Las promotoras extranjeras no arreglan manijas ni puertas de armarios.

Le repito lo que ya le he dicho, que no soy carpintero ni fontanero. Ni tampoco electricista.

—Pero tienes un taladro.

Reflexiono.

Puesto que ya le he prometido a la actriz que seguiré aquí cuando regrese, dentro de poco más de una semana, debo buscarme una ocupación. Por eso digo:

—Será un placer ayudaros. No puedo hacerlo todo, pero algo sí.

Me sonríe de oreja a oreja.

Después vuelve a adoptar un gesto serio.

—¿Cabe alguna posibilidad de que puedas empezar mañana?

—Y ahora mismo, si quieres.

HOMO HABILIS I
(EL MANITAS I)

En total hay dieciséis habitaciones y nos cuesta un tiempo encontrar la llave que encaja en cada cerradura. Recorremos las dos plantas mientras ella abre y cierra las puertas. Entramos en habitaciones llenas de polvo; en cada una, May descorre las cortinas y me muestra lo que hay que arreglar.

En la mayoría de los casos se trata de pequeñas reparaciones que puedo solucionar sin problema, aunque preferiría estar mejor equipado. Visualizo mentalmente mi enorme caja de herramientas, la que guardo en un trastero en una isla en mitad del océano. Descubro que hay más puertas de armarios con una sola bisagra y que hace falta ajustar cerraduras, pomos y sujeciones de ventanas. También debo revisar cañerías, interruptores, cables de lámparas, clavijas y tomas de corriente.

Aunque cada habitación tiene su propio estilo, en todas cuelga un espejo con un marco dorado por encima de la chimenea y, por encima de la cama, el cuadro de un bosque con un animal y un cazador. También comparten un intenso olor a moho, consecuencia de la falta de calefacción. Se ven desconchones de pintura tanto en las paredes como en los techos, que están agrietados y estropeados debido a la humedad. Visiblemente deteriorado, el empapelado con dibujos de hojas, que reviste al menos una o dos paredes en cada habitación, ha comenzado a desprenderse en las junturas.

Consciente de la dificultad para obtenerla, obvio mencionar la pintura. Los muebles, sin embargo, se encuentran mejor conservados y el hotel, en conjunto, se ve en bastante buen estado.

—Comparado con el resto del país —señala May.

Le explico que yo empezaría por ventilar para eliminar las humedades. En los suelos hay alfombras rotas tejidas a mano, y sugiero sacarlas a la calle para sacudirles el polvo.

Al enrollar la primera, se desvela un precioso embaldosado azul turquesa decorado con un entramado de motivos cuadrangulares que recuerda a un laberinto.

Sostengo la alfombra enrollada en medio de la habitación mientras contemplamos el suelo.

—Sí, me parece que estamos en el casco viejo de la ciudad —dice, y me explica que cada población tiene, o tenía, las baldosas decoradas con un motivo característico. En esta, el color distintivo es el azul turquesa, que se extrae en las viejas canteras de los alrededores. La información encaja con lo que había leído sobre esos mosaicos que nadie parece conocer y de los que no hay ni rastro.

Camina en círculo, observando las baldosas, mientras me cuenta que su padre era paleógrafo y que guardaba amistad con algunos arqueólogos. Prefiero no decirle que el taxi que me llevó al hotel pasó por delante de las ruinas del Archivo Nacional. Sin nada más que añadir sobre las baldosas, se deja caer en la cama con la cabeza agachada y las palmas de las manos orientadas hacia arriba.

—Papá era el director de la sección de manuscritos del Archivo Nacional. Le pegaron un tiro en su puesto de trabajo. Nos dieron autorización para recoger su cadáver en la esquina de la calle donde lo dejaron tirado.

Guarda silencio.

—No se debe enseñar a un niño el cuerpo de su abuelo con un balazo en la cabeza —añade.

Alzo la alfombra enrollada, la dejo apoyada en un rincón, cojo una silla y me siento frente a May.

—Mamá tardó demasiado en huir —dice en voz baja.

¿Puedo decirle a esta joven, con su falda y su blusa azul con dos botones desabrochados, que un día los hombres *no se adiestrarán más para la guerra* y *volverán sus espadas en rejas de arado*? ¿No suena ilusorio que un individuo pueda volver a ser humano después de haber sido animal salvaje? ¿Es eso posible?

Saca un pañuelo del bolsillo y se suena la nariz.

—De pronto, el país estaba inundado de armas y un día estalló la guerra —continúa—. Comenzaron a circular toda clase de rumores e historias. Nadie sabía lo que estaba ocurriendo —guarda un breve silencio antes de continuar—: No sabíamos a quién creer porque todo el mundo decía lo mismo, que los habían atacado por sorpresa en lugares donde no cabía esperar ninguna hostilidad.

Todos contaban que el enemigo había matado a mujeres y a niños inocentes, y mostraban las fotografías de las víctimas.

Todos contaban que no habían tenido más opción que defenderse.

Niega con la cabeza.

—No consigo entender cómo pudo expandirse así el odio en la sociedad. De la noche a la mañana, todo el mundo odiaba.

Acuden a mi mente las palabras de mamá. «En el corazón de la maldad nace el deseo de venganza», solía decir. «El odio se nutre de odio y la sangre llama a la sangre», añadía.

—Morir no era el problema —dice May, mirándome a los ojos. Le tiemblan los labios—. No me daba miedo poder recibir un disparo o volar por los aires. Pero si te capturaban, morías cien veces.

Homo habilis II
(El manitas II)

Ella va delante y yo la sigo con mi caja de herramientas.

—Reparar —dice, y yo reparo.

Desmonto las alcachofas de las duchas. A menudo basta con retirar la arena y la tierra de las cañerías para que el agua recupere gradualmente la presión y el color. Lo mismo con los lavabos. Le sugiero quitar las alfombras rotas para que luzca el embaldosado.

—Eres tan alto que no te hace falta usar una silla para cambiar bombillas —me dice mientras, subido a una silla, cambio una bombilla del techo. Desvío la mirada hacia el espejo que cuelga por encima de la chimenea y prefiero no contarle que hace menos de una semana me subí a una silla en busca de una sujeción, de un gancho. La de ahora cojea y me tambaleo como si caminara sobre una barra de equilibrio. Bajo mi camisa roja hay una ninfea blanca y, bajo la ninfea, un corazón sanguíneo que todavía late. Extiendo las manos, hincho mi pecho rojo como un pájaro que está a punto de alzar el vuelo. Bajo de un salto y alcanzo la bolsa de bombillas.

Mientras trabajamos, ella me habla.

Mientras me habla, yo trabajo.

A veces, interrumpe su discurso para decirme cosas como:

—Tenemos un piano.

O bien:

—Un día, caminando por la calle, cogí un dedo que llevaba una alianza. ¿Qué hace uno con un dedo?

O bien:

—Al despertar cada mañana, no recordaba que estábamos en guerra hasta pasados uno o dos minutos. Eran los mejores minutos del día.

Hago la cuenta mentalmente. Mamá habría contestado al instante: en un día hay mil cuatrocientos cuarenta minutos.

—Y, cuando se hacía el silencio, sabías que todo volvería a

empezar al día siguiente.

En ocasiones, la oigo hablar y me digo: es como yo, eso también lo he pensado yo. O dice una cosa, pero sé que piensa otra. O está a punto de decir algo, pero cambia de idea y se calla de repente.

El niño sigue fiel a su costumbre de dar vueltas entre las piernas de su madre y desaparecer a ratos. Se muestra receloso y guarda conmigo una distancia de seguridad. No obstante, percibo que su creciente curiosidad supera gradualmente su miedo. Su interés por mi caja de herramientas le ayuda a dar el paso: se acerca y me ofrece un tornillo. Es difícil mirarlo a los ojos, pues sale corriendo cada vez que le presto atención o quiero dirigirme a él. Ahora que lo tengo a mi lado, distingo una enorme cicatriz por encima de la ceja.

—Una rata —dice su madre—. Le mordió una rata durante el exilio, en los meses que dormimos en un sótano con el suelo de tierra.

En cuanto saco el taladro, el niño se lleva las manos a los oídos y se mete a gatas debajo de la mesa. Se queda ahí, agazapado, con las rodillas dobladas bajo la barbilla y las orejas tapadas.

—Cree que es una pistola —explica la madre.

Poco después decide levantarse y coloca una silla en medio de la habitación para vernos trabajar a una distancia prudencial. Oigo que habla solo.

—Ha vuelto a hablar —dice May—. Se pasó un año sin decir ni mu —añade.

Al chico le frustra no poder entender lo que decimos. Su madre le habla e interpreto que le está resumiendo la conversación, porque el niño asiente y alterna la mirada entre su madre y yo.

Me doy cuenta de que cada vez que su madre le habla, el chico agacha la cabeza con la oreja izquierda orientada hacia ella.

May confirma mi impresión de que su hijo tiene problemas de oído.

—Casi todos los que sobrevivieron a los ataques aéreos han sufrido pérdidas parciales o totales de audición. Al principio, eran los tiroteos en el barrio; después, el estallido de las bombas.

Parece reflexionar, tiene la mirada perdida.

—Lo primero era un silbido; luego, un resplandor amarillo en el cielo, y, después, la onda expansiva, que era como si te lanzaran contra la pared. Si era de noche, todo se iluminaba de un fogonazo durante un segundo. Nuestros oídos padecían constantemente. Pasábamos días, semanas y meses con los músculos en tensión.

Pienso en Svanur:

«De todas formas, está claro que uno muere en soledad —dijo el día en que caminábamos por el muelle bajo una rojiza puesta de sol —. A no ser, evidentemente, que uno viva en un país sometido a continuos bombardeos. En ese caso, hay muchas posibilidades de que una familia junta deje de existir al mismo tiempo».

Lo que se presenta ante nuestros ojos

Me pregunto si no se le podría buscar al niño otro entretenimiento que no sea correr por ahí con una toalla sobre los hombros mientras juega al escondite. Se lo menciono a May.

—Le cuesta estarse quieto —dice.

Se me ocurre que podría dibujar, me parece haber visto un bloc de dibujo y una caja de pinturas en la tienda del hotel.

Mientras espero a que llegue Fífí, me fijo en que han colocado el expositor de las postales junto al mostrador. Lo hago girar y paseo la mirada por las fotografías: una pareja se come un helado plácidamente en el banco de una plaza llena de flores; unas chicas toman el sol a la orilla del mar, donde unas robustas pantorrillas juguetean con las olas. Me sorprenden los colores chillones, el azul radiante del cielo, la arena amarilla; el mundo es multicolor, las personas de las imágenes ignoran lo que las espera, están vivas, sus piernas son todavía de la misma longitud, tienen planes de futuro, quizá estén pensando en cambiar de coche, renovar la cocina o viajar al extranjero. Pero lo que más atrae mi atención es la cantidad de postales que muestran un enorme mosaico mural desde diferentes ángulos, tanto en detalle como en conjunto. En la obra se aprecian unas figuras femeninas medio tapadas con unos finos velos transparentes: una busca agua en un manantial, otra se está bañando y otra se inclina hacia el capullo de una flor. En el reverso de una de las postales se indica en tres idiomas distintos que el mural se localiza en el Hotel Silencio. Lo que cuadra con lo que leí en internet.

Agito la postal en el aire nada más ver aparecer al chico.

—Este es el mosaico por el que te preguntaba.

Ladea la cabeza mientras escruta la postal, sujetándola por una esquina con el índice y el pulgar. Está meditando, ganando tiempo.

—Sí, precisamente queríamos hablarte de los mosaicos —dice por fin.

Habla despacio y escoge las palabras con precisión.

—La cosa es que, al principio, May y yo pensábamos que habías

venido atraído por los mosaicos. Y que por eso llevabas la caja de herramientas.

Se muestra inquieto.

—Están desapareciendo objetos antiguos por todo el país.

Entonces me explica que tiene órdenes de no hablar de antigüedades con los extranjeros.

—Debemos asegurarnos de que no has venido con el mismo propósito que el otro cliente.

Con «el otro cliente» debe de referirse a mi vecino de habitación.

El mismo que me dijo que, después de una guerra, todo se pone a la venta.

—Le he dicho a May que solo has comprado unas cuchillas de afeitar. Y que has cogido un bolígrafo. Y que luego has venido tres veces para devolver un libro de la caja y llevarte otro.

Hace girar el expositor para dejar la postal en su sitio.

—Pero ahora que ya eres casi como un empleado del hotel, la cosa cambia. Así que —añade arrastrando las palabras— mi hermana y yo hemos decidido que, si quieres, puedes ver los mosaicos. Cuando te venga bien.

TRES PECHOS

Bajo con Fífí al sótano y pasamos por delante del almacén antes de atravesar una puerta que el chico abre y cierra con llave.

Aparece ante nosotros un mosaico enorme, un mural mucho más grande de lo que había imaginado. Está dividido en dos secciones: por un lado, la obra original, los restos arqueológicos de los que se enorgullece la ciudad y que se hallaron al excavar los cimientos del hotel, y, por otro, una especie de prolongación con unos azulejos amarillos más recientes que probablemente se añadieron durante la construcción del edificio. Un cristal aísla el mural original de las termas, aunque ahora están secas, sin agua.

—Las primeras termas se construyeron hace seiscientos años —explica el chico.

Somos dos hombres contemplando juntos un mundo sin hombres. Ante nosotros se dibujan exuberantes y rollizas formas femeninas: pechos pequeños como medios limones, cinturas delgadas, caderas anchas. ¿Cuántos cuerpos conocí antes de Guðrún? K aparece tres veces en el diario, luego salen B y M y dos veces E, ¿será la misma E? Después están J y Þ y S, que menciono tres veces. Comparando estos cuerpos con las mujeres que he

conocido en la intimidad —escarbando hondo en mi memoria—, me doy cuenta de que no las recuerdo en su totalidad; recuerdo partes sueltas, un seno, quizá una muñeca, un cuello blanco, la textura de una piel, o bien si había alguna lámpara encendida, si el armario tenía alguna puerta abierta que dejara ver un vestido colgado en una percha, pero no me acuerdo de un cuerpo entero.

El fondo es del mismo azul turquesa que el embaldosado de las habitaciones, recuerda al color de un bloque de hielo que reposa sobre la arena negra, a orillas de una laguna glaciar.

—Las teselas absorben la luz —explica el chico—. Por eso parece que el brillo proviene del interior del mural.

Sin embargo, lo más llamativo de todo es que algunos fragmentos del mosaico parecen haber sido arrancados a martillazos y desperdigados por el suelo.

Fífí me cuenta que durante la guerra se destruyeron sistemáticamente tesoros y restos arqueológicos, así que se tomó la decisión de esconderlos o cambiarlos de lugar. Con el fin de preservar el mural, habían planeado su traslado y por eso habían comenzado a retirar algunas partes.

A la mujer a la que no le falta un pecho le falta un brazo, a una le falta el vientre, a otra el tobillo, ahí falta una muñeca, falta una oreja y falta una nalga.

—He tratado de reunir los trozos, averiguar dónde encajan y etiquetarlos. Creo que ya los he encontrado todos. Menos tres pechos. Deben de andar por aquí —dice mirando a su alrededor.

Veo que ha colocado unas notas escritas a mano sobre algunos fragmentos.

—Hay mucho chapucero suelto —dice a modo de disculpa, antes de añadir que esperan la pronta llegada de un grupo de arqueólogos que evaluará los daños. Dentro de unas semanas. Esperemos que sea así.

El mural reciente es de un estilo completamente distinto, da la impresión de estar hecho con azulejos que han sacado de cualquier cuarto de baño. El tema no varía, mujeres desnudas, aunque en este caso de apariencia y anatomía diametralmente opuestas: grandes pechos, caderas estrechas de niña, piernas largas de insecto.

—Barbie —dice con una sonrisa, refiriéndose a las modelos. Yo asiento.

Fífí es el encargado de restaurar el nuevo mural. Tiene unas losas de cerámica amontonadas en el suelo junto a un recipiente de cal con una paleta y otros utensilios.

—Estoy intentando reconstruirlo —dice, señalando las grietas

que surcan la pared y los huecos dejados por los azulejos machacados—. Nuestro objetivo es que las termas vuelvan a estar en funcionamiento el año que viene. Si perdura la paz —matiza.

Se le ve bastante verde en materia de restauración y es evidente que maneja la paleta con más voluntad que técnica. He alicatado suficientes cuartos de baño como para poner en duda que esté utilizando la masilla adecuada.

Golpeo el mural con los nudillos, las grietas no parecen muy profundas. Sin embargo, habría que quitar más azulejos y alisar bien la base antes de colocar otros nuevos.

—Le consulté a un restaurador y me dijo que los retoques se deben notar —dice con cierta inquietud—. Era un amigo de mi padre.

Se gira en silencio y me da la espalda.

Su mano comienza a temblar.

Luego retoma el hilo.

—Por lo demás, todo está en bastante buen estado. Comparado con el resto del país —añade.

Lo mismo dice su hermana.

FÍFÍ

Antes de volver a subir, aprovecho para entrar en el almacén con Fífí y buscar un bloc de dibujo.

Dice que ha empezado a organizar las mercancías. Sin embargo, aunque es evidente que ha cambiado algunas cajas de sitio, además de haber sacado el expositor de las postales a la recepción, no se ve que haya puesto ningún tipo de orden por ninguna parte. Movemos los objetos de un lado para otro hasta que encuentro un bloc y desentierro unas pinturas de madera y unos rotuladores.

Me informa de que ha encontrado otra caja de objetos perdidos. Me la señala, abierta, en mitad del almacén.

—Es increíble todo lo que la gente se lleva de vacaciones y luego no echa de menos al volver a casa —musita, mientras hurga dentro de la caja—. Aquí hay un certificado de matrimonio, unas pinzas de plata para el azúcar, un pasaporte, un contrato inmobiliario y una alianza, una solo, con la inscripción: *Tu LL*.

Me la acerca para que la vea y dice que no ha encontrado la otra.

—Por tanto, no estaban juntos cuando se las quitaron —añade.

Entonces se acuerda de algo que quería comentarme.

—Puede que haya también algunas herramientas. ¿Qué decías que te hacía falta?

Le enumero algunos utensilios, precisándole para qué sirven. En último lugar, menciono un cepillo de carpintero.

Frunce el ceño como si estuviera tratando de resolver un acertijo.

—No me suena nada que case con esa descripción. Lo mejor sería que echaras un vistazo tú mismo —sugiere, inseguro.

Miro a mi alrededor.

¿Puede ser una bolsa de bombillas eso que brilla en lo alto de la estantería, justo debajo del techo? Sí, lo es. Así ya no tendremos que cambiar las bombillas fundidas por las de las habitaciones que no están ocupadas. Por detrás de la bolsa asoma un objeto alargado que está embalado en plástico de burbujas. Lo bajo para dárselo al chico. El bulto pesa un quintal y tiene pinta de ser frágil. Fífí lo apoya con precaución en el suelo y lo contemplamos unos instantes antes de empezar a despegar la cinta adhesiva y desenvolverlo. Guardamos silencio durante el proceso. Al retirar el plástico, aparece un jarrón de vidrio. Azul como el hielo, está decorado con unos patrones dorados que recuerdan al embaldosado de las habitaciones, pero en miniatura. Estoy convencido de que se trata de una antigüedad. Auténtica.

—Conque aquí estaba —dice el chico—. Lo andábamos buscando. Había desaparecido del museo de la ciudad. Pensábamos que lo habrían vendido en el extranjero.

Lo envuelve de nuevo con sumo cuidado y lo sostiene como a un bebé en brazos.

Entonces hace un gesto con el mentón, señalando los objetos que he reunido.

—Me resulta difícil estimar el precio de todo eso.

Duda.

—Lo cargaré a tu cuenta.

Se corrige inmediatamente.

—Te lo descontaré del sueldo.

Y LAS TINIEBLAS ESTABAN SOBRE LA FAZ DEL ABISMO

Dejo el bloc y las pinturas sobre el escritorio de la habitación que estamos reparando. El niño se hace el despistado: no quiere dibujar, prefiere manejar mis utensilios de trabajo. Me adelanta como un rayo y se planta delante de la caja de herramientas. Quiere

coger un destornillador. Está esperando a que los hombres nos pongamos manos a la obra y abordemos cuanto antes la primera tarea del día.

—*Mister* Jónas.

Se sabe mi nombre.

Su madre lo manda de vuelta al escritorio, coloca un cojín sobre el asiento de la silla y le pone delante una página del bloc. Le dice algo en tono interrogativo. Intuyo que le está preguntando qué color quiere, porque abre la caja de pinturas y le da la azul. El niño la tira al suelo inmediatamente. Su madre le da una pintura de otro color, pero la vuelve a arrojar al suelo y aparta la caja de un manotazo.

Está enfadado.

Hoy no piensa dibujar ni soles ni cielos azules. Ni arcoíris.

Su madre lo deja de morros en su sitio, pero poco después tiene que marcharse y llama a su hijo para que la acompañe.

El chico sacude la cabeza.

Deduzco que ahora su madre está tratando de convencerlo, pero él se niega a moverse.

—Quiere quedarse contigo —dice.

—Sin problema. Podría ser su abuelo.

Veo que necesito explicarme:

—Mi hija es de tu edad.

—No puede hablar contigo —dice preocupada.

—Pues estaremos callados.

«Vives encerrado en ti mismo», me dijo Guðrún una vez.

—No tardaré en volver; como mucho, una hora.

—No pasa nada —insisto.

En cuanto su madre cierra la puerta, el niño baja de la silla y va a buscar el destornillador.

—Luego —le digo.

Me siento frente al escritorio dándole a entender que voy a dibujar.

Me observa en la distancia con cara de disgusto.

¿Qué dibujo?

Alcanzo la pintura morada y trazo un cuadrado. Después cambio de color y dibujo encima un triángulo rojo. Ya tengo una casa con un tejado. De pronto, el niño camina hasta la mesa, me arrebata la hoja, la rompe en dos y la pisa. Me da la pintura negra. No me deja usar colores.

—Está bien —le digo—, hoy solo en negro.

Arranco una nueva hoja y dibujo otra casa. Después dibujo una

silla dentro. El chico me interroga con la mirada. Añado una segunda silla y algunos muebles más.

Se acerca lentamente por detrás y se asoma por encima de mi hombro.

Terminada la casa, dibujo gente dentro. Un hombre, una mujer y dos niños: una chica y un chico. De repente, se va y se esconde debajo de la cama. Veo asomar sus zapatillas bien atadas, pero lo dejo en paz. A mí siempre me gustó que me dejaran en paz.

Cuando sale de la cama, voy a buscarle un vaso de agua. Se lo bebe y camina directamente hacia el escritorio, se encarama en la silla, alcanza el color negro y dibuja una raya. Después, traza una segunda y, luego, una tercera, hasta que la hoja está toda rayada y ha cobrado forma una mancha negra en el centro del papel. Lo observo mientras pinta. Cuando ha terminado de llenar la hoja de tinieblas, la rompe en pedazos y la tira al suelo. Le dejo otro folio delante. Mira la caja de pinturas y se lo piensa unos segundos antes de estirar el brazo para coger la pintura roja y asaltar la hoja en blanco. No levanta la mirada hasta dar por terminada su obra. El dibujo se parece al primero, pero en rojo. El mundo es una hoguera que arde.

Asiente.

Aparta la caja de pinturas. Por su parte, ha terminado la tarea del día y ahora se sitúa junto a la caja de herramientas. Quiere ponerse a trabajar. Hablar con los hechos.

LIMBO

Por la tarde voy de nuevo al restaurante Limbo. El dueño suele ofrecer el mismo plato dos días seguidos, pero esta vez me da a elegir entre dos.

—Hemos ampliado la carta —anuncia, antes de preguntarme si quiero sopa con bolitas de harina o estofado, como ayer. Me decanto por la sopa.

Me fijo en que, como otros habitantes de la ciudad, habla continuamente en primera persona del plural. Sin embargo, hasta ahora no he visto ni a otros empleados ni a otros clientes.

La sopa, que lleva unas bolitas de harina flotando en el caldo, llega enseguida.

El dueño actúa como la última vez: se sitúa junto a la mesa con un trapo sobre el hombro y me observa mientras como. Llegado un momento, inicia su monólogo. Empieza enumerando las cosas que

he estado haciendo últimamente: se ha enterado de que me han visto en compañía de la actriz y de que he estado deambulando por el campo de fútbol. También ha llegado a sus oídos que me salí del sendero cuando bajé a la playa.

Después repara en que me he afeitado. Tampoco se le ha pasado por alto que llevo la misma camisa roja que el último día, así que ha sacado la conclusión de que me falta ropa para cambiarme. Dice que puede mover algunos hilos y hablar con el propietario de una tienda de ropa que hay en la misma calle.

—Está cerrada, pero no está cerrada, ya me entiendes —explica.

El propietario tiene un pequeño almacén, pero hay que llamar para hacerle un pedido. ¿Cuántas camisas necesito? ¿Algo más, aparte de las camisas? ¿Algún cinturón?

Si me hiciera falta un traje, entonces conoce a alguien que conoce a alguien que conoce a alguien que podría confeccionarme uno con tela de primera calidad. De hecho, su chaqueta está hecha a medida. Ahora solo lleva una camisa, pero tiene la chaqueta colgada en el perchero de la entrada. Va a buscarla y se la pone. Cuando la abre para mostrarme el forro, veo asomar una pistola del bolsillo interior. Se quita la prenda inmediatamente y la vuelve a colgar.

—Me encantaría poder despertarme sabiendo que no he matado nunca a nadie —dice mientras sacude levemente la chaqueta.

Tras unos segundos de reflexión, añade:

—No sabemos si la tregua va a durar.

Detengo la mirada en una fotografía colgada en la pared. Es de un matrimonio joven recién casado; me imagino que celebrarían aquí el banquete. No recuerdo que Guðrún y yo nos hiciéramos una foto de boda. Nos casamos un día de primavera bajo una lluvia helada y ella llevaba un vestido azul claro con escote en la espalda que me parecía muy bonito.

Le pregunto por la fotografía.

—Mi hija —dice. Se gira, me da la espalda y se seca los párpados con el trapo.

Después sigue recitando el parte de mis andanzas. Además de saber que he caminado solo por la playa, tiene entendido que he hecho más encargos para los hermanos del Hotel Silencio.

No tengo nada que comentar al respecto.

—Hemos oído que tienes cinta adhesiva negra —continúa— y que sabes arreglarlo todo.

A juzgar por la expresión de su cara, más bien parece estar esperando que se lo desmienta.

Dice que también se ha enterado de que he reparado una lámpara.

—Así que también sabes de electricidad, no solo de fontanería.

—Son solo unos apaños provisionales —aclaro.

Después de la sopa, quiere que acepte un café. Coge una silla y se sienta al otro lado de la mesa. Insiste en que trabaje para él y vuelve a mencionar la puerta de doble batiente.

—*Wing door* —repite.

Por lo visto, ha estado elaborando otro dibujo, una nueva versión de la puerta.

—Con medidas.

Después de retirar las migas de la mesa con la mano, saca una hoja del bolsillo de la camisa, la desdobla con cuidado y la coloca delante de mí. Esta vez ha sombreado el dibujo y ha anotado unos números.

Dice que ha «perfeccionado el diseño».

—Igual que tratamos de perfeccionar el menú —señala—. ¿Qué herramientas decías que eran? —me pregunta con prudencia.

Su cara pone de manifiesto sus escasos conocimientos de bricolaje, así que le doy la vuelta al papel con la intención de dibujárselas. Temiéndose que le pudiera echar a perder su obra maestra, me trae otra hoja donde trazo un boceto de algunas herramientas con el bolígrafo del Hotel Silencio.

Asiente.

Después, él también quiere dibujar.

Le lleva un tiempo. Mientras termina, curioseo a mi alrededor. No veo el gato por ninguna parte.

Desliza la hoja hacia mí. Si no me equivoco, ha dibujado una llave grifa y un rollo de cinta adhesiva.

—Nos gotea el grifo del lavabo.

Dice que la próxima vez que me pase me invitará a carne guisada con pasas.

—Una vieja receta. *Speciality.* De mi abuela.

Vuelve a secarse los párpados con el trapo.

Antes de irme, dejo unos billetes sobre la mesa y le digo que me harían falta dos camisas.

A la tarde siguiente me esperan las camisas plegadas sobre la mesa. Una, blanca de cuadritos, al estilo de un paño de cocina, como las que llevan los banqueros; la otra, rosa.

El pequeño llega dispuesto a abordar la tarea diaria. Se sienta frente a la mesa y abre el bloc.

En los días siguientes, ocupa una hoja tras otra con dibujos similares, bien en negro, bien en rojo. El bloc lo sigue en nuestro recorrido por las habitaciones y se pone a trabajar sin perder el tiempo: busca una mesa, se sube a una silla y se pone manos a la obra. Los dibujos parecen los garabatos de un niño más pequeño: hogueras y chispas. Y tinieblas. Al terminar el día, se lleva el bloc a su habitación junto con la pintura negra y la pintura roja. El resto de colores se queda en la caja.

El cuarto día, el niño traza una línea horizontal que atraviesa la hoja hacia la mitad del folio. Es obvio que se trata del horizonte. En el área superior dibuja un círculo asombrosamente perfecto, como trazado con un compás. El mundo está dividido en dos y, por tanto, va a usar los dos colores en la misma hoja, el rojo y el negro. El sol es negro como la tinta y abajo, en la tierra, siguen ardiendo enormes hogueras.

Inevitablemente, llega un momento en que las dos pinturas han quedado reducidas a un simple trocito y, después, a una pizca insignificante, hasta que finalmente se agotan. No queda más remedio que ampliar la gama de colores. El niño arranca otra hoja, vuelca la caja y contempla las pinturas; está buscando la más adecuada. Se decanta primero por el azul y traza un pequeño círculo. Uno junto a otro, la madre y el hombre del taladro, observamos la creación de un mundo nuevo. El niño se inclina sobre el dibujo, tapándolo con el hombro para que no lo miremos, y pasa un buen rato sin levantar la vista de su obra. Cuando por fin se endereza, vemos que del círculo emergen cuatro rayas muy finas: ha creado a un minúsculo ser humano con brazos y piernas.

—Yo —dice él.

—Yo —traduce ella.

Tras examinar bien las pinturas, el niño alcanza el color naranja y dibuja inmediatamente otro círculo, de mayor tamaño que el primero. Le añade cuatro rayas, dos horizontales y dos verticales: ha nacido otro ser humano más grande. Con él, su dibujo ocupa todo el folio.

—Mamá —se oye desde la hoja.

Como punto final, traza unos segmentos más pequeños, como unos rayos que irradian de las líneas horizontales. Cuenta cinco dedos en cada mano, se esmera en hacerlo bien. Ha unido a las dos personas, van de la mano.

Ha creado a dos seres humanos, un hombre pequeño y una mujer grande, y los sitúa bajo un sol verde. Es el primer día del mundo.

Y vio todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera.

La madre me sonríe. Cuanto más trato de olvidar que es una mujer, más pienso en ello.

Y FUE EL DÍA

El niño nunca se aleja demasiado.

—¿Has visto a Adam? —me pregunta de repente, mientras revisa unos documentos llenos de cifras; me figuro que es la contabilidad.

El niño estaba jugando cerca de su madre y de pronto ha desaparecido, se ha esfumado.

—Estaba aquí hace un momento.

Sale corriendo al pasillo. Oigo que llama al niño.

Dejo el destornillador y la sigo.

—No sirve de nada llamarlo, no va a responder —aclara.

Abre un armario del pasillo.

—A veces se mete aquí gateando —dice, y añade que la última vez se lo encontró detrás de una pila de sábanas y toallas limpias.

Mientras registramos las habitaciones, me confiesa que tiene un miedo constante a perder a Adam. Abre una puerta tras otra, buscando frenéticamente con la mirada. También revisamos los cuartos de baño, los armarios y las camas.

—Se mete por debajo de las mesas y las camas, desaparece en armarios roperos —explica su madre—. Se pasa el día buscando escondites y me da miedo que algún día se vea en apuros, que se quede atrapado en algún sitio y no pueda salir.

Se arrodilla para buscar debajo de una cama.

Se alisa la falda al levantarse.

—No está con Fífí —dice—. No lo puedo entender.

Buscamos en las dos plantas. Finalmente, May llama a la habitación del hombre de los calcetines de leopardo.

Me hace una señal para que me quede en el pasillo.

Me dice:

—Espera, yo me encargo.

Me aparto y, al cabo de un momento, el hombre entreabre la puerta. Oigo que la madre le pide disculpas por las molestias y le

pregunta si ha visto a un niño pequeño. ¿No habrá pasado por ahí? Intercambian unas palabras y de pronto May desaparece en la habitación, quedando fuera de mi alcance visual. Escucho una conversación y luego la oigo hablar en voz baja a toda velocidad, pero no entiendo ni lo más mínimo.

Al cabo de un rato, sale con el niño de la mano. Él tiene la boca manchada de marrón.

—Estaba con él —dice con aire serio—. Le ha dado chocolate —añade para completar su explicación.

Y luego, en voz baja:

—Gracias por ayudarme.

Se muerde el labio inferior y me dice que no solo teme por Adam, sino también por su hermano. A la juventud le gusta reunirse en el bosque, pero luego nadie está dispuesto a ir a recuperar sus cuerpos. Así se expresa, «la juventud», como diría mi madre de ochenta y tres años.

Cuando madre e hijo ya han subido a su habitación, llamo a la puerta de mi vecino.

—No te acerques al niño —le digo.

Me mira con una sonrisa.

—¿Te hace tilín la chica? Yo pensaba que le echabas los trastos a la diva del cine.

No me apetece contestarle, pero me indica con un gesto que quiere tener unas palabras conmigo. Precisamente me andaba buscando.

—Para hablar de esto y aquello —dice.

Entonces me pregunta sin rodeos si he podido ver el mosaico.

Sin dejarme tiempo para responder, continúa y me pregunta si quiero trabajar para él.

—Para procurarme algunas cosas.

—¿Qué cosas?

Le da un trago al vaso que lleva en la mano.

—Cosas de esas a las que tienes acceso. La gente se fía de las personas como tú, las que nadáis en la buena conciencia.

SOY COMO LOS DEMÁS: AMO, LLORO Y SUFRO

Ahora que me he convertido en un empleado del Hotel Silencio, poseo un manojo de llaves.

Fífí me llama para entregármelas.

—Puesto que ya eres un trabajador del Hotel Silencio, nos

parecía que debías tener las llaves.

A cambio, puedo disponer de la habitación durante un tiempo ilimitado, con desayuno, comida y acceso a los artículos de la tienda, «siempre y cuando dure la mercancía», en palabras textuales de Fífí. Y podré volver con mi familia siempre que quiera, según me ha dicho May. A la hora de comer, Fífí prepara una sopa o una tortilla, mientras que por la noche suelo bajar a cenar al restaurante. Como le he echado una mano al dueño con un par de asuntos, últimamente no he tenido que sacar la cartera. Por algún motivo, no ha vuelto a mencionar la puerta de doble batiente desde la semana pasada. De regreso en el hotel, leo un rato. Ayer terminé *Una fría primavera* de Elizabeth Bishop y comencé *Padres e hijos* de Turguénev. También hago una visita diaria a las termas para comprobar los progresos del chico con el alicatado y darle algún consejo.

—Viene muy bien tener una visión de fuera —me dijo ayer.

Y luego añadió:

—Habría que volver al colegio y aprender a hacer esto como es debido.

Su hermana y yo nos ocupamos de acondicionar una habitación al día. Ella, además, tiene que atender al pequeño.

A veces, May interrumpe lo que está haciendo para observarme trabajar. Otras veces, levanto la cabeza y veo que me está mirando a través del espejo. Cuando percibe mi mirada, desvía la suya. En ocasiones, se calla bruscamente a mitad de frase. A veces, también mira sin ver, y entonces sé que está pensando en otra cosa. En esos momentos se queda quieta, con la mirada perdida en el infinito, y al cabo de un instante dice:

—Perdona, estaba pensando.

También pasa que a veces me mira como si no llegara a entender quién soy, o como si no acabara de ubicarme en su universo de polvo, en su mundo en blanco y negro.

Un día me interroga por tercera vez.

La estoy ayudando a poner una sábana. Estiramos en direcciones opuestas e introducimos las puntas por debajo del colchón.

—Aquí no viene nadie de vacaciones —dice sin mirarme a los ojos.

Enderezo la espalda. Yo, a un lado de la cama; ella, al otro.

Quiere saber qué hago aquí. Además de ayudarla con la sábana.

Si a mí y a esta joven de zapatillas rosas nos diera por sentarnos para comparar nuestras cicatrices, nuestros cuerpos magullados, y contar los puntos de sutura que nos han cosido de cuello para abajo,

ganaría ella. Mis rasguños son insignificantes, ridículos. Aun si yo tuviera una herida abierta en el costado, vencería la joven.

—Nadie viene aquí sin un propósito —insiste.

Lo mismo dice el hombre de los calcetines.

Llevo unos días sin verlo. ¿No había comentado algo de unos asuntos que tenía que resolver fuera de la ciudad?

—El mundo está lleno de tipos como tú que malentienden la vida —me espetó la última vez que me encontré con él.

Yo mismo comienzo a dudar de mi propósito.

Antes de darme cuenta, se lo hago saber a May:

—En verdad, he venido a morir.

Me mira a los ojos.

—¿Estás enfermo o...?

—No.

Ahora querrá que me explique.

—¿A morir cómo?

—A suicidarme. Todavía no he decidido cómo.

—Entiendo.

No sé qué es lo que entiende.

¿Debería decirle que hay gente en este mundo que desea morir porque no puede soportar las cosas que suceden? Sería una de las frases más largas que habría salido de mi boca en las últimas dos semanas.

—¿Por qué no te has quedado en casa?

No me pregunta si no preferiría morir rodeado de montañas heladas.

—Quería ahorrarle a mi hija el trance de descubrir mi cadáver.

—¿Y a mí? —pregunta—. ¿A mí no me lo querías ahorrar?

—Perdona —le digo—. No sabía que estarías aquí. Ni tú ni el niño. No pensé que os conocería. En ese momento yo no sabía quién eras —añado, consciente de la banalidad de mis palabras.

No puedo decirle a esta joven, a esta mujer que no tiene nada en la vida, que estoy perdido. O que la vida es muy distinta a como me la esperaba. Si le dijera: «Soy como los demás, amo, lloro y sufro», entonces seguramente me comprendería y me diría: «Entiendo lo que quieres decir».

—Era infeliz —le digo.

Es la segunda vez que me oigo decirlo, la primera fue durante la visita a mi madre.

—No sabía cómo remediarlo —añado.

Me parece oír la voz de mamá: «Cada sufrimiento es único y diferente —me dijo una vez—, por eso no se puede comparar uno

con otro. En cambio, la felicidad es toda muy parecida».

May baja la mirada hacia el suelo.

—El padre de mi hijo era economista y tocaba en un grupo de jazz. Cuando Adam nació, en el sótano de una casa desconocida, estábamos solos, su padre y yo. Nos echamos a llorar los dos. «Qué ángel más hermoso nos ha caído del cielo», dijo él.

Guarda silencio, se acerca a la ventana y continúa. Escoge las palabras cuidadosamente:

—Lo abatieron en un campo de fútbol. Al yacer en plena zona de combate, no pudimos acercarnos a él, ni siquiera para recuperar su cadáver. No pudimos atenderlo, ni lavarlo ni enterrarlo. Distinguíamos con los prismáticos los regueros de sangre que discurrían por su pantalón y las mangas de su chaqueta. Lo dimos por muerto, pero a la mañana siguiente había cambiado de posición. El primer día se encontraba boca arriba, pero al siguiente lo vimos de costado; por la noche se había arrastrado un par de metros hacia la línea de meta. Nunca habría creído que pudiera haber tanta sangre dentro de una persona. Tardó tres días en morir. Después dejó de moverse y lo vimos marchitarse poco a poco con la ropa puesta. Hasta que tuvimos que huir y dejarlo atrás.

—Perdona —vuelvo a decir.

¿Debería decirle que no me comprendo? ¿O empeoraría las cosas?

Camino hasta su silla y me acuclillo delante de ella.

—El dolor es como un trozo de cristal en la garganta —dice.

—No tengo pensado morir. Todavía no.

Podría haberle dicho también: «Tranquila, no sé morir. Igual que mamá tampoco sabe». O quizá podría haberle dicho a esta joven, que ha visto de frente el cañón de tantas ametralladoras y ha sobrevivido, que no soy el mismo hombre que hace diez días. O que ayer. Que me hallo en un estado oscilante.

«Papá, ¿sabías que las células del cuerpo se renuevan cada siete años?», me dijo Ninfea una vez.

Sí, ¿no estamos siempre en continuo devenir?, ¿en renovación permanente?, había preguntado Svanur en el puerto, frente al abombado océano verdoso, entre los barcos que pescaban ballenas y los que llevaban a los turistas a hacerles fotos.

—Nacemos, amamos, sufrimos y morimos —la oigo decir antes de sorberse la nariz.

—Lo sé —digo.

—Algunos de mis amigos nunca tuvieron la ocasión de amar —continúa—. Solo de sufrir y morir.

Asiento.

—Aun cuando no sabes si te podrán pegar un tiro hoy o mañana, nunca dejas de amar.

Se ha levantado de la silla y ahora se encuentra junto a la ventana, de espaldas a mí. La blusa se ajusta a su cintura.

—Nos mantuvimos unidos durante la huida, los tres, Fífí, Adam y yo. Queríamos vivir. O morir. Pero los tres juntos. Que ninguno se quedara solo.

El niño, que hasta ahora ha estado sentado en la mesa dibujando un corazón rosa con unos bártulos que encontré en la tienda del hotel, se baja de la silla deslizándose por el asiento y se acerca a su madre. Le tiende la mano y se quedan de pie, uno junto al otro, mirando por la ventana. Sabe que su madre está afligida. De vez en cuando, la mira primero a ella y luego se gira hacia mí. Alterna la mirada entre nosotros. Le oigo murmurar una pregunta. Quiere respuestas. Quiere saber qué ocurre.

—¿Sabías que la sangre se ennegrece cuando coagula? —dice ella por fin, sin desviar la mirada del mar.

¿He de decirle que puede
buscar refugio
bajo mi ala y esperar
hasta que la luz
despunte?

Me acerco a ella y le digo:

—Lo has hecho muy bien.

Inmersa en una nube de polvo que se arremolina bajo el brillo del sol, se gira y suelta la mano del niño.

—Intento hacerlo lo mejor que puedo —dice—. Como ser humano.

UN DILUVIO LLAMA A OTRO

Como se ha corrido la voz de que estoy ayudando a los hermanos, se están poniendo en contacto conmigo otros habitantes de la ciudad, sobre todo mujeres, para solicitarme distintas reparaciones. En los últimos días ha aumentado el número de encargos y esta mañana me esperaban cinco mensajes en la recepción. Fífí se ha tomado la licencia de anotar los recados y me entrega unos papeles doblados. La mayoría tiene que ver con el agua roja de los grifos, lavabos obstruidos, junturas que gotean, cocinas estropeadas y electrodomésticos varios.

Sé dónde encontrar los diferenciales, pero me hacen falta piezas de recambio: tubos, cables, presas, juntas.

Que si puedo reparar una lavadora. Que si sé de ordenadores. También hay que colgar un espejo en la otra punta de la ciudad.

Hago todo lo que me piden, siempre que no implique bajar a las alcantarillas con una linterna.

Hola, Mister Fix, leo en la primera nota que desdoblo.

Así es como me llaman.

—Dicen por ahí que lo arreglas todo —explica el chico—. También te llaman *Mister Miracle*.

—Nada más lejos de la realidad —le digo—. Además, solo son unos apaños provisionales.

No sirve de nada explicarles que no soy ni fontanero ni electricista. Hacen falta electricistas. Hacen falta carpinteros. Hacen falta fontaneros. Hacen falta albañiles.

—Apenas hay gente que sepa de electricidad —apunta Fífí—. Por otro lado, a algunos les parece injusto que solo ayudes a las mujeres —dice sin mirarme—. Solo quería que lo supieras. Y una cosa más: han llamado del restaurante para informarte de que esta noche habrá morcilla.

ROJO

Consciente de que obtenerla no será tarea fácil, me atrevo a mencionarle la pintura a May:

—Habría que pintar las habitaciones.

Deja a un lado el aspirador.

—Vale, pero no de rojo.

Me sorprende su comentario: las paredes que no están empapeladas están pintadas de azul claro.

Le sugiero dejarlas del mismo color.

—¿No quieres mantener el mismo color?

—El país entero estaba cubierto de sangre. En las aceras había charcos de sangre y rastros de huellas ensangrentadas. La sangre corría por las calles, llovía sangre y al final todos los ríos se tiñeron de rojo —dice sin desviar la mirada de la pared azul claro. Habla con tono inexpresivo, como si estuviera dando una conferencia—. Vertimos pintura roja en los boquetes dejados por las bombas para que se formaran rosas de sangre en el asfalto. Así que ahora ya no queda pintura roja en todo el país —concluye.

Guardo silencio.

—Puede que sí quede masilla —dice, girándose hacia mí—, pero para encontrar la pintura hay que tener contactos.

Inmóvil, respira hondo antes de continuar:

—La carne humana es extremadamente delicada. La piel se rasga con nada, las balas de acero revientan los órganos, los bloques de cemento rompen los huesos, el cristal amputa brazos y piernas —enumera sin inmutar el rostro.

—Ya está, ya está —le digo, como si le hablara a una niña con miedo a la oscuridad.

—El corazón está tan cerca...

—Ya está, ya está —le digo abrazándola.

La puerta de la habitación está abierta.

Me doy cuenta de que, desde el umbral, el niño alterna la mirada entre su madre y yo. Ha vuelto después de haber bajado al sótano para ayudar a su tío a remover la argamasa y pasarle los azulejos. La suelto y me giro, dándoles la espalda. Pese a tener una escasa percepción de mi propio cuerpo, sí percibo perfectamente los contornos de otro.

El niño se precipita hacia su madre.

Quiero decir una cosa, pero pregunto otra:

—¿Dónde está esa casa adonde os queréis mudar las mujeres?

Alguna vez me ha mencionado que ella y otras mujeres estaban rehabilitando una casa donde tenían pensado vivir juntas. Siete mujeres, si no recuerdo mal, con tres niños. Y Fífí.

Me mira. Me observa como si fuera un desconocido. Y lo soy, para mí y para los demás.

—Si quieres, puedo echarle un vistazo —continúo.

Guarda un largo silencio.

—Tienes suerte de no haber matado a nadie —dice finalmente.

La casa de las mujeres

La casa se sitúa en la otra punta del centro. De camino, May me explica que las mujeres con quien tiene planeado convivir han vagado de un sitio a otro y ahora se alojan provisionalmente en distintos lugares. No tienen nada. Una maleta cada una, o menos.

—Una de ellas tiene unos documentos que demuestran que es propietaria de la casa y nos ha propuesto vivir con ella. Seremos siete mujeres y tres niños —confirma—. Más Fífi —añade—. Así que habrá dos hombres en la casa, uno de veinte años y otro de cinco, tío y sobrino, dos supervivientes.

También me cuenta que algunas de las mujeres están dispuestas a ayudarlos a dirigir el hotel cuando vuelvan los turistas.

La casa, un edificio de hormigón de tres plantas, quedó aislada en lo alto de la calle después de que estallaran los dos edificios que la flanqueaban. El jardín está en desuso y la hiedra trepa por la fachada hasta el tejado. Según May, estaba previsto que el primo de una de las mujeres les echara una mano con las reparaciones, pero hace mucho que no saben nada de él.

—No me sorprendería que se hubiera marchado del país —asume.

El jardín está rodeado por un muro considerablemente alto y estoy seguro de que en el interior se podría habilitar una zona de recreo para los niños. Si bien muchas ventanas están rotas, a primera vista la casa permanece indemne y los cimientos se ven en buenas condiciones. Las paredes están íntegras y, para mi asombro, el suelo no parece muy dañado. Sin embargo, no hay agua corriente, ni electricidad ni calefacción. Las cañerías y el alcantarillado del barrio están destrozados y el mayor motivo de preocupación es que la casa quede excluida del nuevo plan urbanístico.

—Estamos luchando por que la incluyan —dice May.

El interior está desamueblado, pero la presencia de un colchón tirado en una habitación indica que alguien ha pasado allí algunos días. Tengo la impresión de que la casa se podría recuperar, pero necesitaría herramientas y materiales. Hace falta reparar las canalizaciones, los sumideros y la instalación eléctrica. Bastarían unos pequeños ajustes ilegales para conectarla temporalmente al tendido eléctrico y comenzar con las reparaciones más urgentes. Hay que empezar por cambiar los cristales rotos para impedir que accedan los animales y la lluvia. Compruebo el estado de los marcos y los travesaños de las ventanas: están intactos.

—Será un placer ayudarte, ayudaros a todas —le digo—. Puedo hacer algunas cosas, pero no todo.

Estoy con May en la primera planta y, mientras termino de tomar las medidas de una ventana, tengo la sensación de que algo la inquieta.

—Hay una cosa que quería comentarte antes de que conozcas a las otras mujeres —dice apoyándose contra la pared—. La cuestión es que, así como no comentamos nunca quién hizo qué, tampoco preguntamos qué le ocurrió a quién.

—Entiendo.

La noto nerviosa.

—No se le pregunta a un hombre si ha matado, ni a una mujer si ha sido violada, o por cuántos.

—No tienes que preocuparte por que vaya a preguntar nada —le aseguro.

—Y al ver a un niño, uno no se pregunta si será el hijo de una mujer violada por un soldado del bando contrario.

—Por supuesto que no.

Se retira un rizo y lo desliza bajo la goma elástica.

—Todas las mujeres sufren algún tipo de violencia durante la guerra —dice sin dirigirme la mirada.

Pienso: tan joven y con tantas experiencias a sus espaldas.

—Los soldados no llaman a la puerta ni piden permiso para disparar.

—No, claro.

Se ajusta el pelo de nuevo.

—La única manera de seguir adelante es fingir que llevamos una vida normal. Que todo va bien. Simular que no vemos la destrucción.

De vez en cuando se lleva las manos a sus pequeños pendientes de perla, como para asegurarse de que siguen en su sitio.

Se lo menciono y le digo que son muy bonitos.

—De mamá —responde. Se dispone a añadir algo más, pero cambia de idea.

Duda.

—A pesar del miedo, me acuerdo bien de las estrellas que brillaban de noche. Y de la luna.

LLAMO ESTADO AL LUGAR DONDE TODOS, BUENOS Y MALOS, SE PIERDEN

De vuelta en el hotel, arranco la última página de mi diario y elaboro una lista de todo lo que hay que hacer en la casa y de las herramientas que necesito.

Antes he visto la silueta de mi vecino por el pasillo. Sabiendo que ha regresado, llamo a la puerta de la habitación número nueve.

Cuando abre, le tiendo la lista sin aceptar su invitación a entrar.

Me dice que quizás conozca a algún empresario que esté edificando en los alrededores. Su pregunta es qué obtendrá a cambio.

—Nada.

—¿Nada? Eso no funciona así. Yo te hago un favor a ti y tú me haces uno a mí.

—No en esta ocasión. Lo harás a cambio de nada. Por gusto.

—Hay que respetar las reglas del juego.

—No. Dile a tu amigo empresario que, si no, las mujeres se pondrán en su contra.

Mi comentario lo deja estupefacto.

—¿Que le diga a mi amigo empresario que, si no, las mujeres se pondrán en su contra?

Repite mis palabras. Lo interpreto como una señal de que está reflexionando. Luego dice:

—La casa está fuera del plan urbanístico. Habrá a quien no le guste que metas las narices donde no te llaman.

Continúa:

—¿Es que tienes intención de recomponer el país entero? ¿Sin más armas que un taladro y un rollo de cinta? ¿Te crees que puedes llegar y pegar lo que está roto?

Sus preguntas me traen el recuerdo de un plato floreado con el borde dorado que rompí de pequeño y reconstruí con pegamento. Me costó vida y milagros poder encajar todos los fragmentos, pero al final lo conseguí. Por eso, me sorprendió que mamá lo tirara a la basura poco después.

—El mundo no se volverá un lugar mejor por mucho que lleves contigo un rollo de cinta adhesiva —le oigo decir.

INTERCAMBIO DE CARTAS

Dos días después, me está esperando un mensaje en la recepción. El chico me da una nota doblada, escrita a mano:

Obras de alcantarillado iniciadas.

En mi siguiente mensaje le envío las medidas de las ventanas y de los cristales que faltan.

La respuesta llega inmediatamente el día después:

El material se entregará el lunes.

Ya puedo empezar con las ventanas.

Nos escribimos durante toda la semana.

Material para el suelo recibido.

El último mensaje dice: *Área despejada de minas (jardín seguro)*.

NOLI ME TANGERE

Mientras el niño está en las termas ayudando a su tío a ordenar

partes del cuerpo en busca de tres senos perdidos, su madre y yo cambiamos de sitio un armario ropero. May me pregunta de repente:

—¿Estás casado?

—No, divorciado.

—¿Tienes más hijos? ¿Además de la chica que mencionaste el otro día?

—No.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiséis.

Antes de darme cuenta, le he confesado que Ninfea no es hija mía.

—En realidad, mi hija no es hija mía —le digo.

Trato de explicarme:

—No soy su padre de sangre.

Reflexiono sobre esas palabras: *padre de sangre*.

—¿Llevas mucho tiempo solo?

—Seis meses.

Si me hubiera preguntado cuánto tiempo llevo sintiéndome solo, habría respondido ocho años y cinco meses.

Esa es precisamente su siguiente pregunta.

—¿Y no te sientes solo?

—A veces.

Se acerca imperceptiblemente, llega casi a tocarme.

—¿No tienes ganas de sentir el calor de otro cuerpo?

Guardo silencio y digo:

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

—¿Cuánto?

—Bastante.

—¿Más de dos años?

¿Se lo confieso?

Respiro hondo y se lo digo:

—Ocho años y cinco meses —podría haber añadido: «y once días».

Me roza. Siento su presencia crecer como la luna llena.

¿Le digo que ya no sé hacerlo? ¿Que tengo miedo?

Titubeo.

—Tienes la edad de mi hija.

—Soy mayor que ella —dice—. Soy mayor que tú. Tengo doscientos años y lo he visto todo. Además, ya pensaba que tu hija no era hija tuya.

—No, pero sigue siendo mi hija —podría haber añadido: «Es la

única Guðrún Ninfea Jónasdóttir en todo el mundo».

—Pero yo no soy ella.

Mi corazón se acelera.

—No, tú no eres ella.

Trato de pensar con rapidez.

—¿Y los jóvenes, los de tu edad?

—No existen. Cuando me despierto junto a un hombre y lo veo tumbado a mi lado con la cabeza apoyada en la almohada, pienso: ha matado a alguien. De todos modos, mi pregunta no iba por ahí —añade, bajando la voz.

¿Qué puedo decirle?

Que no soy su hombre. Que lo reconocerá llegado el momento porque volverá su espada en reja de arado. Y luego se pondrá a alicatar.

—Necesito más tiempo —le digo.

—¿Cuánto tiempo?

No es que la pregunta no sea importante, es que desconozco la respuesta.

EL HOMBRE ES MITAD HUMANO, MITAD ANIMAL

En el restaurante Limbo me sirven un estofado con un tipo de carne que soy incapaz de identificar y unos fideos. Mientras saboreo el pimentón y el comino, extraigo del caldo una hoja de laurel y la dejo en el borde del plato.

El dueño no tarda en acercarse con una silla para hablar conmigo. Se ha enterado de que estoy ayudando a las mujeres con algunas reparaciones. Enumera: lavabos, televisores, antenas, lavadoras.

—Se ha corrido la voz por toda la ciudad —comenta—. También se dice que te estás empleando a fondo con la rehabilitación de la casa.

Guarda silencio adoptando un gesto serio.

—Los rumores se extienden como la pólvora.

—Sí, me pidieron que las ayudara —le digo.

Podría haber añadido: «Una mujer me pide y yo ejecuto». Adopté ese hábito en casa.

—Te podrías meter en problemas.

—Ah, ¿sí?

—Sí, a la gente no le acaba de parecer bien. Ayudar solo a las mujeres. No está bien visto. Algunos se lo han tomado a mal.

Parece estar a punto de echarse a llorar.

Hace una pausa mientras se recupera.

—Sí, en este mundo también hay hombres que necesitan ayuda. Las cosas tienen que estar equilibradas —y añade—: Aunque hay personas que no se dan cuenta.

Se levanta para llevarse el plato y dice que tenía pensado ofrecerme tarta de almendras. Enfatiza las palabras *tenía pensado,* como si hubiera cambiado de opinión. Como si ya no tuviera motivos para hacerlo.

—Mientras yo cocino para ti casi cada día, tú sigues negándote a construirme una puerta.

Me había olvidado de ella.

—Te la he mencionado más de una vez.

Se ha detenido con el plato en la mano. Ya no parece ir de camino a la cocina.

—Te conseguí las camisas, pero tú no puedes hacerme la puerta.

Reflexiono.

—Faltaba material, ¿no?

—Ya lo he obtenido.

—¿Las bisagras también?

—Las bisagras también.

—¿Y las herramientas?

—Estoy en ello.

Le digo que también quiero que me pague.

—Quiero que me pagues.

Alza los brazos.

—Te pagaré en comida. Gratis. Una vez al día.

Me pregunto hasta qué punto me necesita y cuánto le puedo exigir. El trueque es la única forma de pago.

Le digo que le instalaré la puerta si me puedo quedar con las herramientas.

—Prefiero que me pagues en herramientas.

Le doy la vuelta a la hoja del menú y trazo unos dibujos.

—Me hacen falta una sierra normal y una de calar —le digo.

Tornillos

Cinceles de dos tamaños

Papel de lija

Masilla

Pinceles y rasquetas

Sentado de nuevo al otro lado de la mesa, elabora también su lista. Todo lo que necesita una buena revisión en el restaurante Limbo.

—Y quiero elegir el menú. No solo ave y estofado. Basta de palomas.

Después quiere sellar el acuerdo con un trago de licor.

Un sol rojizo desciende en el cielo cuando vuelvo al hotel.

Por la noche, sueño que hay una rata suelta en la habitación. El suelo está cubierto de astillas y reconozco algunos trozos de los muebles del hogar que compartí con Guðrún. Incluida la silla de asiento regulable que construí yo mismo.

LA VIRILIDAD CONSISTE EN MATAR UN ANIMAL ADULTO

Las ventanas de la segunda planta de la casa de las mujeres me han entretenido más de la cuenta y falta poco para que suene el toque de queda. Ha comenzado a anochecer y pronto la luna será la única fuente de iluminación. Alzo la vista para comprobar que sigue en su sitio.

De pronto, me asalta el presentimiento de que no estoy solo, de que alguien me está espiando; me parece oír unos pasos, aunque lo que percibo no son tanto unos pasos, sino más bien una gran sombra silenciosa que desaparece tras la esquina. Me imagino un animal. Un felino. ¿Qué especie había dicho la actriz que se había escapado del zoo?

Muy cerca de la plaza donde se encuentra el hotel, me detengo para mirar a mi alrededor, pero no veo a nadie, ni hombre ni animal. No se ve un alma.

De repente, emerge ante mis ojos una figura que camina a toda prisa. No distingo qué es más grande, si el hombre o la luna, si la luna está creciendo o el individuo se está acercando, el astro se oculta entre las nubes y el hombre se dirige hacia mí en línea recta. Cuando me da alcance, pronuncia unas palabras que no entiendo. ¿Es una pregunta o una afirmación? Antes de que pueda responder, recibo un golpe inesperado y un instante después me encuentro tirado en la acera. Encajo otro golpe y me salpican unas gotas rojas. Un fluido caliente desciende de mis sienes. El hombre se yergue ante mí como un eclipse de luna, como un tanque de guerra, y comienza a darme patadas. Percibo un olor a cuero y a loción para después del afeitado. Cae sobre mí una lluvia de cristales. Pienso: ¿me defiendo o doy por acabados mis días, aquí y ahora? De pronto, deja de pegarme. Oigo unas pisadas que se alejan y distingo la brasa de un cigarrillo, como una mota luminosa en mitad de la luna. Después oigo el motor de una vespa. Noto un sabor a sangre

en la boca, pero me siento extrañamente contento. Una cosa peluda y familiar me roza el hombro. No me equivoco: es el gato tuerto del restaurante. Estiro el brazo ensangrentado para acariciarlo, una nube de polvo negro se arremolina ante mis ojos.

Me pongo en pie con dificultad. Oigo de nuevo unos pasos, alguien se acerca corriendo desde el hotel.

—¡*Mister* Jónas! —oigo que me llama una voz alarmada.

Es Fífí, corriendo hacia mí.

Me agarra del brazo. Pese al frío que me invade, alcanzo a pensar con claridad:

Si la actriz me propone acostarme con ella cuando regrese de su viaje, le diré que sí sin dudarlo un segundo. Ha pasado más de una semana y todavía no ha vuelto.

CUATRO

Cuatro rostros inclinados sobre mi cabeza me observan con expresión seria: May, Fífí, el niño y una mujer desconocida.

He vomitado, pero tengo que hacerlo otra vez.

—Has recibido un golpe en la cabeza y has sufrido una conmoción cerebral. Hay que suturar la herida de la ceja —me informa la mujer mientras saca una jeringuilla de su maletín—. Serán solo un par de puntos —añade.

Percibo un olor a naranja. Giro la cabeza y veo al niño junto a la cama con un gajo en la mano. Lleva puesta una camiseta con la inscripción *Estocolmo, te quiero*. Da un paso hacia delante, se acerca despacio hasta el borde de la cama y levanta la manta para observarme. Trato de hacer memoria. Ha sido Fífí quien me ha traído hasta la habitación.

—Hola —digo, intentando sonreírle al pequeño.

Su madre le dice algo y deja caer la manta. Me mira consternada, con lágrimas en los ojos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta—. ¿Quién te ha pegado?

Creo contestarle, pero no estoy seguro.

—Todo va bien —digo.

Soy como la roca fundida. *Soy como los demás: sufro,* escribí en el diario a los veintiún años. Y en la línea anterior: *Luna llena. Temperatura: 3 grados*.

Cuando me levanto, el pulso sordo de mis venas no solo invade mi cabeza, sino la habitación entera. La estancia da vueltas y yo con ella, me da la sensación de estar viendo la tierra desde lo alto de

una enorme cumbre, los contornos se distorsionan y vibran levemente, como si mirara a través de una lámina de metacrilato.

Me tambaleo hacia el cuarto de baño para vomitar.

Al acostarme de nuevo, la mujer desconocida se inclina sobre mí y me ilumina un ojo con una linterna. Me pide que me desabroche la camisa para poder examinarme. Mientras tanto, May reúne a su hijo y a su hermano, y los tres observan la escena apiñados en una esquina.

La mujer me hace preguntas inconexas: cómo me llamo, cuántos años tengo. Me pide que me cuente los dedos. Tengo cinco en una y cinco en la otra, a diferencia de muchos habitantes de esta ciudad.

—¿Estás casado?

—Sí —respondo—. Bueno, en realidad, no.

Me siento en el borde de la cama con el torso desnudo.

—¿Estás casado o no?

—Ya no. Divorciado.

—¿Tienes hijos?

—Sí. Bueno, no. Tengo una hija, pero no es hija mía.

Mi respuesta no parece desconcertarla.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

Tengo la sensación de verlos a ellos y a la habitación en dos planos separados, como dos fotogramas consecutivos antes de solaparse cuando la película se ponga en marcha.

—El 25 de mayo.

La mujer se gira hacia May y May hacia su hermano. Los tres intercambian una mirada.

—Eso es hoy —dice la mujer.

Alcanzo el pasaporte para dárselo. Pasa de mano en mano. Lo estudian con detalle y lo hojean.

¿Qué hago? ¿Los invito a mi fiesta de cumpleaños?

—Presentas contusiones, pero no hay nada roto. En ese sentido, has tenido suerte —dictamina la mujer al terminar su revisión—. Puedes abrocharte la camisa.

Después me hace un gesto con la cabeza mientras recoge sus cosas en el maletín.

—Bonita flor.

MAMÁ

—Decías algo sobre tu madre —dice May—. Antes de que llegara la médica. Has dicho «mamá», lo he entendido. Has repetido

la palabra.

Ante mi cara de interrogación, añade:

—No hace falta entenderlo todo para entender.

Le pregunto qué día es.

—¿Es lunes?

—No.

—¿Es martes?

—No. Miércoles.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Tres semanas.

Me pongo en pie y le pregunto si hay algún coro masculino en la ciudad.

Se queda perpleja.

—Sí —responde confusa—. Creo que faltan voces. Sobre todo tenores, me parece.

—Tengo que llamar a mi hija.

—¿Estás pensando en volver a casa?

—Todavía no. Tengo asuntos pendientes.

Sonríe.

Entonces parece acordarse de algo.

—En todo caso —dice—, la casa ya tiene agua. Sale por el grifo del fregadero. La vida es bella —añade.

Si le preguntara con qué sueña, ¿qué respondería? ¿Con que la luz despunta de nuevo por el horizonte?

SOLO SE MUERE UNA VEZ

Me dan permiso para usar el teléfono de la recepción.

Pasan unos segundos hasta que Ninfea responde.

—¿Eres tú, papá? ¿Todo bien?

—Sí, todo muy bien.

Dice con voz llorosa que ha vivido con el corazón en un puño desde que descubrió la carta y vio que estaba desaparecido.

—Era imposible localizarte.

Me explica que encontró mi teléfono móvil sobre la mesilla de noche y que el armario del dormitorio estaba vacío.

—Sí, di toda mi ropa.

Titubeo antes de añadir:

—Ya no me hacía falta.

Trato de recordar qué carta y qué había escrito en ella. Mi hija me lo aclara.

—Decías que te habías ido de viaje, pero no decías ni adónde ni por cuánto tiempo.

Dice que balbuceo y me vuelve a preguntar si todo va bien. Dónde estoy exactamente, qué hago y cuándo vuelvo a casa. ¿Estoy metido en problemas? La oigo contener el llanto.

—Mamá también está preocupada.

Mi voz es débil cuando pregunto:

—Ah, ¿sí? ¿Tu madre también está preocupada?

—Sí, mamá también. Le importas —añade inquieta, tras una breve pausa.

Dice que recibió ayer la postal con la fotografía del mosaico y el nombre del hotel, pero que nadie ha respondido al número que encontró en internet. Después me hace saber que no están nada contentas, madre e hija, con el hecho de que me haya ido al país más peligroso del mundo.

—Ya no lo es. La guerra ha terminado.

Se retracta:

—Bueno, pues a uno de los más peligrosos del mundo.

Oigo que se suena la nariz.

—¿No está todo en ruinas?

—Sí.

—¿Y no hay minas por todos lados?

—Sí, también.

¿Que si puede coger un vuelo? ¿Que si puede venir a buscarme?

Se hace un silencio al teléfono. ¿Se habrá echado a llorar?

Respiro hondo antes de decírselo:

—Tu madre dice que no eres hija mía. Tenía novio cuando nos conocimos.

Podría haber añadido: justo antes de que hiciéramos la excursión al cráter donde fuiste concebida. Con una perdiz, una oveja y una montaña por testigos.

«Después de la montaña, no ha habido otro más que tú», me había dicho Guðrún.

—Sí, lo sé. Primero me enfadé, pero ahora me da igual. No tengo otro padre más que tú.

—¿Y el otro?

—¿Es que voy a cambiar de padre a los veintiséis años? ¿En serio quieres renegar de mí? ¿Dejarme sola?

Se hace un silencio al teléfono.

—¿Por eso te fuiste? —pregunta a continuación.

No digo nada.

—¿Por qué hay tanto dinero en mi cuenta bancaria?

—Vendí Piernas de Acero S. L. Estoy tratando de simplificar mi vida.

—Ya decía yo que algo no iba bien cuando me preguntaste si era feliz.

Se lo digo, casi sin ser consciente de ello:

—Voy a prolongar mi estancia. Tengo trabajo.

—¿Trabajo?

—Sí, algo así. Tardaré en volver. Unas semanas.

—¿Unas semanas?

—Sí, estoy ayudando a unas mujeres a reparar una casa.

—¿A unas mujeres?

Ahora es ella quien repite todo lo que digo.

—Aquí hay una chica de tu edad. Tiene un niño pequeño.

—¿Le gustas?

Dudo.

—No estoy seguro. Podría ser.

—¿Y a ti? ¿Te gusta?

—Ya te he dicho que es de tu edad. Unos años mayor que tú.

—No me has respondido.

—La cosa no va por ahí. Les hace falta un manitas con un taladro.

—¿Te lo has llevado? ¿El taladro?

—Sí.

Silencio de nuevo.

Entonces digo:

—Me siento responsable.

Me parece escuchar la voz de Svanur: «El que sabe y no actúa, ese es el culpable».

La oigo respirar, así que no ha colgado. Todavía está al aparato.

—¿Te acuerdas, papá, de cuando nos tumbamos en aquel lago helado y vimos la vegetación del fondo a través del hielo?

—Sí, me acuerdo.

—Promete que me llamarás.

—Prometido.

—Feliz cumpleaños, papá —dice para concluir.

CASI NADIE MATA, LA MAYORÍA SE LIMITA A MORIR

La franja de luz que diviso en el pasillo indica que el hombre tiene la puerta abierta. Me está esperando con el albornoz puesto.

—No sirve de nada meter en esto a la policía —es lo primero

que dice mientras camino renqueando hacia mi habitación, después de haberme terminado la crema de guisantes que me ha preparado Fífí.

El mundo gira.

Todavía.

Entonces dice despreocupadamente, como si estuviese hablando solo:

—¿No tienes curiosidad por saber por qué no te mataron?

—No.

—Te confundieron con otro.

No le pregunto quién es ese otro, ni tampoco le digo que es muy probable que yo mismo sea otra persona distinta a la que soy. Que no sé dónde empiezo y dónde acabo.

—¿Tuviste miedo de morir?

—No.

—No, más que matar, tú eres de los que prefieren que los maten. No eres un tipo que acabe con rasguños en los nudillos después de una pelea.

No me molesto en contestarle.

Continúa:

—Si hubieran querido matarte, te habrían matado. Un hombre con un taladro no puede competir con una constructora. No está a la altura de un buldócer.

—¿Ya funciona el alcantarillado?

—Sí, las mujeres pueden agradecértelo.

Cambia de tema.

—Por lo demás, me caes bien. *Per se*.

Sabe latín.

—Enseguida supe que tenías problemas, que estabas huyendo de ti mismo. Un hombre sin equipaje... Todo el mundo sabe lo que eso significa.

El orden de las cosas

Paso rápidamente las páginas del último diario. Al final del cuaderno encuentro unas frases sueltas, sin fecha. Una por página.

¿Es cierto que después del año 525 vino el 241?

Y dos páginas más adelante escribí:

No todo ocurre en el orden correcto.

Después hay unas páginas en blanco. Y luego la frase:

Todo puede ocurrir. Incluso lo inesperado.

Por la tarde llaman a mi puerta, los golpes suenan en la parte inferior. En el pasillo aparece el niño, con su madre detrás.

May sostiene un pastel y me lo ofrece sonriendo.

—*Happy birthday, Mister* Jónas —dice el niño.

—Ha estado practicando —dice ella.

He cerrado las cortinas, pero el sol se filtra por los huecos y proyecta un rectángulo en el suelo, una sombra de luz blanca que cae sobre el embaldosado.

El niño me tiende un dibujo donde se ven tres árboles frondosos de tronco naranja bajo un cielo verde.

—Un bosque —traduce la madre.

Están en el centro de la luz, madre e hijo, justo encima del laberinto.

NUBES QUE PRECIPITAN LÁGRIMAS SALADAS

Me despierto con cefalea y dolores por todas partes. La sábana se me pega al cuerpo, me siento extrañamente pastoso y tengo la carne de gallina, como si de repente mi piel se hubiera cubierto de unos sensores ultrasensibles, unos receptores del mundo.

Me levanto y me miro en el espejo. Tengo la cara inflamada e hinchada, mis ojos comienzan a amoratarse.

Abro el grifo de la ducha y permanezco bajo el chorro del agua caliente hasta que se agota. Al principio sale teñida de sangre. Me palpo el cuerpo. Recorro articulaciones, hombros, muñecas, rodillas, clavículas. Tengo un rasguño bastante desagradable en el costado y las manos llenas de cortes y arañazos. Una vez que me he desincrustado toda la gravilla de las palmas, unas piedrecitas del tamaño de guisantes, me pongo la camisa rosa en honor al día de hoy y abro la puerta del balcón. El cielo se ha desplomado. Estiro los brazos con las palmas hacia arriba —en el dedo anular izquierdo se distingue la franja blanca donde tiempo atrás estuvo mi alianza —, después los alzo lentamente hacia el cielo y dejo que la lluvia caiga sobre las heridas y empape la camisa rosa, que se adhiere a mi ninfea.

Tengo cuerpo.

Soy mi cuerpo.

De pronto veo una mariposa transparente revolotear a mi alrededor. Se posa en mi brazo y cierra sus alas de plata, es enorme. La lluvia repica en el balcón. Y me recuerdo que la casa de las mujeres ya está aislada. Anteayer cambié las últimas ventanas.

Fífí aparece en la puerta con una caja llena de libros. Lleva una gorra con la visera hacia atrás.

—Pensé que igual te gustaría tener aquí los que quedan —dice— en lugar de tener que bajar cada día al almacén a por uno nuevo.

Deja la caja en medio de la habitación.

—Échales un vistazo tranquilamente, mientras te recuperas —añade.

Le digo que ya me siento mejor.

Me observa con escepticismo.

—Pues no se te nota.

Se inclina sobre la caja y saca un libro.

—Este te podría interesar. Es un manual de conversación para aprender nuestro idioma. Te lo recomiendo. Obviamente, aquí nadie entiende tu lengua, y no todos hablan inglés.

Abro el libro y veo que está concebido para que los turistas puedan defenderse en distintas situaciones, como pedir en un restaurante, comprar un billete de tren, un sello en la oficina postal o preguntar por el camino hacia el bosque. Después de cada frase se indica entre paréntesis la pronunciación de las palabras. Hojeo el manual y encuentro un capítulo titulado «Dificultades varias», que recoge frases como:

Me he perdido. ¿Cómo hago para volver al hotel?

Y también:

Espere un momento mientras busco la frase en este libro.

Sigo avanzando y en lo alto de la página siguiente leo:

Ha sido un malentendido, lo siento.

Uno de los últimos capítulos lleva por título: «Objetos que suelen perderse». Contempla una larga lista:

Chubasquero
Guantes
Bufanda
Paraguas
Gafas
Alianza
Pasaporte
Bolígrafo
Destornillador

No dice nada de *uno mismo,* pienso.

Considero factible aprenderme cinco frases al día. Al cabo de una semana me sabría treinta y cinco. ¿Cuántas palabras hacen falta para sobrevivir?

Me parece estar oyendo a mi madre: «Una palabra puede malentenderse de muchas maneras. Mira a tu padre, por ejemplo».

Fífí dice que ha estado indagando, pero nadie sabe exactamente quién me ha agredido.

—Pensaban que ibas por cuenta de *cierto hombre,* un tal William —dice. Las informaciones que ha recibido son confusas y contradictorias. También se habla de las mujeres para las que estoy trabajando. Gratis. Los hay que no están contentos, como ya me habían comentado el otro día.

—Les parece injusto —insiste.

Por último, ha oído que yo había provocado al agresor mirándolo a los ojos. O mejor dicho: clavando mi mirada en sus pupilas.

—Aquí eso no lo hacemos —dice.

—Nosotros sí —le aclaro—. Nos miramos a los ojos cuando nos encontramos por la calle. De lo contrario, no sabemos si tenemos que saludar.

Antes de irse, Fífí mete la mano en el bolsillo de su camisa a cuadros y saca unas gafas de sol.

—Son del almacén —dice antes de tendérmelas.

Me las pruebo.

Todavía llevan la etiqueta con el precio.

—*Pailot* —dice—. Para disimular los ojos negros.

Titubea.

—Ya no puedo leer libros —lo oigo decir—. De pequeño leía mucho, pero con la guerra dejé de hacerlo.

Titubea de nuevo.

—Basta una frase para hacer volar un pueblo por los aires. Dos frases para aniquilar el mundo.

No dice: «Lo he visto todo: a mi padre con un balazo en la cabeza y a mi sobrino recién nacido en un sótano polvoriento».

Se ajusta la gorra.

Ah, y una cosa más. Que ha encontrado cuatro cajas más de azulejos en las termas y ha pensado que quizá podría usarlas en la casa que les estoy reparando a las mujeres.

—Esa casa también es para ti —puntualizo—. Y para Adam.

—Sí, la que nos estás reparando. A las mujeres, a Adam y a mí.

Abro el diario y paso rápidamente las hojas de texto apretado hasta llegar a las páginas vacías del final. Dejo una en blanco después de mi última entrada, escrita veintisiete años atrás: *Me sobrevivirá*. Alcanzo el bolígrafo con el logotipo del Hotel Silencio y escribo la fecha en el margen superior: 29 de mayo. Y después: *Para Ninfea*.

Sé que puedo elegir entre treinta y tres letras, más de las disponibles en la mayoría de los idiomas. Comienzo con dos frases:

Sigo existiendo.

Sigo aquí.

Y añado otra:

Trato de entender por qué.

¿Qué más puedo escribir? ¿Le describo el cielo, le digo que me despierto por la noche y que unos árboles negros se alzan bajo un cielo igual de negro, que aquí la luna es más grande que en casa, que me miro en el espejo? ¿Que leo poesía? ¿Que la mitad de lo que como son cosas que no he probado antes?

Reflexiono unos segundos antes de continuar:

El agua es roja, como cuando escurres una camisa ensangrentada en la bañera. En total, son trece palabras.

Añado seis más:

Todo es de un gris polvoriento.

Y, debajo, una frase entera:

La carne de ayer venía servida con unas patatas enormes (como las que usa tu abuela cuando hace goulash*) cultivadas en los campos donde no hay minas.*

Por último:

Faltan tuercas.

Lo tacho:

Faltan tuercas.

Omito las piezas de recambio.

De pronto, aparece May en la puerta y me pregunta qué escribo.

—¿Estás escribiendo un cuento?

—Se podría decir que sí.

—¿Y de qué va?

—No lo he decidido todo todavía.

—¿Muere alguien?

—Solo la gente mayor. Todos mueren por orden de edad.

—Bien.

Deja la toalla.

—Ya no me da miedo la noche —la oigo decir mientras cierra la puerta al salir.

ESPERO
A QUE EL MUNDO COBRE FORMA

Fífí me anuncia que abajo preguntan por mí.

Se trata del dueño del restaurante, acompañado del agresor. Ambos me esperan junto al expositor de las gafas de sol. Me fijo en que a los productos de la tienda se ha sumado un tigre inflable que no estaba ayer.

—Fue un malentendido —es lo primero que dice el dueño del restaurante.

El agresor guarda silencio. Lleva una camisa estampada debajo de una chaqueta de cuero y un pendiente en la oreja.

El dueño lo empuja hacia delante.

—Dice que lo siente —continúa.

El tipo muestra una expresión avinagrada sin rastro de arrepentimiento.

—No lo volverá a hacer.

—Muchas gracias.

—Te quiere enseñar algo. Pero tienes que ir con él.

¿He de acompañar a mi agresor? ¿Seguirlo por callejones estrechos?

—No, no estoy de humor para eso.

—No te arrepentirás. Quiere compensar la confusión.

—No me interesa —y añado—: Tengo cosas que hacer.

Lo cual es verdad. Estoy leyendo la biografía de Dorothy Parker, *What Fresh Hell Is This?*

—Le gustaría ofrecerte unos muebles para la casa que estás reconstruyendo. Decías que a las mujeres les hacían falta.

Reflexiono. Necesitamos amueblar tres pisos para siete mujeres, tres niños y un hermano.

—¿Qué me dices? —continúa.

—Nada.

—¿No quieres reconsiderarlo?

El dueño del restaurante me lleva hasta la chimenea y nos detenemos junto al cuadro del bosque. Justo debajo, para ser exactos. Desde ese ángulo, la luz incide sobre el lienzo de un modo distinto y deja ver que los troncos en primer plano están descompuestos por un lado.

—Has demostrado ser un hombre de verdad —dice posando una mano sobre mi hombro.

Señala al agresor con la cabeza. Veo que el tipo se entretiene probándose gafas de sol. Fífí lo vigila sin perdernos de vista.

—Me ha dicho que no tuviste miedo.

Pienso a toda velocidad. Todavía tengo la cabeza llena de alfileres.

—Hay que saber perdonar —dice el dueño del restaurante, y explica que se trata de una nave industrial abarrotada de muebles que pretenden derruir para construir una planta farmacéutica. Por lo visto, conoce al empresario encargado de las obras. Tras haber ido acumulando los muebles que sacaban de las ruinas y las casas abandonadas, el edificio aloja ahora un amplio catálogo de enseres domésticos—. Mi conocido necesita librarse de ellos antes de que un buldócer pase por encima. Puedes llevarte todo lo que quieras. En realidad, lo más rápido habría sido prenderle fuego a todo, pero el ayuntamiento no le ha concedido el permiso.

Me agarra del brazo y baja la voz.

—Dicen que ahí se esconden verdaderas joyas. Muebles de calidad. Un sillón reclinable con reposapiés.

Medito. Veo que mi agresor se mira en el espejo con una etiqueta colgando entre los ojos.

—Mañana a las nueve de la mañana —digo—. Como un clavo.

El chico del coro

El agresor llega puntual a las nueve y espera en la recepción. Con solo cuatro botones abrochados, la camisa deja asomar su pecho bronceado. Lleva las gafas de espejo que se compró ayer y se las deja puestas, a pesar de la escasa luz. Con aire preocupado, Fífí se ofrece a venir con nosotros, pero le digo que no hace falta y comienzo a seguir al maleante.

La nave queda a las afueras de la ciudad y mi acompañante repite durante el trayecto que todo fue un malentendido.

Sin humor para hablar del tema, le indico que debe quitarse las gafas para dirigirse a mí.

Obedece inmediatamente.

—Llámame Bingo —dice.

El edificio parece un almacén. La enorme puerta corredera se abre ante una montaña de muebles y objetos personales en perfecto desorden.

Vidas enteras, pienso.

—Han peinado la nave y está despejada de minas —señala antes de entrar.

El lugar tiene aspecto de mercadillo de segunda mano y de trastero a la vez. Asombrosamente, muchos muebles se conservan como nuevos, intactos. Otros se podrían restaurar o reciclar. Al fin y al cabo, no cuesta nada fijar unas patas al tablón de una mesa y reparar un par de muebles, ahí me muevo en mi terreno.

—Los han estado usando como leña —dice mientras aparta la mitad de una cómoda.

¿Le hago saber que no tengo la menor gana de hablar con él? ¿Que le agradecería estar en silencio mientras compartimos este momento?

Tengo que amueblar tres pisos. Comienzo a reunir muebles para la planta de abajo: escojo primero una mesa de comedor de madera de teca y dos sillones; después busco unas sillas a juego.

—Necesitaré un camión —digo mientras añado al conjunto otra mesa, una lámpara de escritorio y una lámpara de pie. Cuento mentalmente las camas que hacen falta y trato de visualizar dónde se colocará cada mueble.

Bingo me dice que conseguirá un camión y que vendrá con un conocido suyo para cargarlo todo.

Me ayuda a trasladar un armario ropero y una cuna con barrotes, para el neonato del grupo, hasta la puerta de la nave. Acumulo todos los muebles en la entrada. Le doy instrucciones y obedece sin decir palabra. Es evidente que está acostumbrado a acatar órdenes. Consigo encontrar camas para todos los futuros habitantes de la casa, pero los colchones están echados a perder y habrá que sacarlos de otra parte. Sin embargo, May me ha dicho que en el hotel hay un buen número de edredones, viejos pero en buen estado, que se pueden aprovechar. Camino sorteando los objetos mientras señalo: esto, esto y esto; sí, este escritorio de aquí y aquella silla de allá. También me llevo algunas bicicletas.

Alza una jaula para pájaros y niego con la cabeza.

—Aquí también hay muebles que dejaron los extranjeros cuando abandonaron el país —me informa mi acompañante, ahora sentado en un sillón con los pies encima de una mesa. Cerca de él hay unas sillas antiguas de incalculable valor, pero ni se me ocurre mencionárselas. Le hago una señal para que se levante.

Desde el fondo de la nave escudriño el lugar en busca de otro armario más cuando mis ojos se detienen en una alfombra de motivos geométricos extendida sobre unos bultos. Al levantarla

aparecen unos botes de pintura. Los examino y veo que están intactos, sin abrir.

A mi lado, Bingo se queda atónito.

—Parecen sacados del *stock* de una tienda de bricolaje —concluye—. De haberlo sabido, los podríamos haber vendido.

Saca una navaja y abre un bote.

Los destapa a medida que los voy reuniendo.

—Este, este y este —le indico, y los apila junto a los muebles. Busco algo de barniz.

—Me hacen falta papel de lija, brochas y barniz —le digo.

Así podré pulir y barnizar los suelos la próxima semana.

Se pone a cuatro patas para inspeccionar los botes. Sus labios se mueven mientras lee las etiquetas. Entre tanto, me adueño de cuatro rollos de papel de pared decorado con dibujos de hojas.

Al salir, cuando Bingo se dispone a abrir de nuevo la puerta corredera, me fijo en un tocadiscos escondido bajo una mesa, junto a la entrada. A primera vista, parece encontrarse en buen estado. Abro la cubierta protectora y observo el cabezal. A pesar de cinco años de guerra, ataques aéreos, asfalto fundido y carne hecha pedazos, la aguja se conserva de una pieza. Busco a mi alrededor y no muy lejos hallo una caja que contiene una voluminosa colección de vinilos. Echo un vistazo rápido a los discos y encuentro, entre todo un abanico de géneros, algunas rarezas de Maria Callas y Jussi Björling. También está la *Danza macabra* de Franz Liszt, la *Rapsodia sobre un tema de Paganini* de Rajmáninov y una recopilación de Bowie que incluye *Liza Jane, Can't Help Thinking About Me* y *Never Let Me Down*. Saco un disco de la funda y compruebo que no está rayado.

Le doy a entender a mi acompañante que me quiero llevar el tocadiscos al hotel y que va a tener que cargar con la colección de vinilos.

—Volveré mañana con las mujeres —le digo.

Aún faltan más muebles y utensilios de cocina. Y supongo que querrán también una estantería.

Bingo se toma en serio su labor y camina a paso lento por delante de mí con la caja en brazos. Permanece atento a dónde pone el pie para evitar que la preciada mercancía que le han confiado sufra alguna sacudida. De vuelta al hotel, le indico que ya la puede depositar en el suelo. El cielo se ha despejado y reparo en la nueva maceta que han colocado junto a la entrada.

—Antes de la guerra cantaba en un coro —comenta, de repente, desde los escalones de acceso—. Barítono.

Me vienen a la cabeza las palabras de May: «Aquí todos los hombres han matado».

—Ah, yo hace mucho cantaba también en un coro —le digo—. De hecho, es allí donde conocí a mi mujer. A mi exmujer.

Podría haber añadido: «En aquellos tiempos, yo todavía no existía».

Y si entonces él me preguntara: «¿Y ahora? ¿Existes ahora?».

UN PAÍS
DONDE TODO FLOTA EN MIEL

Fífí tiene noticias. Buenas noticias.

—Nos acaban de hacer las primeras reservas —me anuncia—. Tres, para ser exactos. Aunque son para el mes que viene.

Y las buenas noticias no se acaban ahí, porque los arqueólogos que me había mencionado llegarán dentro de un par de semanas.

—Ya me lo han confirmado. Y han reservado habitaciones. Así que esto comienza a despegar.

Apostado detrás de su ordenador, combina la mitad del uniforme —camisa blanca y corbata— con unos vaqueros rotos y unas zapatillas.

—Hay que ir metiéndose en el papel —comenta para justificar la corbata.

Dice que una de las mujeres de la futura casa se encargará de la cocina cuando abran el restaurante.

—Mi hermana lo tiene ya todo organizado.

Para celebrar las noticias, una amiga de May está preparando en este mismo momento un guiso de ternera que estará listo dentro de nada.

—Para descansar de mi crema de guisantes —añade.

Gira el ordenador para mostrarme la pantalla. Está poniendo al día la página web, que lleva sin actualizar desde la guerra.

—Insistimos, sobre todo, en las termas y en el carácter de nuestras habitaciones. ¿Qué te parece?

—Estupendo.

Dice que quiere consultarme otra cosa. Como parece ser que su tía no va a regresar, su hermana y él están considerando cambiarle el nombre al hotel. Baraja algunas posibilidades.

¿Qué me parece Hotel Cielo Azul? ¿O, mejor dicho, Hotel Blue Sky Unlimited? Otra opción es Hotel Paraíso Perdido, o sea, Hotel Paradise Lost.

—¿Qué opinas?

—¿No está bien como está? ¿Hotel Silencio?

Se hace un silencio.

—Sí, quizá deberíamos seguir manteniendo el silencio —dice antes de ponerse los auriculares.

UN CIELO IRIDISCENTE EN LOS PÁRPADOS

La actriz ha vuelto tras doce días de ausencia.

Al cruzarme con ella por la escalera, un hormigueo recorre todo mi cuerpo, como cuando uno salta una valla electrificada. La observo. Tiene un aire abatido y el gesto serio.

—¿Qué tal el viaje? —le pregunto.

—Todo está en ruinas. La infraestructura social está hecha trizas.

Tengo la mejilla hinchada, un ojo morado y una tirita blanca en la ceja.

Parece inquietarse.

—He oído que te han pegado.

—Sí, por lo visto alguien está en contra de que pase aquí mis vacaciones.

Quiere saber si me encuentro bien.

—¿Todo bien?

Eleva un brazo, despacio, como si quisiera tocarme la herida con un dedo. Mantiene la mano suspendida en el aire durante un instante, justo frente a mi rostro, con la aparente intención de acariciarme la mejilla, pero la deja caer antes de llegar a hacerlo.

—Nada de que preocuparse —digo—. El hombre que me agredió cantaba en un coro.

Me mira como si le acabara de plantear un enigma.

—También me he enterado de que estás ayudando a las mujeres. La gente habla.

—Sí, las ayudo a rehabilitar una casa.

Respira hondo.

—Todas las mujeres han perdido a alguien: maridos, padres, hijos o hermanos. Los niños han perdido a padres o hermanos mayores. Los que han sobrevivido han perdido brazos, piernas u otras partes del cuerpo —continúa.

—¿Has podido encontrar localizaciones para el documental?

—Las mujeres son prudentes y prefieren no hablar de lo que han vivido. Se niegan a conceder entrevistas. Están cansadas. Tratan de comprender lo sucedido.

Hace una pausa.

—Más tarde nacerá una nueva generación que no recuerde. Es entonces cuando se corre el riesgo de que estalle una nueva guerra.

Guarda silencio.

—Aunque eso no ocurrirá en los próximos diez años —añade—. Ese es el tiempo que tarda en crearse una nueva generación de hombres.

Su expresión se vuelve lejana y su voz cambia, como si estuviese cansada.

—Hacia el final, los mercenarios superaban en número a los soldados. Participaban en los conflictos como una suerte de ejército privado que trabajaba por cuenta de las compañías de seguridad extranjeras. No se puede salir victorioso de una guerra sin tener trato con esa clase de compañías. Ganan una fortuna. Las empresas que fabrican las armas son las mismas que se las suministran a los mercenarios y que luego se ocupan de la reconstrucción del país durante la posguerra. Hoy son las que producen los medicamentos y abren farmacias por todas partes. Le preguntan a la gente si le duele la cabeza y le dan una aspirina, alegando que a nadie le tiene que doler nada.

—¿Y el guion?

No responde a la pregunta, pero me informa de que ya ha dejado terminado todo lo que tenía previsto.

—Me voy mañana —dice, mirándome a los ojos—. Así que este es mi último día.

Sonríe.

Hacia mí.

El último día implica también la última noche.

—Me paso esta noche por tu habitación —digo sin preámbulos.

Un abrigo hecho de carne

Me miro fugazmente en el espejo y me paso la mano por el pelo antes de cerrar la puerta al salir.

Su habitación es la número once, al fondo del pasillo.

Enfrente de mí, retira la colcha sin plegarla. Fuera se escucha el zureo de unas palomas.

Me desabrocho el primer botón de la camisa roja y destapo la carne sanguínea de mi pecho. Bajo la camisa hay una ninfea blanca y, bajo la ninfea, un corazón que todavía late. Me desabrocho los dos botones siguientes, mientras ella se ocupa de los suyos y de sus cremalleras. Cuando ya me he quitado la camisa y los pantalones,

hago lo mismo con los calcetines, no tardo ni un segundo. Por último, me quito los calzoncillos y me quedo frente a ella como Dios me trajo al mundo. En el cuadro del bosque que cuelga por encima de la cama, un cazador armado con arco y flechas, oculto entre los troncos negros, le sostiene la mirada a un leopardo. Entre los árboles serpentea un camino que parece conducir al exterior del cuadro. Estiro el brazo, lo dirijo a tientas hacia ella y avanzo un paso, todavía nos separan tres tablillas del parqué. Doy otro paso y, al cabo de un instante, una piel toca otra piel. Encajamos nuestras manos, una línea de la vida contra otra línea de la vida, una vena contra otra vena, noto el pulso en todo mi cuerpo, en el cuello, en las rodillas, en los brazos, siento el torrente sanguíneo fluir entre los órganos. Después le toco la clavícula.

—¿Es una flor? —me pregunta, apoyando la palma de su mano en mi pecho.

Inspiro.

Espiro.

Piernas de Acero, S. L.

Voy directo al grano. Fífí trabaja en su ordenador mientras tanto.

—¿No sigue… —intento recordar cómo se llama el ex de mi hija — Frosti fabricando piernas artificiales?

Le explico a Ninfea que estoy en contacto con una fisioterapeuta especializada en la rehabilitación de víctimas de minas antipersona. Es una de las mujeres de la casa, nos presentó May.

—La mayoría de las personas que pierden una extremidad van a rehabilitación una vez terminada la guerra —le digo.

—Ya.

—La fisioterapeuta dice que atiende casos muy graves de mutilación y que luego la gente sale de su consulta caminando con piernas artificiales.

Continúo:

—Me hacen falta piernas para catorce personas.

—¿Cómo?

—Un niño de siete años, una niña de once, un adolescente de catorce, una joven de veintiuno, un hombre de treinta y tres y otro de cuarenta y cuatro —leo solo un fragmento de la lista y le digo que se la enviaré en cuanto conozca las medidas de todos.

Titubeo:

—Para poder conseguirlo, necesitaría que me hicieras un préstamo.

Se hace un silencio al teléfono. Después dice:

—Papá, ¿vas a volver pronto a casa?

—No inmediatamente. Sigues visitando a tu abuela, ¿verdad?

Baja la voz. Da la impresión de que se está cambiando de sitio.

—Justo ahora estoy con ella.

Me dice que espere un momento y oigo que alza la voz para explicarle algo a su abuela.

Espero. Tarda un rato largo, me preocupa la factura telefónica.

—La abuela te quiere decir algo, papá.

Oigo que le pasa el teléfono a mamá.

—Hola, aquí Guðrún Stella Jónasdóttir Snæland.

—Sí, soy yo, mamá.

—Ninfea dice que te has ido de viaje. ¿Estás en el extranjero? ¿Estás poniendo en orden tus cosas?

—Supongo.

—¿Qué tal el tiempo? ¿No hace siempre el mismo tiempo en el extranjero?

—Llueve.

—¿Hay guerra?

—No, la guerra ha terminado.

—Los culpables siempre se escapan. Los inocentes son los que sufren.

—Sí, lo sé, mamá.

—Tu padre y yo fuimos a un museo dedicado a la guerra en nuestra luna de miel. Hasta ahí llegaba todo su romanticismo.

—Sí, ya me lo habías contado.

Después me recuerda la rama que golpea contra su ventana.

—Me la ibas a podar. ¿Todavía guardas la sierra de tu padre?

Mi mente recrea la imagen de mi madre bailando sobre el linóleo de la cocina. Lleva una blusa de lunares y ha puesto música en el tocadiscos. Yo la observo de pie, a su lado. Con el brazo escayolado, en cabestrillo, no puedo ir al colegio y estoy pasando unos días en casa con mi madre. ¿Qué disco escuchaba? ¿Little Richard? Quiere enseñarme a bailar el *twist* y me agarra del brazo sano. Voy descalzo.

Ninfea recupera el teléfono.

—¿Crees que puedes amar a una persona simplemente con verla?

—¿Por qué lo preguntas?

—No, porque ayer vi a un hombre en el banco.

Le queda algo más por decir.

—He pensado que podríamos irnos juntos de excursión cuando vuelvas a casa. Me he comprado unas botas nuevas. Este verano tengo ganas de dormir en tienda de campaña tantas noches como sea posible.

Y EL SILENCIO EXPLOSIONA, COMO UNA MONTAÑA

Fífí me lanza algunas miradas mientras hablo por teléfono. Cuando cuelgo, tengo la sensación de que quiere preguntarme algo.

Pero cambia de idea y dice:

—Anoche vinieron a buscar al otro cliente.

—¿Quiénes? ¿A quién?

—La policía. Al de la número nueve. Se lo llevaron esposado.

—¿Qué pasó?

Me cuenta que, mientras May hacía la limpieza, Adam se había metido en la habitación del hombre y se había escondido en el armario. Cuando por fin lo encontraron, hallaron con él unos objetos antiguos comprados en el mercado negro —junto con los tres pechos que faltaban en el mosaico—. De modo que avisaron a la policía.

—Lo acusarán de robo y tráfico de antigüedades.

Luego cambia de tema.

—Hemos decidido seguir tu consejo y seguir llamándolo Hotel Silencio. Y hemos colocado un cartel. En tres idiomas.

Me señala la pared que tiene detrás.

El silencio salvará el mundo, reza el cartel.

CUENTO LOS PASOS ENTRE TÚ Y YO

May abre la puerta. Viste un cárdigan abotonado de color verde.

—Para ti —le digo, tendiéndole el tocadiscos—. Solo hay que enchufarlo a la corriente.

—No necesitabas más tiempo —es lo primero que dice—. Era simplemente que no me querías.

Le pregunto si puedo pasar y ella asiente.

El niño está dormido en la cama, con la boca abierta y las palmas de las manos hacia arriba. A su lado descansa un abecedario ilustrado.

May me explica que el colegio volverá a abrir en otoño, así que

está haciendo sus primeros pinitos con la lectura.

Conecto el tocadiscos y voy a por la caja de vinilos.

Saco *Ziggy Stardust* de la funda y lo pongo.

—Me preguntaba si podrías enseñarme a bailar.

¿Qué decía mamá? «Cuando cesa el rugido de las ametralladoras, las personas tienen que bailar e ir al cine.»

Me mira un instante con aire serio y suelta una carcajada.

Siento la necesidad de explicarme.

—Mi mujer, mi ex, decía que era un negado.

—Pero bailar, ¿cómo? ¿Quieres decir bailes de salón?

—Un hombre bailando con una mujer, sin más.

Me resulta difícil decirlo.

—¿Cuándo quieres empezar?

—¿Ahora mismo? O sea, si no estás ocupada. Y si no vamos a despertar a Adam.

Dice:

—Podía dormir bajo el estruendo de las bombas.

Y después:

—Pon la mano aquí y yo agarro aquí, tú das un paso hacia delante y yo uno hacia atrás, luego yo uno adelante y tú uno atrás.

Estamos en medio del embaldosado, justo en el centro. Después nos desplazamos hacia la ventana.

—Imagina que es un viaje —continúa.

—¿Así?

—Sí, así. Es como caminar.

—Eres como yo.

—Lo sé —dice sin mirarme.

Duda. Después dice:

—Esta mañana, por primera vez, he vuelto a notar el olor de la hierba.

La luz de las estrellas necesita tiempo

Unos amaneceres resaltan más que otros, dijo una vez Svanur. El sol sale. Desgarra el cielo.

Sin hacerlo sangrar.

Primero se ilumina una línea horizontal a lo largo del embaldosado, una simple raya. Después se forman otras nuevas hasta que terminan por fundirse en un lago de luz sobre el suelo.

Me estoy afeitando cuando me comunican que tengo una llamada. Fífí lleva unos pantalones de chándal, parece recién

levantado.

—Dice que es tu hija —me informa.

En cuanto oigo su voz, noto que algo no va bien.

—Es Svanur, papá. Se ha ahogado en el mar. Han encontrado a la perra en la playa, empapada. Lo siguió a nado durante un tiempo, pero luego regresó a tierra.

—¿Nos recuperamos alguna vez del hecho de haber nacido? —me preguntó un día Svanur—. Si nos preguntaran antes nuestra opinión —añadió—, quizás preferiríamos no nacer.

Ninfea me cuenta que, anteayer, al ir a mi casa para regarme la maceta, se encontró con Svanur en el portal.

—Me dijo que estaba pasando la aspiradora en la caravana y, al oírme llegar, le había parecido que mi coche hacía un ruido raro. Pensaba que podía provenir de un fallo en la suspensión en el lado derecho y se ofreció a echarle un vistazo. Después me abrazó, diciendo que la mujer es el futuro de la humanidad. Aún estoy tratando de saber si era una cita sacada de algún sitio.

17 DE JUNIO

—¡Hombre! —exclama el taxista mientras lanza la maleta en el maletero y me invita a sentarme en el asiento delantero—. Ya te he llevado antes. Justo después de Mick Jagger. Nada más verte me he dicho: es él. El hombre de la caja de herramientas.

Comentarios

En algunas páginas del libro se encuentran referencias al poemario *Hvar endar maður?,* del poeta islandés Jónas Þorbjarnarson. En la mayoría de los casos, aunque no todos, se trata del título de los capítulos.

Otras páginas contienen citas de *Así habló Zaratustra, Más allá del bien y del mal*, *Aurora* y *La gaya ciencia*, de Friedrich Nietzsche.

También se hace referencia a Steinn Steinarr, Hunter Thompson, Leonard Cohen, Federico García Lorca y al escultor Jón Gunnar Árnason.

Igualmente, se cita o se hace alusión a distintos libros de la Biblia: San Juan, Job, Cantar de los Cantares, Primera Epístola a los Corintios, Isaías y Génesis.

Vuelve la autora que conquistó el mundo con *Rosa candida.*
Ganadora del Premio Islandés de Literatura y del Premio de Literatura del Consejo Nórdico.

«Emocionante, excéntrica y oscuramente divertida.»
Sunday Times

Su mujer lo ha abandonado. La demencia de su madre no hace más que avanzar. Acaba de descubrir que su hija no es su hija biológica. Visto que solo su particular habilidad para las reparaciones y las chapuzas domésticas sigue teniendo algo de sentido, Jónas decide agarrar su caja de herramientas y hacer un viaje solo de ida a un país extraño y devastado por la guerra para desaparecer y darle un fin definitivo a esta triste existencia. Pero los desperfectos en el Hotel Silencio en el que se aloja comienzan a requerir sus atenciones, y también lo hacen los huéspedes, y los habitantes de la ciudad, y su plan aplaza una y otra vez. Así, con mucho humor y sutileza, Ólafsdóttir deja claro que las heridas particulares, vengan de donde vengan, solo cicatrizan en común.

La crítica ha dicho…
«Una comedia negra que aborda nuestros pensamientos más oscuros con un humor muy hábil y arroja algunas verdades sorprendentes y profundas sobre la naturaleza humana.»
Esquire

«La escritura de Ólafsdóttir es a un mismo tiempo profundamente islandesa [...] y universal.»
Financial Times

«Inteligente, emotiva, alegre, tierna [...], absorbente.»
Library Journal

«Lo que es tan maravilloso es su finura, su humor, su profundidad filosófica y, sobre todo, su hermoso optimismo.»
Daily Mail

«Una historia de redención maravillosa, sobria y aguda.»
Booklist

«Contada con una prosa surrealista, casi kafkiana, la sorprendente narración de Ólafsdóttir trata sobre el inesperado despertar de un hombre. Una historia cautivadora y sorprendente de transformación.»
Kirkus

«Con humor y una prosa sencilla y conmovedora, *Hotel Silencio* narra la historia de un hombre y su pasado y la comunidad en la que se encuentra a sí mismo. El universo de Ólafsdóttir está lleno de sorpresas, tristeza, amor y transformación. No quería que terminase.»
Bethany Ball

«*Hotel Silencio* es uno de los libros más humanos que he leído en mucho tiempo. [...] Me ha encantado.»
Daniel Wallace

Sobre la autora

Auður Ava Ólafsdóttir (Reikiavik,1958) es una novelista e historiadora del arte islandesa. *Rosa candida,* su tercera novela, recibió en 2008 el Premio Menningarverðlaun DV de literatura (el jurado destacó su logro «al romper con los moldes tradicionales sin dejar de ocuparse de los conflictos filosóficos básicos»); el Premio Fjöruverðlaun especializado en literatura femenina, por «el atractivo de sus múltiples capas de significado y su creación de un nuevo paradigma masculino», el Prix des Amis du Scribe, el Premio Page des Libraires y el Premio de los Libreros de Quebec a la mejor novela extranjera. También fue finalista del Premio Fémina Étranger, del Premio de Literatura del Consejo Nórdico, del Gran Premio de las Lectoras de *Elle,* del Premio de la revista *Lire* y del Premio FNAC de Francia. En Alfaguara también ha publicado *La mujer es una isla* (2011) y *La excepción* (2014). Con *Hotel Silencio,* Ólafsdóttir ha conseguido el máximo reconocimiento de las letras de su país, el Premio Islandés de Literatura, y en 2018 el Premio de Literatura del Consejo Nórdico a la mejor obra escrita en los países escandinavos.

Título original: *Ör*
© 2016, Auður Ava Ólafsdóttir
Publicado gracias al acuerdo con Éditions Zulma
© 2019, Fabio Teixidó, por la traducción
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Esta obra ha sido traducida gracias al apoyo económico de:

ICELANDIC LITERATURE CENTER

ISBN ebook: 978-84-204-3562-6
Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué
Adaptación de la cubierta original de Grove Atlantic
Imagen de cubierta: Nathan Burton
Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin Random House Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

Visita:
ebooks.megustaleer.club

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Índice

Hotel Silencio
Dedicatoria
Citas
I. Carne
II. Cicatrices
Comentarios
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos